

Cómo AMARTE y no MORIR en el INTENTO

MARTINA LEIVA

Cómo AMARTE y no MORIR en el INTENTO

MARTINA LEIVA

Primera edición.

Cómo amarte y no morir en el intento

©Martina Leiva

©enero, 2026

©Imágenes por Freepik

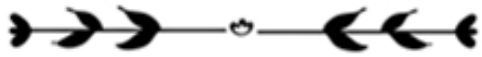
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Capítulo 1



Adriana

—No llego, mamá. Y como entre más tarde, saldré mucho después de mi hora, lo que me jorobará también la entrada en el otro trabajo, y ahí no me vale hacer lo mismo —le dije a mi madre, pero como si estuviese hablando sola, porque la pobre mía, me miraba como si le estuviera hablando en chino. Pero será mejor que empiece por el principio…

Mi nombre es Adriana y tengo veinticinco años. Hace cuatro, cuando yo contaba con veintiuno recién cumplidos, mi madre empezó a sentirse mal. Ella trabajaba como limpiadora en unas oficinas, mientras yo estudiaba por la mañana y por la tarde trabajaba de dependienta en un centro comercial.

Siempre hemos estado las dos solas, porque, al poco tiempo de yo nacer, mi padre cogió las de Villadiego y no volvió. Como se suele decir: fue a por tabaco y se perdió por el camino. Poco después, mi madre se enteró que se había ido con su secretaria, olvidándose de que tenía una pareja y una hija.

Mis padres no estaban casados, se fueron a vivir juntos muy jóvenes, con el consiguiente enfado de mis abuelos, que les dijeron que, si salía por esa puerta, no volviera más. Ella había elegido vivir así, pues que se las apañara sola, que ellos querían a una hija “decente”. Como si vivir con tu pareja sin estar casados fuera lo peor del mundo.

Indecente era decirle eso a una hija, y que cuando todo eso pasó y se vio con una niña casi recién nacida en la calle y sin un céntimo, su contestación fue que se aguantara, que ellos no tenían ni hija, ni nieta.

Ese malestar la llevó al hospital, donde le diagnosticaron una enfermedad degenerativa de esas raras. En poco tiempo ya no pudo trabajar, por lo que yo dejé la facultad y ocupé su puesto, que combiné con mi trabajo. Ese dinero nos era de lo más necesario, puesto que era el sustento principal de la casa, ya que con el que ella ganaba se pagaba el alquiler y los suministros, y con el mío se comía y se compraba la medicación.

Me pasaba la vida corriendo de un lado a otro, pues, aparte de los trabajos, tenía que ocuparme de ella, de la casa, de la comida… Prácticamente no tenía vida, pero mi conciencia estaba tan tranquila que me daba igual, ya tendría tiempo de salir de fiesta, ahora mis prioridades eran otras.

Meses atrás pude ahorrar para comprarme una moto de segunda mano. No os vayáis a pensar que era nada del otro mundo. Con lo que me costó, suerte tenía que arrancaba y me llevaba de un lugar a otro. Poder conseguir juntar los trescientos euros que me costó, fue toda una odisea, y me tuve que privar de muchas de las cosas que me gustaba tener en casa, tales como algún champú que no fuera de marca blanca o algunos yogures que valían un poco más caros de lo normal.

Me monté en la moto, después de haber dejado a mi madre lista. Mi vecina me había dejado una cámara de esas de bebés, en las que en tu móvil ves la habitación, y así me quedaba un poquito más tranquila, pues podía vigilarla por si acaso le ocurría algo. También, Manuela, la otra vecina, que era una mujer mayor, ya jubilada y viuda, me hacía el favor de entrar de vez en cuando a echarle un vistazo, incluso, alguna que otra tarde, se sentaba con ella allí a ver las telenovelas turcas.

Llegué a las oficinas a lo justo. Eso sí, no sé si era yo la hermana de Fonsi Nieto, porque sorteaba los coches con la moto que daba gusto. Para mí un semáforo en ámbar era un claro signo de que el destino me daba otra oportunidad, y aceleraba para poder pasar, más de una vez ya lo había cruzado en rojo. Mi compañera de trabajo, Lola, ya me estaba esperando allí, en la puerta, para entrar las dos juntas.

—Cualquier día llegas con una pierna o un brazo menos, o con la cabeza abierta. Para ti eso de levantarse antes no existe en tus planes, ¿no? —me dijo, como siempre, pues sufría con mi manera de vivir.

—Por mucho que lo haga, siempre se me presenta un inconveniente y salgo más tarde, si es que eso es posible. Así que, como no me sirve de nada, prefiero seguir con mi ritmo, al menos puedo dormir media horita más —le contesté, también como todos los días.

—Anda, tira para dentro, que al final nos coge el toro y yo llevo aquí más de media hora esperándote —me respondió, negando con la cabeza.

El trabajo era de lo más duro, pues se trataba de un edificio de tres plantas, con despachos y baños, que teníamos que limpiar entre las dos. Lola también había ocupado el lugar de su madre, pero no por el mismo motivo, el suyo fue que su madre se jubiló y ella, al ser madre soltera, decidió que, ahora que su niño estaba en el colegio, era hora de echar una mano en la economía de la casa.

Nos pusimos las pilas y terminamos justo a tiempo, por lo que hoy me daría tiempo de ir a casa a comer, como la mayoría de los días, aunque había algunos que no me daba tiempo, y era Manuela la que se encargaba de darle la comida a mi madre.

Entre que llegué, calenté la comida y me puse a darle de comer a mi madre, cuando quise darme cuenta me quedaban cinco minutos para poder comer yo, así que casi que engullí mi plato de comida.

—Manuela, me tengo que ir corriendo, que si no llego ya sabes cómo se pone mi jefa. Si necesitas algo me llamas, que tengo el reloj en activo —le dije.

—Cualquier día te va a dar un chungo, Adriana. O bajas el ritmo o vas a terminar enfermando —me dijo ella.

—Cuando me toque la primitiva, Manuela, porque antes no puedo —le di un beso en la mejilla y salí corriendo.

Para mí era como mi abuela, y yo para ella como su nieta. Manuela no tenía familia, pues su marido y su único hijo murieron en un accidente de tráfico hacía muchos años. Ella no había vuelto a rehacer su vida, pues decía que no querría nunca a nadie como a su Pepe, y que no sería justo para esa persona que la eligiera a ella.

Salí de allí como una moto, nunca mejor dicho, y llegué al centro comercial con el tiempo justo de ponerme el uniforme y abrir la tienda.

—Casi no llegas —me dijo mi jefa, que no era mala persona, pero tenía obsesión con la puntualidad.

—Pero he llegado —le contesté.

—Adriana, tendrías que plantearte dejar el trabajo de la mañana, porque siempre llegas a lo justo —me dijo ella, que tenía la vida resuelta y trabajaba por gusto, porque ni siquiera necesitaba el dinero.

—¿Me pagas tú lo que gano allí?

—Sabes que no puedo, por eso te tengo a media jornada, que es cuando más clientes acuden a la tienda —me respondió, porque no era la primera vez que teníamos esta conversación.

—Entonces, no puedo dejarlo. Mira Helena, sin ese dinero no podría pagar el alquiler, ni tampoco los suministros, mucho menos los medicamentos de mi madre, que sabes que la mitad de los que tiene que tomar no me lo pasa la Seguridad Social, eso sin contar con las cremas y demás productos del cuidado de la piel.

—Lo sé, pero es que eres muy joven para vivir así.

—Pero es lo que me ha tocado.

—Porque quieres, porque podrías meterla en una residencia y vivir un poco más tranquila.

—Mira, ni juzgo ni critico a la gente que lo hace, porque cada caso es un mundo. Pero yo, siendo como soy, sabiendo que mi madre lo ha dado todo por mí, que fue mi padre y mi madre, no pienso hacerlo. Tendría que verme completamente exhausta para, siquiera, planteármelo.

Con eso dejé zanjado el tema, pues cada vez que hablábamos de eso, me hervía la sangre. Ella tenía su punto de vista y yo tenía el mío, y no nos

íbamos a poner de acuerdo en la vida, pues nunca se había puesto en mi pellejo, y no sabía lo que se sentía.

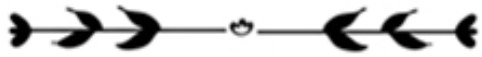
Me puse a colgar la ropa en las perchas, pues ella, que estaba sola por la mañana, y a pesar de que no solía haber mucho jaleo, se limitaba a sonreír y atender a las pocas clientas que terminaban comprando. Las prendas que se caían de las perchas o que estaban en el probador, se quedaban allí hasta que yo entraba por la tarde y me disponía a ordenarlo.

Había llegado la hora del cierre, y la tienda estaba como si hubiera pasado un tsunami, por lo que todavía me tendría que quedar, al menos, una hora más.

—Adriana, cierra tú, por favor, que me tengo que ir, he quedado con unas amigas para cenar —me dijo, sonriente, ignorando mi situación.

—Quédate, aunque sea media hora para ayudarme, Helena, que sabes que tengo a mi madre sola —le dije, pero hablé con la pared, pues tan solo se despidió con la mano.

Capítulo 2



Álvaro

Iba camino de mi despacho, bueno, más bien el de mi padre, en el que entré a trabajar en cuanto terminé la carrera. Empecé desde abajo, como pasante, pues mi padre siempre decía que no me creyera más que nadie, que todos habían empezado así y que yo, por mucha carrera y muy hijo del dueño que fuera, no iba a ser menos.

Me gustaba la tranquilidad, a pesar de mi edad, no era yo de irme mucho de juerga ni de salidas nocturnas. Siempre me ha parecido más interesante el tardeo, el salir con los amigos a comer y a tomarse una copita que alargar hasta bien entrada la noche, pero sin tener que llegar a casa con las claras del día.

Ese día tenía un juicio bastante complicado, era un caso de violencia doméstica, en el que mi representada exigía que le impusieran a su exmarido una orden de alejamiento de ella y de sus hijos, puesto que el maltrato se había demostrado que era continuado. ¿El problema? Pues que era uno de los mejores abogados del país, que conocía la ley al dedillo. No voy a decir que yo no la conociera, porque estaría mintiendo, pero mi experiencia no era la suya, ni mucho menos.

—Álvaro, quiero que estés tranquilo. Yo estaré allí para apoyarte, pero no pienso intervenir, a no ser que vea muy claramente que te has perdido. Eres capaz de sacarlo adelante, te lo aseguro —me dijo mi padre, mientras salíamos del despacho.

Desde que empecé a trabajar con él por derecho, nunca mejor dicho, quise independizarme, y eso hice. Mi padre me cedió la casa que heredó de sus padres, en el centro de la ciudad. Hacía dos meses que nos habían puesto el ascensor, que era lo único que le faltaba para ser perfecta.

Tenía una terraza privada con unas vistas espectaculares, donde tenía hasta una pequeña zona de solárium con barbacoa, que era la delicia de mis amigos. La mayoría de las veces, sobre todo cuando el buen tiempo ya era palpable, nuestras reuniones se desarrollaban allí, donde pasábamos el día en la piscina que mandé instalar, una de esas infinitas que miran al mar. Ni en los mejores hoteles había descubierto una zona tan bonita como esa.

El interior constaba de dos habitaciones, la mía, con baño integrado y vestidor, y otra que había convertido en un despacho. En su diseño original eran cuatro, pero cuando la reformé, decidí que no quería tantas para mí solo, por lo que me la transformaron para que cumpliera con mis necesidades.

La cocina era abierta al salón, por lo que, cuando nos reuníamos allí, los días de invierno, mientras que ellos estaban viendo el fútbol, yo podía estar en la cocina interactuando con ellos.

Llegamos al juzgado en el coche de mi padre, ya que, como el despacho quedaba a cinco minutos andando de mi casa, no cogía el mío, a no ser que luego tuviera que acudir a algún lugar lejos de allí.

—Tranquilo, hijo, tú puedes con él, las pruebas son contundentes, y podrás tirar por tierra cualquier argumento que te plantee —me dijo mi padre, cuando nos cruzamos con el acusado y me miró de manera despectiva.

—Lo sé, pero no puedo evitar estar un tanto nervioso. No por mí, sino por Adela, mi clienta, que se juega mucho —le respondí.

En este juicio también se decidiría la custodia de los niños, pues él, a pesar de todo, había solicitado la compartida, lo que me parecía un despropósito que evidenciaba lo seguro que estaba de que iba a salir impune de todo esto.

Más de dos horas tardamos en que quedara listo para sentencia, pero salí de allí con la convicción de que lo habíamos ganado, pues, por mucho que él se empeñó en decir que todo era una invención de mi clienta, los testimonios

de los vecinos, así como los informes médicos, tiraron por tierra todos sus argumentos.

La sentencia la tendríamos al día siguiente, pues en estos casos no tardaban más de veinticuatro horas, por lo que quedamos en vernos en el despacho a las cinco de la tarde.

—Vámonos a comer juntos, que te lo mereces — dijo mi padre.

—Venga, que hoy está el día muy bueno para meterse en casa —le contesté, montándonos en su coche.

Os estaréis pensando por qué tan solo hablo de mi padre y no nombro a mi madre, pero la razón es muy sencilla. Cuando mi madre se quedó embarazada, le pidió el divorcio a mi padre, él se lo concedió con la condición de que me entregara a él en cuanto naciera, pues sabía que ella no quería ser madre y pensaba darme en adopción, ya que el aborto le daba miedo.

No la he conocido, tan solo hemos sido mi padre y yo, nadie más. Mis abuelos vivían lejos, y he visto como ese hombre ha hecho verdaderos malabarismos para atenderme sin descuidar el trabajo, pues no quería que me sintiera solo y abandonado. No voy a decir que no hubo momentos en los que no la eché de menos, pero no a ella, sino la figura de una madre, alguien que me diera un abrazo de lo más cálido o que me arropara antes de dormir, aparte de mi padre.

Mi padre no había vuelto a tener pareja, decía que no lo necesitaba, aunque de vez en cuando salía de caza, como yo le llamaba. Quedaba con alguna mujer para cenar, tomaban una copa y si todo iba bien, terminaban en su casa.

Yo tampoco había sentido la llamada del amor. A mis veintisiete años tenía amigas con derecho, pero nada serio, tan solo sexo y nada más.

Cuando salía de comer con mi padre, recibí una llamada de Mateo, mi mejor amigo, quien me conocía mejor que nadie, y me disculpé con mi padre para atenderla.

—Dime, Mateo — contesté.

—Álvaro, ¿estás en casa? —me preguntó, algo acongojado.

—Estoy saliendo de comer con mi padre, pero ya voy para allá. ¿Qué te ocurre?

—Es Marta, se ha marchado de casa, me ha abandonado, tío —me dijo, y noté como estaba aguantando las lágrimas.

—Vete para mi casa, en media hora estoy allí. Si quieres ir entrando, pídele la llave al portero, sabes que a ti te la va a dar —le expliqué.

—No hace falta, yo tardaré más o menos lo mismo. Si llego antes, te espero abajo —me contestó.

Le pedí a mi padre que me dejara allí, y no dudó en hacerlo. Para él, Mateo era como otro hijo más, pues nos conocíamos desde pequeños, prácticamente desde que empezamos en el colegio, y nos había visto crecer a los dos juntos.

—Si necesitáis algo, no dudes en llamarme —me dijo mi padre, dejándome en la esquina de mi calle, ya que era peatonal.

—No lo creo, pero si lo necesito, te aviso. El mal de amores se cura con una buena borrachera, y como mañana no tengo que ir al despacho hasta por la tarde, podremos dormir la mona —le contesté, y mi padre soltó una carcajada.

—El día que te cruces con una mujer que te vuelva loco, te vas a arrepentir de todas estas palabras — respondió él.

—Pero mientras tanto, diré lo que me salga del alma —le dije, sin parar de reír.

Me bajé del coche y vi que Mateo ya estaba en la puerta de mi edificio, con la cara blanca y mirando al horizonte, como se suele decir. Para mi amigo tenía que ser un palo, pues llevaba con Marta desde los diecisiete años. Cuando ambos terminaron la carrera y encontraron trabajo estable, se fueron a vivir juntos. Maduraron a la vez, se fueron haciendo una pareja de lo más consolidada, por eso no entendía que era lo que había ocurrido.

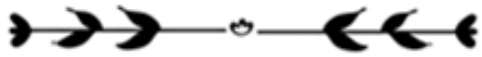
—Amigo, ¿qué os ha pasado? —le pregunté, en cuanto que entramos en mi casa, tendiéndole un botellín de cerveza que había sacado del frigorífico.

—Te juro que no lo sé, pensaba que estábamos bien, pero esta mañana, cuando regresé del trabajo, me encontré con que no había nada de ella, se lo había llevado todo —me dijo, medio llorando.

Me contó que la había llamado y que le dijo que se había enamorado de un compañero de trabajo, que, casi sin darse cuenta, su vida en pareja se había vuelto monótona y que el otro había sido como un chute de energía. Entre ellos no había pasado nada todavía, porque ella le contó que quería terminar antes su relación. Pero, no pudo decírselo cara a cara, no quería ver como era la causante de su tristeza.

—Amigo, es una cobarde, eso como poco —le respondí.

Capítulo 3



Adriana

Ese día iba más tarde que nunca, ni siquiera me había dado tiempo a comer, pues mi madre estaba de lo más nerviosa esa mañana, y me costó mucho más darle de comer.

—Chiquilla, que ya sigo yo, que no te va a dar tiempo a comer —me dijo Manuela.

—Ya no me da tiempo, de cualquier manera. Pero no puedo llegar tarde, así que te dejo a ti dándole el postre —le contesté, cogiendo mi abrigo y mi bolso.

Me monté en mi moto y salí como las locas. En uno de los semáforos, que estaba en ámbar por mucho que la otra persona dijera que no, aceleré y no me di cuenta de que un chico empezaba a cruzar. Por no llevármelo por delante, tuve que hacer un quiebro, que fue el causante de la caída que tuve.

—¿No ves que el semáforo estaba en rojo para ti? —me dijo, sin ayudarme siquiera a levantarme del suelo.

—Estaba en ámbar, chaval. Y no te preocupes, que estoy bien —le dije, en un tono de lo más irónico.

—De eso nada. Además, he llamado una ambulancia para que te revise, no quiero que me acuses de omisión de socorro —me contestó, el muy pedante.

—Claro hombre, para eso estoy yo, para llegar tarde al trabajo y que me sancionen, o peor, perderlo —le respondí, levantándome del suelo y montándome de nuevo en la moto.

—Pues haber salido de tu casa antes. Odio a la gente que va por la vida como pollo sin cabeza —me dijo, el gilipollas.

—¿Tú qué sabes de mi vida, idiota? NA-DA, así que, ahórrate el darme lecciones morales —respondí, arranqué y me largué.

Me dolía la pierna una barbaridad, pero me tenía que aguantar, porque no me podía permitir darme de baja, así que puse mi mejor sonrisa antes de entrar en la tienda, para soportar el chaparrón que se me vendría encima por parte de mi jefa.

—Antes de que me digas nada, he tenido un accidente con la moto por culpa de un gilipollas que se me ha cruzado —le dije.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho algo? —me preguntó, sin importarle la hora en la que había llegado.

—A la primera pregunta, me duele un poco la pierna. A la segunda, pues no lo sé porque ni he esperado a la ambulancia, no podía llegar más tarde y arriesgarme a perder el trabajo —le dije.

—Con respecto a eso, Adriana. Voy a echarle el cierre en cuanto que termine el mes. Me está dando pérdidas, y mi padre dice que no piensa financiarme más. Te prepararé el finiquito y los días que faltan te los coges libres, a modo de vacaciones, porque esta vez no te las puedo pagar —me dijo, y el mundo se me vino encima.

¿Qué iba a hacer yo ahora sin ese dinero? Tendría que buscarme otro trabajo, pero no estaba la cosa como para que lo consiguiera tan pronto, mucho menos sin tener estudios.

Mi jefa notó mi agobio y el cambio de gesto en mi cara, y me dijo que no me preocupara, que, con el sueldo y el finiquito, podría tirar el mes. No sería tampoco mucho, a pesar del tiempo que llevaba trabajando allí, al ser media jornada no sabía lo que me correspondía.

—Adriana, vamos al almacén, antes de que, entre alguien, que quiero que repartamos el género que queda allí entre las dos. Puedes venderlo online, o a las vecinas a mitad de precio, porque ya no me servirá para nada, y sí así te puedo ayudar, aunque solo sea un poco, me daré por satisfecha —me contó, y la abracé, llorando.

—Gracias, Helena. De verdad que me has ayudado mucho en todo este tiempo. A pesar de tu obsesión con la puntualidad, a pesar de las broncas que me has echado alguna vez, te tengo mucho aprecio y he sido muy feliz trabajando a tu lado —le respondí.

—Yo también encontré en ti a una persona fiel y leal, aunque tu puntualidad no fuera la mejor de tus virtudes —me dijo, y ambas terminamos riendo.

Al final, me quedé con casi toda la ropa del almacén, pues ella tan solo se quedó con las que estaban afuera, en los percheros, para tener algo que vender en los pocos días que quedaban.

Preparé unos carteles de liquidación por cierre, con los diferentes descuentos que se ofrecían, y decidí que seguiría hasta el viernes allí, echándole una mano, porque la gente entraría a llevarse el género al setenta por ciento de su precio original.

Cuando cerramos, como yo llevaba la moto, Helena me ayudó a llevar las cajas en su coche, dejándomelas todas en el interior del ascensor de mi edificio.

—Gracias, Helena, de verdad. No sabes lo bien que me va a venir ese dinerillo extra mientras no encuentro un nuevo trabajo —le dije, dándole un abrazo.

—Es lo menos que te mereces, Adriana, de verdad. Siento no poder seguir adelante con la tienda, pero ya son muchos miles de euros los que lleva mi padre perdido —me respondió.

—Es normal que no quiera seguir perdiendo más. Si hubiese sido yo, habría cerrado al perder los primeros cien euros, te lo aseguro —le contesté, y ella soltó una carcajada.

Nos despedimos, quedando en que, al día siguiente iría a echarle una mano, pero ella insistió en que no, en que fuera, pero tan solo a recoger el mes y el finiquito, que aprovechara estos días para descansar o para buscar otro trabajo.

Abrí la puerta de mi casa y fui dejando las cajas, una por una, a un ladito del salón, donde no molestaran.

—¿Qué está pasando aquí? ¿De dónde has sacado todo esto? — preguntó Manuela, dándome un susto de muerte.

—Por Dios, Manuela, que casi me matas de un infarto. Voy a terminar por ponerte un cascabel en los zapatos —le respondí.

—Hija, escuché ruido en la entrada y salí a ver qué era lo que estaba ocurriendo. Llevo aquí toda la tarde con tu madre, hoy está un poquito más espabilada, y hemos estado viendo la novela —me dijo ella.

—Los días en los que está así son los mejores, pero, por desgracia, cada vez son menos.

—Bueno, bueno, dejemos a un lado las tristezas y cuéntame qué son todas estas cajas —me dijo.

—Pues esto es ropa para vender. Mi jefa ha decidido cerrar la tienda y como agradecimiento, me ha dado parte del género que había en el almacén para que pueda venderlo. Creo que la pondré por internet, lo mismo y tardo un poquito más en venderla, pero tendré paciencia.

—¿Por qué no lo haces en mi local? —me preguntó Manuela, y la miré extrañada.

—¿De qué local estás hablando? —respondí.

—Ese que está en la esquina, el de la baraja azul.

—No sabía que ese local era tuyo… ¿Desde cuándo lo tienes?

—Ese local lo compramos mi marido y yo antes de que falleciera. Montamos una mercería, pues siempre me había encantado todo el tema de botones y demás. Lo preparamos con todo el cariño del mundo, era nuestro proyecto de vida. Cuando ellos murieron, no fui capaz de volver a entrar. Ese día eché la baraja y no la volví a subir nunca más.

—No tenía ni idea, Manuela, de verdad.

—Tan solo, una vez al mes, va una chica para limpiarlo todo, porque tampoco quiero que se deteriore.

—¿Por qué no lo alquilas, Manuela? Sería un dinerito extra que te vendría muy bien.

—No soy capaz de entregarle nuestro bebé a otra persona. Me moriría de pena si no lo cuidara.

—¿Por qué a mí sí?

—Porque tengo claro que tú, el tiempo que estés ahí, lo cuidarás a la perfección. Sería a la única persona a la que dejaría utilizarlo. Llámame rara, excéntrica o loca, pero así lo he sentido siempre.

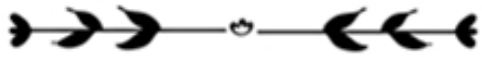
—Nada de eso, es algo material que te recuerda a ellos, y al que te aferras como un clavo ardiendo. Cada persona gestiona su duelo y su pena de una manera, y nadie es quién para juzgarlo —le dije.

Me puse a pensar en que, en dos o tres fines de semana, sería capaz de venderlo todo, y sin coste extra. Pondría todo a ochenta o cien euros, y como era ropa juvenil y de firma, que costaba de trescientos a cuatrocientos euros, las chicas jóvenes del barrio se volverían loca, mucho más teniendo en cuenta que se acercaba la Semana Santa y la época de las comuniones, en las que todas ellas solían comprar ropa para estrenar.

Tan sumida estaba en mis pensamientos, que ni cuenta me di de que Manuela había salido y vuelto a mi casa. No fui consciente hasta que no apareció delante de mis ojos unas llaves, que eran las del local.

—Venga, vamos a echarle un vistazo, que hace muchos años que no veo como está el local —me dijo Manuela, y no pude hacer otra cosa que abrazarla.

Capítulo 4



Adriana

Levantamos la reja y el local estaba estupendo, no había que hacer absolutamente nada. El mostrador lucía reluciente, el género estaba todo en su lugar, y vi como Manuela cogía una bocanada de aire, profunda y dolorosa, y las lágrimas cayeron por sus mejillas.

—Manuela, si es tan doloroso para ti, no hace falta que…

—Sí, sí que hace falta, Adriana, porque tú lo necesitas. Acabo de entender que, por tenerlo cerrado no voy a traer de vuelta ni a mi marido ni a mi hijo —me respondió ella.

Empecé a bajar cajas, mientras que ella me despejaba algunos de los percheros. Al día siguiente, por la tarde, me dedicaría a ir colocando todo, porque ahora ya estaba demasiado cansada como para hacer otra cosa que no fuera ducharme, cenar algo e irme a la cama.

Mi vecina me dejó las llaves para que fuera haciendo y deshaciendo lo que fuera necesitando, y me dijo que ella se ocuparía de mi madre, mientras yo estuviera preparando todo.

Llegué a la conclusión de que, al día siguiente, en cuanto que saliera de limpiar las oficinas, iría a la empresa por si me podía buscar algo para por la tarde. Mientras no lo conseguía, dedicaría mi tiempo libre a organizar el local, para ver si podía empezar la venta ese mismo fin de semana.

Me levanté temprano, le di el desayuno y lavé a mi madre, antes de ir a buscar mi moto para ir a trabajar. Del accidente del día anterior había sufrido unos rasguños, pero nada que me impidiera seguir utilizándola.

—Mamá, me marcho a trabajar, vengo a la hora de comer. Te quiero —le dije, como todos los días.

—Cuidado, Adriana —me respondió ella, como siempre, haciendo un esfuerzo enorme.

—Siempre lo tengo, mami.

Si ella fuera consciente de la manera en la que yo conducía mi moto, se hubiera caído en redondo. Cuando me la compré, que todavía era capaz de levantarse por sí misma, se llevó las manos a la cabeza, porque desde siempre, las motos le habían dado pavor.

Estaba llegando al trabajo cuando vi un sitio para aparcar en la misma puerta. Me dirigí hasta allí, cuando escuché el claxon de un coche, pero no le hice caso, seguí a lo mío.

—¿No te has dado cuenta que estaba aparcando yo? —me dijo una voz masculina que no sabía por qué, pero me sonaba muchísimo.

—No había un cartelito que pusiera reservado, y llego tarde a trabajar —le respondí, quitándome el casco para meterlo en el sillín de la moto.

—No me lo puedo creer. ¿Otra vez tú? Chica, deberías plantearte poner la alarma media hora antes —me contestó, y supe quién era.

—Y tú deberías plantearte no meterte en la vida de los demás —le dije, encarándolo.

—Venga, aparta la moto y déjame aparcar bien. Cuando haya aparcado, puedes poner la moto, si cabe. Si no, siempre puedes buscar otro hueco —me dijo, con mucha parsimonia.

—Claro, estaba yo pensando en eso precisamente. Mira, no me puedo entretener. Como seguro que tú vienes con tiempo de sobra, a juzgar por la

pachorra que tienes, no te importará seguir buscando aparcamiento —le contesté, poniéndome el bolso al hombro y entrando en el edificio, donde ya me esperaba Lola.

—Chica, menudo espécimen de hombre. ¿Quién es? —me preguntó, mientras yo miraba por encima de su hombro.

—Un gilipollas por el que tuve una caída ayer con la moto, y que, ahora, pretendía que quitara la moto para aparcar él —le dije, haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Pues yo me hubiera hecho la muerta para que me hiciera el boca a boca —me respondió, sin apartar la mirada de él, y haciendo que yo soltara una carcajada.

—Anda, vamos que quiero terminar temprano, tengo mil cosas que hacer —le respondí.

Mientras íbamos limpiando, le fui contando lo que me había ocurrido con el trabajo de la tarde, y ella aprovechó para proponerme algo.

—Entonces, el sábado salimos a cenar y a tomar una copa. No puedes llevarte toda la vida encerrada, alguna vez tendrás que darle una alegría al cuerpo. Coge algo de toda esa ropa, lo que más te guste, y quédatelo para ti.

—No puedo, Lola, es un dinero que me hace mucha falta. Te recuerdo que he perdido un sueldo —le respondí.

—Entonces, te lo regalo yo. Venga, vamos a terminar este despacho antes de que venga el responsable y nos diga que no puede esperar más —me dijo, haciendo caso omiso a mis palabras.

En el tiempo del desayuno de los empleados, íbamos haciendo cada despacho, para que no tuvieran que parar ni sentirse incómodos con nuestra presencia allí. Mientras que no salían, limpiábamos los baños y la zona de descanso, que luego ellos, los que se quedaban aquí, dejaban absolutamente recogido. En ese sentido habíamos tenido suerte, pues no eran de esas personas desconsideradas que les daba igual que tú lo hubieras limpiado, sino que dejaban todo impoluto antes de salir de allí.

Terminamos nuestra jornada, y me decidí a ir a la empresa, quería hablar con el encargado para que viera si era posible que me buscaran otro puesto de trabajo por las tardes.

Fui a coger mi moto, y lo que vi hizo que me hirviera la sangre. El muy capullo había cogido su coche y lo había aparcado, dejando mi moto completamente encerrada. No tenía manera de subirme ni de salir de allí hasta que no viniera a quitar el coche, ya que, justo delante de mi moto, lo que había era una pared.

Más de una hora estuve esperando a que apareciera, y mientras tanto, y como no podía ir hasta la empresa, me decidí a llamar por teléfono.

—Buenas tardes, Marta, soy Adriana Vega —le dije.

—Hola, Adriana, ¿en qué puedo ayudarte? —me preguntó.

Le conté todo lo que me había ocurrido, y mi necesidad de encontrar un nuevo empleo.

—Ahora mismo no hay ninguna vacante libre, mucho menos en el turno de tarde. Pero no te preocupes que te dejo anotada aquí y en cuanto entre algo te aviso. Un beso, guapa —me dijo, antes de cortar la llamada.

Me senté en el escalón del edificio, esperando que a ese hombre le diera la gana de aparecer. Quince minutos después de colgar la llamada, lo vi por la esquina, con otro hombre y una mujer de lo más elegante, pero con la misma pachorra que él, que parecía que venía de paseo.

—Mira, guapo, entiendo que tú no tengas nada que hacer, pero yo estoy perdiendo un tiempo valiosísimo —le dije, en cuanto lo vi aparecer.

—Uy, si me ha dicho un piropo y todo. Chica, relájate que al final te dará un chungo —me respondió, haciéndose el gracioso.

—Te lo repito de nuevo. ¿Sabes algo de mi vida? No, verdad, pues hazme el favor de quitar el coche de una puta vez, que tengo que llegar a mi casa lo antes posible —le dije, cabreada por su actitud.

Me miró como si no supiera que decirme, abrió la puerta del conductor y con el freno de mano, movió su coche lo suficiente como para que pudiera sacar la moto.

No le dije ni adiós, me monté en la moto y salí como alma que lleva el Diablo, sin mirar atrás. Mi prisa residía en que le tenía que pinchar a mi madre su medicación, si pasaba más de treinta minutos de la hora en la que tenía que ponérsela, podría entrar en crisis.

Ese era el único medicamento que no dejaba que se lo administrara nadie, porque un pequeño error podía costarle la vida. Aparqué la moto de aquella manera en cuanto que estuve debajo de mi casa, y subí corriendo. Todo el mundo en el barrio sabía que esa moto era mía, por lo que no corría el riesgo de que me la robaran ni nada parecido. En cuanto le pusiera la medicación a mi madre bajaría de nuevo para aparcarla bien y ponerle el candado.

—Dios, pensé que no llegaba —le dije a mi madre, que se encontraba sola en este momento.

—Hay tiempo —me dijo ella, con una sonrisa.

—No faltaba mucho, mamá, y me da pavor que te pueda pasar algo por mi culpa —le expliqué, dándole un beso en la mejilla.

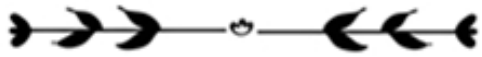
Preparé la dosis exacta y se la puse para, después, irme a la cocina a calentarle la comida. No me volví a acordar de la moto, hasta que me llamaron al telefonillo. Era un vecino.

—Adriana, la moto la tienes sin candado, se te ha debido pasar el ponerlo —me dijo, y me llevé las manos a la cabeza.

—Ay, la moto. Gracias, Alfonso, ahora mismo bajo —le respondí.

Apagué la vitrocerámica y salí de mi casa, cualquier día me iba a dejar la cabeza y no me daría cuenta.

Capítulo 5



Álvaro

Esta mujer siempre iba con prisas, parecía el personaje ese de Alicia en el País de las Maravillas, que durante toda la película iba corriendo. Aparté un poquito el coche para dejarla salir, y vi cómo se movía por la carretera como si le hubieran puesto un cohete en el carburador de la moto.

—¿Quién es esa mujer, Álvaro? —me preguntó Mateo, que venía conmigo, junto a su hermana.

—No tengo ni idea de cómo se llama, lo único que sé de ella es que, como siga con ese ritmo de vida, le va a dar un chungo cualquier día. En mis años he visto a una persona así —le respondí.

—Es preciosa, amigo. Si yo fuera tú, no perdería la oportunidad de pedirle su número de teléfono y conocer su nombre —me contestó.

—No podría estar con una persona así en la vida, Mateo. Es la antítesis a mí, por completo. Todo lo que yo más detesto, está representado en esa mujer. Las prisas, el tener que ir de un lado a otro corriendo, con lo que a mí me gusta salir con tiempo a los sitios, con tranquilidad —le dije, negando con la cabeza.

Nos montamos en mi coche y los dejé en su casa. Veníamos del juzgado, donde se había presentado un acuerdo para la repartición de los bienes acumulados durante el tiempo en el que Mateo y Marta estuvieron como pareja.

Por suerte para mi amigo, la casa era suya de antes de que empezaran a vivir juntos, porque, a pesar de que había sido ella la que se había marchado, no dudó en presentar un escrito solicitando la mitad de todo.

Al final, Mateo había recapacitado, y se negó a acceder a sus deseos, por lo que tuvieron que aportar facturas para ver lo que era de cada uno. Realmente, Marta tan solo tenía que llevarse la tostadora, algunos juegos de sábanas y la mitad del dinero de la cuenta conjunta.

Afortunadamente no había sacado ni un céntimo del banco, porque de haberlo hecho, nos sería muy difícil recuperarlo. Poco había ingresado Marta en esa cuenta, pero como estaba a nombre de los dos, no hubo más remedio que darle la mitad.

—Mañana, te pongas como te pongas, nos vamos a ir a cenar y a tomar una copa. Quiero celebrar que me he quitado de en medio a una persona que no me merecía —me dijo Mateo, antes de bajarse del coche.

—Y si, de paso, puedes echar un pinchito, pues mejor que mejor, ¿no? Así te terminas de quitar las penas —le respondí, riendo.

—Y tú, amigo, y tú, que también llevas un montón de tiempo de sequía —me dijo.

—Eso es lo que tú te crees. ¿Te acuerdas de Mariana?

—¿La chica de la recepción del despacho de tu padre? ¿Esa que hace las veces de secretaria y chica para todo? —me preguntó, atónito.

—La misma. Pues digamos que lo hemos hecho unas cuantas veces en el archivo. Así que, tanto tiempo no llevo de sequía —le respondí, mientras él negaba con la cabeza.

—Eres mi ídolo, Alvarito, te lo juro. Sin salir de tu casa y del trabajo, y te lo ponen en bandeja.

Solté una fuerte carcajada por la manera en la que lo había dicho. Mateo era la persona más expresiva del mundo, todo lo que le ocurría, tanto bueno como malo, se reflejaba en su cara, por mucho que él no quisiera.

Quedamos en vernos al día siguiente en mi casa, desde allí saldríamos para alguno de los restaurantes a cenar y a divertirnos. La única condición que le puse es que no nos acostáramos muy tarde, ya que no soportaba pasar el fin de semana agotado por una noche, sin poder aprovechar el tiempo.

A pesar de todo lo que le había dicho a Mateo, no me podía quitar a esa mujer de la cabeza. Era tan enigmática como interesante, tan guapa como desconcertante y no era normal que algo así en mí me llamara la atención, pero lo había hecho.

Al llegar a mi casa recibí una llamada de mi padre, y me resultó extraño, pues no era de llamarme mucho, menos a esta hora, en la que estaría comiendo con cualquier cliente antes de volver al despacho.

—Álvaro, necesito que me hagas un favor urgente —me dijo.

—Dime, papá. ¿Qué te ocurre? —le respondí.

—Tengo a una clienta mayor, Manuela, que quiere hacer la cesión de un local a una chica, pero no se puede trasladar al despacho. ¿Serías tan amable de acercarte tú a su casa? No hace falta que sea ahora, pero tampoco quiero que lo demores mucho —me dijo mi padre.

Miré el reloj y vi que eran las cinco de la tarde, no era una hora desorbitada como para no poder ir a visitarla, así que le dije que sí y le pedí la dirección donde tendría que ir a verla.

—Gracias, hijo, te debo una muy gorda, porque estoy de trabajo durante esta semana y la que viene hasta las cejas. Tengo dos juicios importantes, y ya sabes que me gusta revisar todo hasta el último detalle, para que nada me coja por sorpresa una vez que esté en el juzgado —se justificó.

—Papá, no me tienes que dar explicaciones, de verdad. Sé que, si tú no te has acercado, es porque realmente no podías. Acabo de llegar a casa, pero cojo el portátil y me voy para ese domicilio. Me llevaré la impresora portátil para imprimir el documento y que esa señora tenga una copia, no creo que tenga correo electrónico al que se le pueda enviar —le dije a mi padre.

—Es cierto, no había caído en eso. Pero bueno, eso es lo de menos, porque se lo podríamos haber enviado por mensajero el lunes, pero mejor así de esa manera —me dijo mi padre.

Corté la llamada y me dispuse a coger todo lo necesario. En mi ordenador tenía una plantilla para la cesión de propiedades, y tan solo tendría que rellenar los datos personales, por lo que no sería demasiado tiempo el que echáramos en ello. Tan solo esperaba que tuviera todos los datos de la persona receptora porque, según me había contado mi padre, era una mujer que no tenía familia directa, ni hermanos, ni sobrinos, ni nada parecido.

Como sabía que en la zona a la que tenía que ir era prácticamente imposible aparcar, decidí que iría en un taxi, así me ahorraría estar dando vueltas y perdiendo un tiempo innecesario.

Cuando ese pensamiento me llegó a la cabeza, no pude evitar acordarme de esa mujer, pues eso mismo me había respondido ella hacía tan solo un rato, y me salió una carcajada de lo más profundo de mi ser.

Me bajé del taxi, que me dejó en la misma puerta del edificio, ese que analicé de arriba abajo. No era demasiado antiguo, ni estaba en un barrio conflictivo, ni mucho menos, pero tampoco estaba en uno de los de más nivel adquisitivo. Era uno de clase media, de gente trabajadora, de esos que me gustaban a mí, a pesar de vivir en uno en los que la renta per cápita era superior a todos los de la ciudad juntos.

Fue un regalo de mi padre, de no ser así, habría preferido uno de estos barrios, donde todos se conocen, donde más que vecinos son familias que viven independientes y en los que no dudan en ayudar a quién lo necesite, aun sabiendo que ellos llegarían a lo justo a fin de mes.

—Señora Manuela, soy Álvaro, el abogado, ¿me puede abrir, por favor? —le dije a la señora a través de la puerta, después de que ella preguntara quién era antes de abrirla.

—Ay, Álvaro, perdona, hijo, pero tu padre no me ha avisado que ibas a venir, y no te conocía —me dijo la señora, abriéndome la puerta.

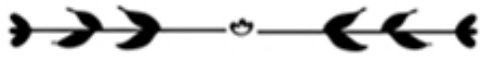
—¿Conoce usted a mi padre, señora Manuela?

—Por supuesto, era un gran amigo de mi marido, y el que le llevaba todos sus asuntos. Pasa, por favor —me respondió, haciéndose a un lado para que pudiera pasar.

Me dijo lo que quería, que no solo era la cesión del local, sino también de la vivienda, aunque con el usufructo de ella, por supuesto, porque así se lo aconsejé y no pensaba dejarlo a un lado, por mucho que ella se negara.

Una vez que tuve todo redactado, le di a imprimir dos copias, una para que ella la tuviera, y otra para llevarla al registro y al juzgado. Lo hicimos de tal forma que la persona que recibía la donación no tuviera que pagar nada en impuestos, porque, según me contó Manuela, la pobre, con lo joven que era, llevaba a sus espaldas mucho sufrido, y cuidaba a su madre enferma, a pesar de ser también la encargada de proveer a su casa de todo lo necesario.

Capítulo 6



Adriana

Me bajé al local después de comer, puesto que Manuela me había dado las llaves esa misma mañana. Como pude, fui organizando todo en sus percheros, por colores, tal y como lo hacíamos en la tienda.

Tenía un pequeño escaparate, en el que puse dos maniquíes que también me había dado mi jefa, y el que expuse dos de los vestidos, además de varios complementos que fui repartiendo en la pared que tenía detrás y que servía para separar el escaparate de la tienda.

Me puse a investigar entre los cajones, y había muchas cosas que todavía se podían vender. Desde medias y calcetines hasta botones, cremalleras y demás. Tenía que hablar con Manuela para que me diera permiso y vender el género que había allí, pues sería un dinerito que le vendría muy bien.

Justo cuando estaba colocando uno de los complementos en el escaparate, pasó por delante Vanessa, una de las chicas más pijas del barrio, que trabajaba en un centro de masajes como recepcionista, y que gastaba la mayor parte de su sueldo en trapitos.

—Adriana, dime por Dios que ese vestido que estás poniendo en el escaparate es de mi talla, porque me acabo de enamorar de él —me dijo, asomando su cabeza por la tienda.

—Pues creo que te puede quedar bien, pero, de todos modos, estoy poniendo más modelos dentro. Pásate mañana y echas un vistazo —le

contesté.

—No puedo arriesgarme a que venga alguien y me lo quite. Deja que me lo pruebe, te lo suplico —me dijo, poniendo sus manos unidas, como si estuviera rezando, a modo de súplica.

—Anda, pasa, que te lo bajo. Pero que sepas que me acabas de dejar huérfano el escaparate. Llevo toda la tarde trabajando para poder abrir mañana, y llegas tú a destrozarlo —le dije, a modo de broma.

—Venga, que me pienso dejar un buen pico. Me encanta esta firma, y no creo que me lleve solo ese. Además, en cuanto les diga a mis amigas que están así de económicos, no van a tardar en venir a llevarse varias prendas, también —me contestó.

Se metió en el probador con varias de las prendas que allí tenía, y que, para su suerte, eran de su talla. Eligió un vestido, una falda, un top y una chaqueta y, al salir, vio una medias de las que tenía Manuela allí, y se volvió sorprendida.

—Dime que estas también están a la venta, por lo que tú más quieras. ¿Sabes lo difícil que es encontrar unas medias así de retro? Serás la reina de las ventas, te lo aseguro —me dijo ella, asombrada por todo lo que allí había.

—Pues eso no es mío, pero espera un momento que aviso a la dueña, por si me da permiso para venderlas —le respondí.

Fui al almacén y cogí mi teléfono para llamar a Manuela, que me contestó al primer tono. Parecía como si estuviera esperando mi llamada, lo que me hizo mucha gracia.

—Hola, Manuelita. Tengo aquí a Vanessa, la del segundo C. Me pregunta si le puedo vender una de las medias que hay aquí en el local, del que he visto que hay bastante género que se puede vender, dicho sea de paso —le dije.

—Ay, Adrianita, vende lo que te salga del alma, como si todo eso fuera tuyo. Eso sí, no quiero ni un céntimo. Todo lo que saques de las ventas, que sea para ti.

—¿Cómo va a ser eso? Te daré, al menos, la mitad de lo que saque. Pero no solo de tus cosas, sino también de las mías —le dije, pues no me parecía justo.

—De eso nada. Además, una vez que subas, si no estoy en tu casa, que será raro que no lo haga, ven a buscarme a mi casa, pues tengo algo que hablarte y darte —me dijo, dejándome con la intriga.

Me despedí de ella, y cuando salí, ya no estaba Vanessa sola, sino que había llamado a varias de sus amigas, que corrieron para no quedarse sin sus prendas.

—Vanessa, me ha dicho que sí, que puedo vender todo —le dije, y ella empezó a dar saltitos de alegría, como si fuera una niña pequeña el día de su cumpleaños.

—No te puedes imaginar lo feliz que me has hecho, Adriana. Mis amigas están en el probador, espero que no te haya molestado que las haya llamado, pero no podía dejarlas sin que tuvieran la oportunidad de su vida —me dijo.

Admiraba su manera de ver la vida, que consistía en vivir cada minuto como si fuera el último. Su dinero era íntegramente para ella, para sus caprichos y salidas, ya que sus padres tenían buenos trabajos y se lo podían permitir.

Al final, entre lo que se llevaron todas, las prendas, bolsos vintage (como ellas decían) que había en la tienda, medias y demás complementos, aun sin abrir todavía de cara al público, había ganado más de mil euros, y todavía me quedaba muchísimo género por vender.

No me lo podía creer, con ese dinero ya tenía solucionado el alquiler de dos meses, y el resto que sacara sería para los suministros. Eso sí, de ese dinero pensaba invitar a cenar a Manuela. Pediría pizza de esas que a ella le gustaban tanto, y que era de un restaurante italiano que había en el barrio, y cuyos dueños eran de Nápoles, así que era la auténtica pizza.

Eché La Baraja, no sin antes colocar el cartelito con las ofertas y el horario de apertura del día siguiente. Antes, también, seguí el consejo de Lola, pues había ganado mucho dinero y me lo podía permitir. Me llevé un vestido del

que me enamoré desde el primer día que llegó a la tienda. Si seguía allí, después de que Vanessa y sus amigas hubieran pasado por el local, era porque el destino quería que me quedara con él.

Me hice también con unas medias de las que Vanessa se había llevado tres pares, y que me combinaba a la perfección con el vestido y mi abrigo, ese que me regaló mi jefa por mi cumpleaños que todavía no había estrenado.

—Manuela, si te pido un favor para mañana por la noche, ¿me lo harías? —le dije, en cuanto entré en mi casa y la vi sentada junto a mi madre en el salón.

—Por supuesto, mi niña. ¿Qué te ocurre? — contestó ella.

—Es que mañana me gustaría salir a cenar y a tomar una copa con mi amiga Lola, pero no quiero dejar a mi madre sola, de noche —le dije.

—Por supuesto, además, te lo mereces. Tienes que vivir tu vida, que eres muy joven y muy guapa para vivir de esta manera —me dijo ella.

Le dije que no se fuera, que esa noche cenaríamos en mi casa, pues antes de subir había hecho el pedido al restaurante. Puse la mesa para las dos, y mientras que nuestra comida no venía, le di la cena y el tratamiento a mi madre.

—Adriana, tengo una cosa para ti —me dijo Manuela, ofreciéndome una carpeta.

—¿Qué es esto, Manuela? —le pregunté.

—Digamos que es un regalo de Navidad adelantado. Sabes que yo no tengo a nadie más en el mundo. Vosotras dos sois mi única familia, y ya estoy mayor, así que no quería dejar los asuntos sin resolver —dijo ella, visiblemente emocionada.

Cuando abrí la carpeta y vi lo que contenía, no pude evitar ponerme a llorar como una magdalena. Era un sueño hecho realidad, pues, de este modo, no tendría que buscar otro trabajo, me podría dedicar a mi propia tienda.

—Quiero que inviertas parte de ese dinero en género nuevo. No será ropa de firma, pero si lo haces bien y el género es de buena calidad, no te faltará clientela.

—No puedo, Manuela, ese dinero es para pagar el alquiler de los dos próximos meses, para la luz, para el…

—Para nada, pues quiero que dejéis esta casa, de esa manera, tanto tu madre, como yo, estaremos siempre acompañadas, y no tendréis que pagar el alquiler —me dijo Manuela.

—¿Y tu intimidad, Manuela? No quiero que te sientas violenta en tu propia casa —le dije, sin poder parar de llorar.

—¿Qué intimidad, Adriana? Prefiero vuestra compañía, además de que, con vosotras, nunca me sentiría violenta. Sois como mi hija y mi nieta, ojalá lo fuerais de verdad —me dijo.

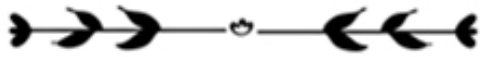
—Eres lo mejor que nos ha pasado en esta vida, Manuela. No tendré vida para agradecerte todo lo que haces por nosotras —le contesté.

A la mañana siguiente hablaría con el casero. Poco teníamos que llevarnos, porque la alquilamos amueblada y salvo la televisión y nuestras cosas personales, nada más. Como estábamos a tiempo, puesto que faltaban quince días para terminar el mes, podríamos recuperar nuestra fianza.

—Mañana llamaré al casero, espero que no me ponga inconveniente para devolvernos la fianza y, durante estos días iré pasando nuestras cosas a tu casa…

—A nuestra casa, Adriana, no te olvides.

Capítulo 7



Adriana

—Estás guapísima, hija, que alegría de juventud, de verdad. Quien cogiera tus años ahora —me dijo Manuela, al verme salir de la habitación.

—Manuela, toda edad tiene su encanto —le dije, dándole un beso en la mejilla.

Me había cogido de las prendas que me había dado Helena, un vestido en color burdeos. Tenía el escote en V, pero no muy profundo, y me hacía un pecho precioso. Era estrecho, con las mangas de gasa y los puños de la misma tela, me llegaba un poco más abajo de medio muslo. Me lo puse con una de las medias que me había aconsejado Vanessa.

Al principio pensé que pasaría frío con ellas, pero al ponérmelas, pude comprobar que nada tenían que ver con las medias que se compraban ahora en las tiendas de los chinos, ni mucho menos. Su suavidad y calidez eran de lo más acogedoras. Tenían una costura detrás que subía desde el talón hasta arriba, y que resultaba de lo más sexy.

Mis tacones negros y mi abrigo, ese que me regaló mi jefa y que también era de firma, terminaron de completar mi atuendo para esa noche. Como el vestido tenía la espalda al aire, con unas cadenitas doradas uniendo ambas partes de la parte trasera del vestido, decidí recoger mi melena en una coleta baja, con una raya en zigzag en medio. Me apliqué un poco de máscara de pestañas y mis labios en el mismo color del vestido. No estaba acostumbrada a salir ni a arreglarme, por lo que me veía muy rara, pero también muy bella.

—Manuela, me marcho que Lola me está esperando abajo en un taxi. Si necesitas cualquier cosa me llamas, que tengo el reloj conectado con mi móvil, por lo que, por mucho ruido que haya, me daré cuenta —le dije a mi vecina, mientras me ponía el abrigo.

—Disfruta, mi niña, que ya es hora. No tengas miedo ni prisa, pues yo dormiré hoy aquí, con ella, así estaré yo también más tranquila —me respondió.

Me despedí de las dos, y bajé hasta donde me estaba esperando mi amiga. Había decidido que la invitaría yo, ya que los dos días de ventas habían sido todo un éxito, y merecía poder celebrarlo.

—Chica, hoy triunfas como la Coca Cola —me dijo, cuando entré en el taxi.

—Claro que sí, me van a hacer un pasillo en el restaurante para entrar. No digas más tonterías, anda. Sigo siendo la misma chica inculta y…

—¿Inculta, tú? No me hagas reír, por favor —me dijo, negando con la cabeza.

Nos bajamos del taxi en una zona de la ciudad donde se concentraba casi todo el tema de restauración. Además, muy cerquita, había una discoteca en la que se estaba muy bien, pues era para gente más mayor, y tenía una zona donde se podía hablar con tranquilidad, y las dos veces que yo había ido me había encantado.

Al final, y después de mucho pensarlo, nos decantamos por un restaurante que servía la mejor carne a la brasa de la ciudad. Nos pedimos una tabla de jamón y otra de ibéricos, a modo de entrantes. Como plato principal, me pedí un solomillo de cerdo a la salsa de Pedro Ximenez, mientras que Lola pidió un entrecot de ternera a las finas hierbas.

—Yo pago —le dije a mi amiga, que negaba con la cabeza.

—De eso nada, que ya sabemos que has perdido tu trabajo de la tarde, y tienes que ir de lo más ajustada, aunque tengas ahorros —me dijo ella.

Le conté todo lo que me había pasado, como Manuela me había donado el piso y el local, y como tenía previsto abrir la tienda en breve, aunque solo lo haría por las tardes, al menos de momento, hasta ver si me iba bien.

—No sabes lo que me alegro por ti, Adriana, te lo juro —me dijo Lola emocionada, mientras me daba un abrazo.

—Lo sé, cariño. Por eso, hoy quiero que la cena corra de mi cuenta. Ya otro día, si te apetece volver a quedar, me invitas tú. Eso sí, no te vayas a pensar que será la semana que viene, porque pasarán muchos días antes de que podamos volver a repetir salida —le dije, y Lola soltó una carcajada.

Terminamos la cena con un surtido de mini postres, y que mi amiga decía que ahora tendría que ponerse a bailar y a saltar como las locas en la pista de baile de la discoteca, si no quería que todo eso se les fuera a las caderas, mientras yo soltaba una carcajada tras otra.

Pagué la cuenta y nos fuimos a la discoteca que os he contado antes. La primera copa la quiso pagar ella, y no me negué. La primera para Lola, porque yo tenía claro que no me iba a tomar nada más que esta, que no estaba acostumbrada y no quería llegar a mi casa a cuatro patas, valoraba mucho mi equilibrio, mucho más con los tacones.

—Venga, te acompaño a pedir —le dije a mi amiga, después de que dejáramos los abrigos en el guardarropa.

—¡Vamos a comernos la noche! —exclamó ella, y yo creía que, más que comérsela, se la iba a beber.

—Yo quiero un vodka con zumo de piña —le dije, y me miró horrorizada.

—¿Eso se bebe?

—Claro, idiota, y está buenísimo. Ahora te dejo que lo pruebes —le respondí, ante su cara de asco.

Tomamos nuestras copas y nos dirigíamos a una de las zonas de la discoteca donde había mesitas con sillones, cuando sonó una canción que nos

encantaba, y que, cuando estábamos solas en el trabajo, cantábamos y bailábamos.

—Vamos, amiga, que tengo que bajar la cena —me dijo Lola, cogiéndome del brazo.

Me hizo un giro brusco, y choqué con alguien, tirándole su copa al suelo y la mía sobre su torso.

—Lo siento —le dije, sin mirar quién era.

—No te preocu… ¿Otra vez tú? Chica, no sé qué te he hecho, pero desde luego, me la tienes sentenciada —me dijo esa voz que reconocería en cualquier lugar.

—Joder, mira que hay gente en el mundo, y siempre tengo que terminar contigo —le dije, pero no me di cuenta de que se podía tomar en doble sentido.

—Si es eso lo que querías desde un principio, me lo podrías decir claramente, y nos hubiéramos ahorrado todos los malos ratos —me contestó, con una sonrisa que hizo que me estremeciera.

—Más quisieras, chaval…

—Pues mira, no te lo voy a negar, porque desde lo del coche, no se va tu imagen de mi cabeza. Por cierto, soy Álvaro —me dijo, y se acercó a darme dos besos, pero muy cerquita de las comisuras de mis labios.

—Yo soy Adriana —le respondí, casi en estado de shock.

—Adriana, un nombre con carácter, como su propietaria —me dijo.

—Dicen que el nombre que nos asignan puede definir nuestra personalidad en un futuro…

—No me digas que también crees en esas chorradas del horóscopo y cosas así —me dijo, en tono burlón.

—No, pero sí que creo en el destino, en que las malas rachas no duran para siempre y en que, todo lo que nos va a pasar en la vida, ya está escrito antes de nacer —le contesté, mientras él me miraba con una sonrisa, una que me estaba desarmando por dentro.

¿Qué me pasaba con este hombre, que tenía la capacidad de bajar mis barreras casi sin proponérselo? Pues no lo sabía, lo que sí tenía claro era que tenía que salir de aquí cagando leches, o terminaría la noche como no quería.

No es que fuera monja ni tonta, pero no me gustaban los líos de una noche y como mi vida no estaba para una relación, pues mi deber con mi madre tenía que ser lo primero, prefería no iniciar algo de lo que me pudiera arrepentir.

—Será mejor que me vaya con mi amiga, o terminará incendiando la pista de baile —le dije, como tres canciones después.

—Pues me parece que tu amiga no quiere que la rescaten, a juzgar por como baila con Mateo —me dijo él, señalándome la pista.

—¿Mateo? ¿Quién coño es ese? —pregunté, girándome hasta ver lo que él me estaba señalando.

—Coño creo que no tiene, a no ser que me lo lleve ocultando durante toda su vida —me respondió, y no pude aguantar la carcajada que me salió desde lo más hondo de mi alma.

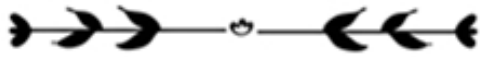
—Supongo que no, porque mi amiga se llevaría una gran decepción, te lo aseguro. Me refería a que no conocemos a ningún Mateo, a menos, como tú dices, que me lo haya ocultado.

—Mateo es mi mejor amigo, al que su novia lo ha dejado plantado después de tropecientos años juntos.

—Vaya, eso tiene que doler.

—¿No te han dejado nunca, Adriana? —me preguntó, mucho más cerca de lo políticamente permitido. Hasta el punto de que no pude articular palabra, tan solo negué con la cabeza.

Capítulo 8



Álvaro

Cuando me giré y vi quien era la chica que me había tirado la copa por encima, pensé que el destino era muy cabrón. Justo me dirigía a la barra, donde había una mujer que no paraba de mirarme y de coquetear conmigo desde que habíamos llegado.

Pensaba que pasaría la noche con esa mujer, al menos un encuentro esporádico en el baño, pero al ocurrir esto, mis ojos tan solo tenían un destino, y era ella, Adriana, que ya me había dicho su nombre.

No pude evitar el deseo de besarla, aunque fuera en la mejilla, eso sí, muy cerquita de la comisura de sus labios. Mis manos, sin control, fueron a parar a su cintura, de manera que la tenía delante de mí, y tengo que reconocer que me estaba poniendo malo.

—¿No te han dejado nunca, Adriana? —le pregunté, casi en un susurro en su oído, y pude notar que no le fue indiferente, pues no fue capaz de decir nada, tan solo negó con su cabeza —¿No me vas a contestar?

—No me han dejado nunca porque, cuando tuve la oportunidad de salir con alguien, mis obligaciones hicieron que fuera yo la que cortara esa relación casi antes de que empezara —me contestó.

¿Obligaciones? ¿Acaso era madre soltera y por eso corría tanto, para atender a su hijo? En realidad, me daba igual, porque no iba a profundizar tanto con ella como para saber el motivo, pero sí que me había propuesto

acostarme con ella esa noche y lo iba a conseguir, entre otras cosas porque yo tampoco le era indiferente, su cuerpo y su actitud me lo decían.

—Me debes una copa. ¿Nos la tomamos en el reservado? Porque creo que la tuya, más que una copa parece un vasito de caldo caliente —le dije, y vi como sonreía.

—Pues creo que no me queda más remedio, a no ser que quiera permanecer sola durante el resto de la velada —me contestó, haciendo un gesto con la cabeza, para que viera que su amiga y Mateo se estaban besando como si no hubiera un mañana.

—Gracias por elegirme, me ha llegado al alma que sea porque no tienes otra opción.

—No hombre, no es eso. Además, ¿realmente crees que no tengo otra opción? —me dijo, sacando su lado más descarado y señalándose con las manos su cuerpo.

—Pues va a ser que sí, porque no pienso permitir que las tengas —le dije, dejándole claro cuál era mi postura.

Con mi mano en su cintura, la llevé hasta el reservado que habíamos cogido Mateo y yo nada más llegar. Allí no hacía falta ir a la barra, pues tenían una especie de Tablet en la que podías encargar la comanda, y los camareros te la llevaban.

—¿Qué te parece si pedimos una botella de champán? —le pregunté, mirándola directamente a los ojos.

—Pues, si es lo que te apetece, a mí me da igual. No me pienso tomar más de una copa, te lo aseguro —me dijo, muy convencida.

—En cuanto pruebes este, te aseguro que te olvidarás de lo que acabas de decir.

No es que yo fuera una persona de esas sibaritas que tan solo miran lo que cuesta un producto para comprarlo o pedirlo, ni mucho menos. Lo que ocurre es que, al no prodigarme en salidas o fiestas, solía tener en mi casa todo lo que me gustaba. No necesitaba una ocasión especial para abrir una botella como

esta con mis amigos, o incluso yo solo, y tomarme una copa cuando me apetecía, en mi terraza y viendo una bonita puesta de sol.

Marqué en el dispositivo una botella de ese champán, junto a dos copas bien frías. Tenía un sabor tan dulce que te llegaba al paladar como una caricia, y encima no tenía demasiado alcohol, con lo que podías tomarte varias copas que casi no lo notarías.

Cuando llegó la botella, que nos sirvieron en una cubitera con hielo, nos serví una copa, y empezamos a hablar de todo y de nada en concreto. Ni ella ni yo queríamos entrar en profundidad en nuestras vidas, y lo agradecí, pues no me interesaban las relaciones intensas, más cuando sabía que no pasaría de esa vez, a lo sumo, una vez más, pues no era de los que solían repetir.

Efectivamente, tanto ella como yo, nos tomamos más de una copa. Llegó un momento en el que sus labios me llamaban, sobre todo porque no paraba de pasar su lengua por ellos, y de mordérselos.

—Si no dejas de hacer eso, no sé si podré contenerme —le dije, con la voz ronca por el deseo.

—¿Hacer el qué? —me preguntó, completamente ajena a lo que le estaba diciendo.

—Morderte el labio con los dientes. No hay nada más seductor que ver tus labios de esa manera…

—Yo…

—Te voy a besar, Adriana. Si no quieres que lo haga, más vale que me lo digas ahora, porque no podré parar una vez que empiece —le dije, acercándome a ella, lentamente, como si fuera un depredador acechando a su presa.

No se apartó, no me dijo que no, por lo que no dudé en poner mi mano en su cuello, notando como se estremecía. No la besé directamente en los labios, quería que ella sintiera la misma necesidad que yo. Empecé a rozar su cuello con mis labios, pasé mi lengua por su clavícula, como si fuera un helado, mordisqueé el lóbulo de su oreja, para, por fin, terminar en su boca.

En mi vida había sentido nada parecido con un simple beso, y supe en ese instante que estaba firmando mi sentencia de muerte. ¿Cómo me podía atraer esta mujer? No era por su físico, porque ese atraería a cualquier hombre, sino por su manera de ser.

Adriana era todo lo opuesto a mí, ella era impulsiva, yo me lo pensaba todo mil veces. Ella siempre iba con prisas, yo era la calma personificada, y eso era lo que más me desconcertaba de todo lo que estaba sintiendo.

—¿Te apetece que vayamos a mi casa? —le pregunté, y eso era otra cosa que me sorprendió.

Jamás llevaba a nadie a mi casa, a no ser que fueran mis amigos, y con ella ni me lo había pensado, esas palabras me salieron solas, como si se hubieran caído de mi boca.

—No sé si sería una buena idea… somos tan diferentes —me dijo ella, verbalizando lo que yo mismo había pensado instantes antes.

—No pienses, permítete sentir, aunque sea por una noche. Deja tus obligaciones a un lado, piensa en ti, en lo que te apetece de verdad. Si me dices que no te apetece pasar la noche conmigo, no insistiré más, te lo prometo —le dije, con una sinceridad aplastante, que ella tuvo que notar en mis ojos, a juzgar por lo que me dijo después.

—Eso es justo lo que quiero hacer, pensar en mí, aunque sea por un rato, pues toda la noche no va a ser posible —me dijo.

¿Estaría casada? No lo creía, porque en su dedo no había ningún anillo, además de que era demasiado joven, no debía pasar de los veintipocos, a pesar de que sus ojos desprendían una tristeza que llegaba al alma.

—Pues vámonos, vivamos el momento.

Me levanté del sofá y le tendí la mano para que viniera conmigo. Tanto su amiga como Mateo habían desaparecido hacía un buen rato, pero eso no me preocupaba, pues sabía que esa mujer estaba en buenas manos.

—He recibido un mensaje de Lola, diciéndome que se ha marchado con tu amigo. Hace más de una hora que ya no están en la discoteca, pero estábamos tan ensimismados en nuestra conversación que ni cuenta me he dado —me dijo Adriana.

—Te garantizo que no puede estar con un hombre mejor que ese —le dije.

Paré un taxi que pasaba por allí y pusimos rumbo a mi casa. Durante todo el camino fui con su mano cogida de la mía, acariciando con mi pulgar su muñeca y dejando breves besos en su cuello.

Me moría por tenerla entre mis brazos, no solo por practicar sexo, no solo era deseo, era algo más que no sabía describir, y que me estaba quemando por dentro.

En cuanto nos montamos en el ascensor ya no me pude resistir más, y la aprisioné entre mi cuerpo y la pared del fondo del ascensor. Quise que notara mi erección, y por eso pegué mis caderas a su cuerpo.

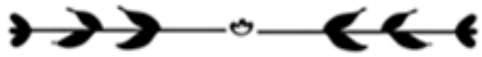
—Te deseo tanto, Adriana —le dije, mientras besaba su cuello y metía mi mano por debajo de la falda de su vestido.

—No pares, por favor —me dijo ella, con una urgencia en su voz que me dejó claro que lo deseaba tanto como yo.

—Ni loco pararía —respondí.

Sus medias eran de esas de liguero, y me pusieron cardíaco nada más de imaginarla desnuda con esas medias. El trayecto hasta mi casa se me hizo eterno.

Capítulo 9



Adriana

¡Madre mía de mi alma! Lo que este hombre me estaba haciendo sentir, el punto en el que me tenía era alucinante, jamás, en mi vida, me había sentido de ese modo.

Entramos en su casa sin soltarnos, cerró la puerta tras nosotros y me apoyó en ella, sin sacar su mano de entre mis piernas. Siguió dándome besos por todo el cuello, amasó mis nalgas y acarició mi pecho, hasta que me hizo alcanzar el primer orgasmo.

—Veo que no voy por mal camino —me dijo, con una sonrisa de lo más pícara.

—No, has cogido la dirección correcta, te lo aseguro —le contesté, y no supe de donde me salió la vena tan descarada con la que le había soltado eso.

Se separó de mí, me cogió de la mano y me llevó a la planta de arriba. No me fijé mucho en su casa, la verdad es que no era el momento más apropiado para hacer de decoradora de interiores, pero sí que me fijé que era un ático de dos plantas en uno de los mejores barrios de la ciudad, por no decir el mejor.

Atravesamos el umbral de su dormitorio y fue como si la pasión se apoderara de nosotros. Mi vestido voló, literalmente, hasta acabar no sé dónde, al igual que su camisa. No recuerdo el momento en el que me deshice de su pantalón y de su bóxer, tan solo pude comprobar que su miembro estaba erecto y de lo más apetecible.

No es que tuviera mucha experiencia en el sexo oral, la verdad sea dicha, pero no quise quedarme con las ganas, por lo que, sin pensarlo, me arrodillé ante él, acaricié su miembro con mis dedos, quitando una gota de líquido preseminal con uno de ellos, y metiéndomelo en la boca, para saborearlo.

Acto seguido, llevé mi lengua de su base a su punta, para terminar por meterlo en mi boca, donde lo mordisqueé y succioné, viendo como su rostro expresaba el placer más absoluto.

—Para, preciosa o terminaré antes de empezar, y no es ahí donde quiero hacerlo, por mucho que me tiente la opción —me dijo, levantándome del suelo.

Me tumbó en la cama, se situó entre mis piernas y empezó a besarme de nuevo. Fue bajando con su boca hasta llegar a mi pecho, donde se deshizo en caricias. No llevaba sujetador, pues el vestido no me permitía llevarlo. No es que tuviera mucha cantidad de pecho, pero lo tenía turgente, firme, y según me estaba demostrando Álvaro, de lo más apetecible.

Siguió su recorrido hacía la parte sur de mi cuerpo, donde, con su boca, y ayudado por sus dientes, me quitó la braguita. Por suerte, ese día había llevado uno de los tangas más bonitos que tenía, y de los más pequeños también, pues no me gustaba que se marcara en la ropa, y ese vestido se ceñía a mi cuerpo que daba gusto.

Cuando llegó a mis partes más sensibles, me retorcía de placer, mi cuerpo era como una lagartija reptando por la pared. Consiguió que tuviera otro orgasmo con su boca en pocos minutos, además. En mi vida me había pasado eso, nunca había llegado al clímax dos veces en tan poco tiempo. Bueno, en realidad, la afirmación sería que nunca había tenido dos orgasmos, ni seguidos ni espaciados.

La sonrisa que pintaba su boca era tan pícara, tan de saber que lo que había conseguido él no lo había conseguido ningún otro. Me miró a los ojos, cogió un preservativo de su cartera y se lo puso para, a continuación, penetrarme de una fuerte embestida, una que me hizo gritar de placer.

Estuvimos así un buen rato, cambiando de postura cada vez que me corría. Tengo que decir que, en el tercer orgasmo perdí la cuenta. ¿Qué había tomado

este hombre de postre? No conocía a nadie que tuviera tanto aguante, os lo prometo. Era un portento en la cama.

Cuando le tocó su turno de alcanzar el clímax, ambos caímos rendidos en la cama, y casi sin darme cuenta, me quedé dormida. Abrí los ojos cuando ya entraba el sol por la ventana, miré el reloj y eran las nueve de la mañana. Salté como si me hubieran puesto un petardo en el culo, me vestí como pude y salí de allí sin hacer el más mínimo ruido para no despertar a Álvaro, que dormía plácidamente, bocabajo y con el trasero al descubierto. ¡Y qué trasero, señor!

Pedí un taxi y llegué a mi casa lo más rápidamente que pude. Cuando me fijé en la cara que llevaba al entrar en mi casa, en el espejo de la entradita, casi me da algo. Llevaba el poco maquillaje que me puse, completamente corrido, y mis ojos parecían los de un oso panda, los labios resecos y una cara de recién follada que se veía a leguas.

Iba a entrar en la ducha antes de ir a ver a mi madre, a la que le tenía que dar su medicación en veinte minutos, pero tenía tiempo suficiente para ducharme antes y quitarme esas pintas que llevaba, pero Manuela me sorprendió cuando iba a hacerlo.

—Así me gusta verte llegar, como una chica de tu edad, no como una señora de sesenta años harta ya de luchar en la vida —me dijo, con una sonrisa.

—Ay, Manuela, qué te voy a contar yo que tú no sepas. Gracias por darme la oportunidad de vivir, aunque solo sea por una noche, lo que se experimenta al sentirse deseada —le respondí, dándole un beso en la mejilla antes de dirigirme al cuarto de baño.

Salí de la ducha con mi melena recogida en un moño, uno de los chándales que usaba para estar en casa y mis zapatillas. Bostecé, pues tenía más sueño que un canasto de gatitos, pero el deber me llamaba. Siempre recuerdo eso que decía mi abuela y que ahora me venía como anillo al dedo: primero la obligación y después la devoción. Había salido, sí, pero ahora me tocaba apechugar con lo que me presentaba el día.

—Hija, he estado buscando los números de teléfonos de los proveedores de las medias y demás, y los he encontrado. Ahí te los he dejado anotados en la

parte trasera de tu cuaderno, ese en el que estás anotando todas las ventas y demás —me dijo Manuela.

—Ahora viene lo peor. En cuanto que termine de vender las pocas prendas que me quedan de las que me dio Helena, tengo que sentarme a hacer números, por si me interesa seguir ahí y darme de alta como autónomo —le respondí.

—Para eso tengo al mejor abogado del mundo, el que me redactó el contrato de cesión de mis bienes. No te preocupes por el dinero, que todo corre de mi cuenta, entre otras cosas porque no me va a cobrar. Antonio Montalbán era uno de los mejores amigos de mi marido. En cuanto estés lista, me avisas para que lo llame y que estudie bien el caso —me contestó ella.

—No sé lo que haría sin ti, Manuelita —le dije, dándole un fuerte abrazo.

—Pues lo mismo, pero más triste porque no lo podrías compartir conmigo —fue su respuesta, haciéndome reír.

Mientras yo le daba el desayuno y la medicación a mi madre, Manuela preparó el desayuno para las dos, pero como si estuviéramos en el bufet de uno de los mejores hoteles.

Preparó café, tostadas con mantequilla y mermelada, bollos, fruta y zumo recién exprimido. Parecía que vendría un regimiento a desayunar, en vez de hacerlo dos personas.

—¿Viene alguien más y no me he enterado? —le pregunté, llegando a la mesa.

—No, pero tienes que reponer fuerzas, porque me da la impresión de que anoche perdiste mucha —me dijo, con guasa.

—Ay, no me hagas esto que me pongo roja como la bombilla de un puticlub —le respondí.

—Venga ya, Adriana, que somos dos personas adultas. ¿Qué vergüenza vas a sentir, por favor?

—Pues no lo sé, pero todo esto me resulta muy violento.

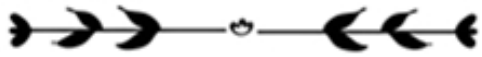
—Anda, dime como era el chico en cuestión, que me muero de curiosidad — dijo, antes de darle un bocado a una de las tostadas.

—Pues imagínate al hombre más guapo del mundo. ¿Has visto el de la colonia esa que sale en un barco? El que siempre nos paramos a mirar cuando sale el anuncio, pues igual, pero con los ojos grises. Es amable, pero no empalagoso, lo suficiente para hacer sentir a una mujer especial…

—¿No tiene nada malo? — preguntó ella.

—Sí, que es completamente opuesto a mí. Yo soy todo nervio y siempre voy corriendo a todas las partes, mientras que él es todo tranquilidad, pachorra te llegaría a decir. Tan solo sé que se llama Álvaro, y que ha sido cosa de una noche, porque ni tengo su teléfono ni él tiene el mío. Sé dónde vive porque hemos pasado la noche en su casa, pero no seré yo quien vaya a buscarlo.

Capítulo 10



Álvaro

Me desperté solo en mi cama. Pensé que Adriana estaría en la ducha o en la cocina, pero no la encontré por ninguna parte. Cuando volví a la habitación me di cuenta de que no había nada de la ropa de ella por ninguna parte, y no sé por qué, pero me sentí desilusionado.

—A ver si te has enamorado, tío —me dijo Mateo, que había llegado con comida para los dos, pues eran cerca de las tres de la tarde.

—No digas chorradas, Mateo. No te puedes enamorar de una mujer en un rato que ha sido lo que he estado con ella. Lo que me ocurre es que me hubiera gustado repetir, nada más.

—¿Repetir? ¿Tú? No me hagas reír, por favor, si tú no repites nunca.

—Pues con Mariana sí que he repetido —me defendí.

—Claro, porque la tienes a mano y ella siempre está dispuesta para ti. Me juego lo que sea a que, la mayoría de las veces ha sido ella la que te ha seducido y tú el que se ha dejado seducir —me dijo Mateo, que me conocía mejor que nadie.

—Vamos, que tampoco es que lo hayamos hecho muchas veces. Creo que han sido cuatro, no más —le respondí.

—Te has enamorado, por mucho que me digas que no, Álvaro —insistió.

—Mira, lo que tú digas, no pienso discutir contigo, no me apetece que me duele la cabeza. ¿Y tú? ¿Qué tal con su amiga? —le pregunté, intentando cambiar de tema.

—Una leona, Álvaro. En cuanto tenga la oportunidad, la llamo para invitarla a cenar, porque a mí sí que me ha gustado Lola una barbaridad. No hemos hablado mucho de nosotros, tan solo sé que es limpiadora y está soltera. Ah, y que tiene un hijo de seis años de una relación anterior, pero que está criando ella sola, con la ayuda de su madre.

—¿Tienes su teléfono? —le pregunté, porque a mí no se me había ocurrido pedírselo.

—Por supuesto, ¿acaso tú no? —me dijo, medio asombrado, mientras yo negaba con la cabeza.

—No se me pasó por la cabeza pedírselo, iba a hacerlo hoy por la mañana, mientras desayunábamos.

—Claro, como que ella iba a esperar a que tú te despertaras. Venga ya, Álvaro, tú mismo me has contado que siempre va corriendo, y que te había dicho que no podría pasar toda la noche contigo debido a sus obligaciones —me dijo Mateo, y tenía razón, había actuado como un gilipollas.

—Lo sé, ahora que me lo dices, tienes razón, pero anoche no tenía la cabeza para otra cosa que no fuera tenerla desnuda en mi cama, mientras que…

—Vale, vale, no necesito tanta información, que luego la mente es muy traicionera y los pantalones, más —me dijo, y solté una carcajada, porque Mateo era así, sin filtros, completamente transparente.

Nos sentamos a comer en la terraza, pues el sol brillaba con fuerza y apetecía muchísimo hacerlo allí, al calorcito. Después de terminar nuestra comida, me levanté y serví dos copas, una para cada uno, y permanecimos allí hasta que empezó a oscurecer.

—Álvaro, me marcho a casa. Como no me enfrente a la soledad de mi casa y de mi cama, no voy a poder hacerlo nunca —me dijo, y me dio una pena

horrible.

—Verás como lo superarás pronto, Mateo. Han sido muchos años al lado de la misma persona, y todavía sientes por ella, como es normal —intenté consolarlo.

—Si te soy sincero, ahora me he dado cuenta de que, quizás, era más costumbre que amor. Si hubiera estado realmente enamorado de ella, no me habría podido acostar con Lola sin sentir remordimientos, sin pensar en que lo mismo se arrepentía y volvía a casa, pero no ha sido así.

—Tus sentimientos por ella tan solo lo sabes tú, y la manera en la que lo vas a superar, también. Yo tan solo puedo decirte que me tienes aquí para lo que necesites y que, si no te ves con fuerzas para volver ahora a tu casa, te puedes quedar aquí —le dije, como mi mejor amigo que era, o al menos yo, la amistad la entendía así.

—Me va a costar, no te voy a decir que no, pero no puedo negarme lo evidente. Marta no está ni va a volver y cuanto antes lo asuma, mucho mejor para mi salud mental.

Nos despedimos en la puerta de mi casa y lo vi subirse al ascensor antes de cerrar la puerta. No había hecho ni la cama y cuando entré de nuevo en mi habitación, olía a ella. Las sábanas llevaban impregnadas su olor, su perfume, y si no quería volverme loco, lo mejor sería que las quitara y las echara en la canasta de la ropa sucia, para que la señora que se encargaba de la limpieza de mi casa las lavara al día siguiente.

Eso hice, quité todo, vestí la cama de limpio y me metí en la ducha. Quería que no quedara ni un resquicio de su olor por ninguna parte, pero no pudo ser.

En el suelo de mi casa descubrí que se habían quedado sus medias, esas que tanto me gustaron, y como si fuera un fetichista, las guardé, tal y como estaban, en el cajón de mi mesita de noche, donde guardaba los preservativos y el libro que me gustaba leer por la noche, cuando estaba solo en casa.

Me fui de nuevo a la cocina, pues tenía hambre y me hice algo de cenar. Nada especial, una ensalada y una tortilla francesa con pavo. Me senté delante

de la chimenea y encendí la televisión, donde puse un episodio de la serie que estaba viendo.

No os puedo decir de qué trataba ese que se reproducía en la pantalla, puesto que mis pensamientos estaban en el mismo lugar que Adriana, en la forma en la que nuestros cuerpos encajaban, en la manera en la que sus ojos brillaban de deseo, incluso en como se retorcía de placer cuando alcanzaba el orgasmo.

No podía permitirme el lujo de enamorarme de ella, no cuando mi madre le había hecho eso a mi padre. ¿Y si a mí me pasaba lo mismo? Por eso, intenté eliminarla de mis pensamientos lo antes posible.

¿Lo conseguí? Una mierda para mí. En cuanto me acosté, cerré los ojos, y el sueño me invadió, mi subconsciente decidió que iba a ir por libre, por lo que todo lo vivido con ella acudió de nuevo a mi cabeza en tropel. Cuando sonó el despertador y me levanté, tenía una erección de mil pares de cojones, nunca mejor dicho.

—Me cago en la puta… —murmuré, al notarlo.

Sin desayunar y sin nada, me metí de nuevo en la ducha, para ver si el agua fría me aliviaba, pero tampoco. Medio desesperado, llevé mi mano a mi miembro, lo apreté con mis dedos, y comencé a bombear, arriba y abajo, mientras que sus gemidos se repetían en mi cabeza, hasta que alcancé el clímax.

Salí de allí con un cabreo monumental, no sabía si con ella o conmigo mismo, pero el caso es que lo que me había ocurrido esa noche no me había pasado nunca en mi vida. Mi padre, al llegar al despacho, me lo notó.

—¿Te ocurre algo, Álvaro? —me preguntó.

—Todo y nada, papá —le dije, sin concretar nada.

—Si puedes especificar un poquito más, te lo agradecería —me dijo.

—Nada importante, papá, de verdad. Si quieres, comemos juntos y te lo cuento, pero ahora necesito revisar una documentación.

—¿Es algo del trabajo? Si es así, por favor, no dudes en informarme y así te puedo ayudar.

—No te preocupes, papá, es algo personal, no tiene nada que ver con el trabajo, te lo prometo —le dije, dejándolo no sé si más tranquilo o más inquieto que cuando entró.

Estaba sumido en mi trabajo cuando llegó Mariana, con su habitual escote hasta el ombligo y sentándose encima de mi escritorio de una forma de lo más sugerente.

—¿Puedo ayudarte en algo? Te noto demasiado inquieto, y sé una manera de lo más placentera de relajarte —me dijo, mordiéndose el labio.

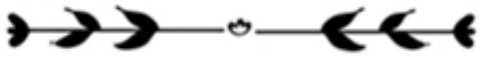
—Haz el favor de salir, Mariana, tengo demasiado trabajo como para perder el tiempo —le contesté, y vi cómo me miraba contrariada.

En otro momento no habría dudado en ponerla a horcajadas encima de mis piernas y penetrarla, o de cara al escritorio y haber hecho lo mismo, pero no me atraía, era como si, de repente, me resultara un tanto desagradable la manera en la que se me había insinuado, y me acordé de las palabras de Mateo.

"Si hubiese estado enamorado de ella, no me habría acostado con Lola sin sentir remordimientos"

¿Estaría realmente enamorado de ella? ¿Tanto habría calado en mí como para que no me pudiera acostar con otra mujer? No sé si por despecho o por comprobar que era lo que me ocurría, si era capaz o no, atrapé el brazo de Mariana y la jalé contra mí, haciéndola mía contra la puerta de mi despacho.

Capítulo 11



Adriana

Dos semanas habían pasado ya desde que Manuela me cedió tanto su piso como el local. Ya habíamos hecho la mudanza y nos habíamos instalado con ella en su casa, que era mi casa.

El dormitorio grande lo ocuparon Manuela y mi madre, mientras que el otro, que era más pequeño, me lo dejaron a mí. Mi madre estaba feliz, ya que la levantábamos todos los días y la llevábamos hasta el sillón del salón, donde Manuela se sentaba en el otro, junto a ella, y se ponían a ver las telenovelas que tanto les gustaba a las dos.

Mi rutina había cambiado muchísimo, aunque seguía yendo en la moto y como una moto, por la tarde la cosa ya iba con más tranquilidad. Por la mañana, la levantaba, la lavaba y le ponía la medicación, pero de su desayuno se encargaba Manuela. Por lo que no llegaba tan justa al trabajo.

Ahora, Lola, me esperaba en la cafetería, donde nos tomábamos un café antes de entrar a trabajar. A la hora de comer, volvía a casa, pero ya no me tenía que dar patadas en el culo para preparar la comida, sino que Manuela ya la tenía preparada.

—Adriana, he hecho mi comida toda la vida, por lo que, no me cuesta ningún trabajo echar un poco más y dejarla lista para las tres —me decía Manuela a diario, cuando le decía que de la comida del día siguiente me encargaba yo.

—Pero una cosa es eso, y otra muy distinta tener que hacer una comida especial para mi madre —le respondí.

—Anda ya, tonta, si es la misma, salvo que sin echarle la sal y pasándola por la batidora —le quitaba importancia.

Hoy, antes de volver a casa, pasaría por el supermercado para hacer una buena compra y que la llevaran al día siguiente por la mañana. Una cosa era que viviéramos juntas y que no quisiera que la ayudáramos a pagar los suministros básicos, y otra muy distinta que no contribuyéramos con nada y fuéramos una carga para ella.

—Te veo muy buena cara, Adriana. Se ve que eres feliz —me dijo Lola esa mañana, al salir del trabajo.

—No se puede llamar felicidad, porque para conseguir eso me queda todavía bastante, pero sí que estoy mucho más tranquila. Saber que mi madre está acompañada durante las veinticuatro horas, y que el dinero ya no será un problema, es una gran tranquilidad —le expliqué.

—Por supuesto, y así también puedes vivir un poquito tú. Por cierto, no me has dicho si has vuelto a ver al hombre con el que te fuiste la noche que salimos, el amigo de Mateo.

—Para nada, tan solo fue el calentón de esa noche, nada más. Ni siquiera nos intercambiamos los teléfonos. Y casi que lo agradezco. Una cosa es que ahora esté algo más tranquila y otra muy diferente que piense que no tengo obligaciones.

Lola me miró con algo de pena, como si no supiera que decirme realmente, como si pensara que mi vida no era mía, sino que le pertenecía a los demás, a mi madre, a Manuela, como si todo lo que yo hacía me lo hubieran impuesto, pero para nada era así. Mi actitud correspondía a mi manera de ser, al agradecimiento que sentía por mi madre, la única persona que había luchado por mí y me había sacado adelante. Para mí no era ninguna condena, era la oportunidad que tenía para demostrarle lo importante que era para mí y lo mucho que la quería.

Tengo que reconocer que eso último que le dije a Lola, lo hice con la boca pequeña, porque me hubiera gustado seguir en contacto con él, aunque hubiera sido para tomar un café o escribirnos algún que otro mensaje, pero casi que agradecía que no hubiera sido así, pues me había enamorado de ese hombre sin poder remediarlo, y verlo con otra mujer tan solo me habría hecho más daño, y ya había sufrido bastante.

—¿Esta tarde abres la tienda? —me preguntó Lola.

—Sí, claro, como todas las tardes. Quiero decirle a Manuela que llame al abogado ese que era amigo de su marido, y ver si me sale rentable hacerme autónoma o alquilar el local, aunque no me gustaría hacer esto último, pues atender a la gente es algo que siempre me ha gustado —le expliqué a Lola.

—Tengo que ir a por unas medias nuevas, de esas que me llevé el otro día, y mi madre quiere venir conmigo, dice que le hacen falta algunos botones y cremalleras, ya sabes que a ella siempre le gusta tener de más, por si le hace falta en algún momento —me dijo ella.

—Pues a las cinco estoy allí, podéis pasar cuando queráis. Ahora te dejo, que voy al súper a llenar la nevera.

—Sí, y yo voy a por el niño al colegio, que ya estará al salir. Lo he apuntado al comedor, así me da a mí tiempo de recogerlo, y no tiene que estar mi madre yendo y viniendo. Además, hoy Mateo ha quedado con nosotros para tomar un café, quiere conocer a mi hijo.

—Ese es un paso muy importante, Lola. ¿Estás segura de querer hacerlo?

—Pues, siendo sincera, no lo sé, pero lo que sí que tengo claro es que mi hijo es lo primero, no quiero esconderlo y él lo sabe desde el primer momento. Si quiere conocerlo, no seré yo la que le diga que no, aunque lo conocerá como a un amigo.

—Era a eso a lo que me refería, en calidad de qué iba a conocer al niño. Es muy pequeño, y si lo vuestro no sigue adelante, podría confundirlo y pasarlo mal —le expliqué.

—Pues quédate tranquila que, de momento, tan solo somos dos amigos con derecho a roce, aunque no descarto que, con el tiempo, se vuelva algo más serio, pero ambos tenemos que sanar mucho antes de que eso ocurra —me respondió ella.

Nos despedimos con un beso antes de que me subiera en mi moto, poniendo rumbo al supermercado del barrio. Llamadme loca si queréis, pero me gustaba comprar en los locales de la zona, donde el trato era mucho más cercano y cordial que en las grandes superficies.

Aparqué en la misma puerta del supermercado y entré, cogiendo antes un carro de los grandes, que llenaría de todos los productos que le gustaban a mi madre y a Manuela.

Estaba deseando que llegara el fin de semana, para hacer una maratón de películas españolas antiguas, de esas de Marisol o de Paco Martínez Soria, que eran las que más le gustaban a mi madre. Verla reír a carcajadas era lo mejor que me podía pasar en la vida, pues su enfermedad se la estaba comiendo poco a poco, y eso me estaba matando por dentro.

No me podía quitar de la cabeza qué sería de mí cuando mi madre se fuera, que podía ser en cualquier momento. Ahora contaba también con Manuela, pero tenía claro que no sería fácil para mí, pues mi vida giraba en torno a ella y a sus necesidades, y ese hueco me sería muy difícil de llenar.

Al final, tuve que dejar un carro lleno junto a la caja, e ir a por otro, porque en ese ya no me cabían más cosas.

—Vas a dejar el supermercado vacío, Adriana —me dijo la chica que estaba en la caja.

—Es que, como no lo compre todo del tirón, después Manuela me coge la vez y ya no hay manera de comprar nada —le dije, sonriendo.

—Supongo que será un envío a domicilio, ¿no?

—Hombre, en el sillín de la moto no me cabe todo esto, y no me voy a llevar el carro sujeto con una cuerda al manillar, la verdad —le dije, y la chica soltó una carcajada.

Dejé todo pagado y listo para que lo entregaran al día siguiente. Tan solo me llevé lo necesario para poder preparar la cena y algunos caprichitos que nos comeríamos a modo de postre, viendo la televisión las tres juntas.

Cuando Manuela me vio entrar con la bolsa del supermercado, me miró muy seriamente y con las manos en la cintura.

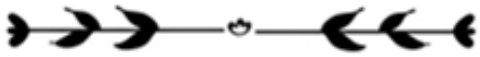
—No habrás sido capaz de comprar nada más, o te las verás conmigo —me dijo, como si de un mafioso se tratara.

—¡¿Yo?! —le dije, haciéndome la tonta.

—Sí, sí, no te hagas la tonta que ya nos conocemos. Pero te voy a decir una cosa, como mañana llegue un pedido, pienso pedir el ticket y hacerte un bizum de esos, aunque no sepa, pero ya me buscaré las mañas —me dijo, y yo solté una carcajada.

—Claro, estaba yo pensando eso. Manuela, somos compañeras de piso, no una carga para ti, así que, lo que yo compre no será ni una cuarta parte de lo que tú te mereces.

Capítulo 12



Adriana

Esa mañana tenía una reunión con el abogado de Manuela, al final, había conseguido que viniera a su casa, tal y como hizo la vez anterior, aunque en esta ocasión vendría él mismo, ya que anteriormente había acudido su hijo.

Era sábado, a primera hora, puesto que a las diez tenía que abrir el negocio, y quería dejarlo todo listo antes de que eso ocurriera. Preparé el café, levanté a mi madre antes de tiempo, porque no quería dejarle esa carga a Manuela.

—Vamos a sentarnos en el salón, que ahora vendrá el abogado —le dije a mi madre, después de darle el desayuno y su medicación.

—Ya verás que hombre más guapo, María, por lo menos nos vamos a alegrar la vista —le dijo Manuela a mi madre, que se puso a sonreír.

Justo estaba diciendo eso, cuando llamaron al telefonillo, y Manuela se levantó para abrir, esperándolo en la puerta.

—Pasa, Antonio, Adriana está en el salón. Por supuesto, lo que hablamos ayer, todo el coste me lo cobras a mí —le dijo Manuela.

—Tú lo has dicho, tal y como hablamos ayer, no pienso cobrarte nada. Son muchos años de amistad los que nos unen, Manuela, desde que, prácticamente, terminé la carrera. Tu marido fue uno de mis primeros clientes, unas de las personas que confió en mí cuando nadie lo había hecho anteriormente —le respondió.

Noté que mi madre se puso muy nerviosa cuando escuchó hablar a ese hombre, pero no le di importancia, porque la mayoría de las veces se alteraba cuando había alguien que ella no conocía.

—Hola, tú debes ser Adriana, yo soy Antonio Montalván, pero, a partir de ahora, solo Antonio —me dijo, ofreciéndome la mano.

—Hola, Antonio, pasa por favor —le dije, pero al entrar, vi como mi madre empezaba a llorar, y él se quedó blanco como la pared.

—¿Ocurre algo? —preguntó Manuela, pero Antonio seguía sin poder ni moverse ni articular palabra.

—¿María? —fue lo único que pronunció.

—Sí, es María, mi madre —le dije, sin saber qué era lo que pasaba.

—Tu madre… Entonces…

—Mira no sé lo que está pasando aquí, pero será mejor que empiece a hablar —le dije, sin saber a lo que me tendría que enfrentar.

—María, perdóname, por favor. No fui capaz de enfrentarme a dos hijos prácticamente a la vez, pero siempre fuiste mi amor. Y, a pesar de los pesares, elegí mal, pero sabía que esta niña estaría a salvo contigo, pero la otra criatura no tenía a nadie más que a mí, su madre se había ido —le dijo a mi madre, llorando.

—Mi madre está muy enferma, y no creo que esto le esté viniendo bien. Le agradecería que se marchara de mi casa —le dije enfadada, porque empezaba a entender de quién se trataba, y no iba a permitir que la desestabilizara.

Me levanté con la intención de abrirle la puerta para que se marchara, pero mi madre me aguantó la mano y negó con la cabeza.

—Mamá, por favor, esto no es bueno para ti —le dije, pero con la voz más firme que nunca, me habló.

—Deja que te explique, por favor —me dijo ella, animando a ese hombre para que hablara.

—Cuando empecé con tu madre, yo me acababa de divorciar de mi mujer. No pensé que sería nada serio, porque no era lo que estaba buscando. Tenía un niño muy pequeñito a mi cargo, puesto que su madre lo había dejado conmigo, abandonándolo.

—¿Eso que tiene que ver conmigo? No entiendo nada, de verdad —le dije.

—Déjame terminar, por favor.

—Está bien, continúe —le dije, haciéndole un gesto con la mano.

—Cuando tu madre me dijo que estaba embarazada, se me cayó el mundo encima. No podía criar a dos niños a la vez, y su madre se acababa de enterar de la existencia de ese niño. Yo estaba terminando mi carrera, pues me casé sin terminarla, por un mandato de mi padre, que decía que era la mujer que me convenía, para darme la espalda cuando me dejó.

—¿Me está diciendo que es mi padre? ¿Ese que me abandonó y que no quiso saber nada de mí? Pues, lo siento, pero ahora es a mí a quien le sobra la figura de un padre —le dije, bastante enfadada.

—Te entiendo y no esperaba otra cosa. Tan solo permíteme que te ayude con el cuidado de tu madre, deja que la lleve a los mejores médicos, que mejoren su calidad de vida, que contrate a una enfermera para que pueda liberarte un poco de tanto sacrificio —me dijo, llorando.

—No quiero nada para mí, pero no te voy a negar que la lleves a otro médico, si eso va a ser bueno para ella, no me negaré. Lo único que quiero es que no te dirijas a mí, para nada que no sea hablar de mi madre —le dije, tuteándolo y dejándole clara mi postura.

—Está bien, Adriana. Si no quieres que te lleve el tema que me ha traído hoy hasta aquí, lo puedo dejar en manos de mi hijo, si eso va a hacer que estés más cómoda —me dijo.

—¿Lo podremos arreglar hoy mismo?

—Sí, tan solo será darte de alta y explicarte como va el tema. Luego, busca a un buen asesor que te lleve todo. Si estás de acuerdo conmigo, te puedo recomendar uno muy bueno y que no te cobrará…

—No quiero favoritismo. Que me cobre lo mismo que a todo el mundo —le dije, pues tenía claro que no quería que me viera como a una hija, sino como a una clienta más.

Antonio me explicó lo que me iban a cobrar mensualmente, como tenía que apuntar todas las ventas, llevando un control exhaustivo, como organizar todo el tema de la facturación y demás, para que, cuando llegara el momento de la tributación, estuviera todo claro.

—Con respecto a lo de tu madre, mañana mismo hablaré con un neurólogo bastante famoso, le pediré una cita para que pueda verla y evaluarla —me dijo.

—Me parece perfecto, Antonio. Gracias por todo —le dije, de la manera más formal que pude.

—No te voy a pedir que me llames papá, porque no sería justo, pero tampoco creo que lo sea que me trates con esa frialdad, Adriana —me dijo, con pena.

—¿Frialdad, yo? Manda cojones que digas eso, cuando más frialdad no pudiste tener tú, que elegiste a un hijo sobre el otro. Está claro que, para ti, hay hijos de primera y de segunda, y yo pertenezco a esos últimos —le dije, con una pena que me estaba ahogando.

Cogí mi bolso y me bajé a la tienda, pues, al menos, de esa manera estaría entretenida y no tendría esas cosas dando vueltas en mi cabeza minuto sí y minuto también.

—Hola Adriana. Vengo a por uno de esos magníficos modelos que tienes ahí —me dijo Lola, sonriente.

—No, si verás que todo lo que has ganado este mes te lo vas a gastar en ropa —le dije, entre risas.

—Esta noche tengo una cena importante y quiero deslumbrar. Es algo del trabajo de Mateo, y me va a presentar a sus compañeros, no me gustaría desentonar —me dijo, algo preocupada.

—No tienes que cambiar ni aparentar lo que no eres, Lola. Pero sí quieres ponerte aún más guapa, tengo ahí un modelo que me acaban de traer que, sin ser de firma ni costar un pastizal, te vas a ver de lo más sofisticada con él —le dije.

—Venga, que me fío de tu criterio —me contestó.

Entré en el almacén de donde todavía no había sacado nada, pues pretendía hacerlo en la mañana de hoy. Fui directa a la caja en la que estaba ese vestido, que estaba segura de que le iba a encantar. No se lo pensaba cobrar, ella se merecía todo eso y más.

—Lola, ven al probador, por favor —la llamé desde allí.

—¡Voy! —exclamó.

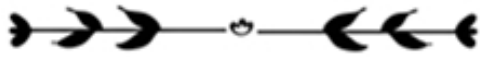
Cuando ella llegó, ya le tenía allí preparado todo el atuendo ideal para esa noche, que consistía en un vestido de gasa, con escote de palabra de honor y falda vaporosa, largo y con una apertura que hacía que se viera su pierna al andar. Lo complementé con unos zapatos de tacón de los que me había dado Helena, esos sí que era de firma, al igual que el bolso y que le venían al vestido de lo más apropiado. También le puse una chaquetilla de pelo para el frío, corta, pero preciosa.

—Parezco una actriz de cine —me dijo ella, saliendo del probador y girando sobre sí misma.

—Si crees que es demasiado arreglado para el evento, me lo dices y buscamos otra cosa —le dije.

—¿Estás loca? Es ideal para este evento y para todos los que me echen. Además, esta chaqueta y estos zapatos, con unos vaqueros, también quedarán de lo más ideal. Prepara la cuenta mientras me cambio —me dijo, pero negué con la cabeza, no le pensaba cobrar ni un céntimo.

Capítulo 13



Álvaro

Vi llegar a mi padre al restaurante donde habíamos quedado con la cara descompuesta. Venía de casa de Manuela, esa señora cuyo marido era amigo de mi padre de muchos años, pues fue su primer cliente.

—¿Ha ocurrido algo, papá? —le pregunté, nada más llegar.

—Sí que ha ocurrido, Álvaro. Vamos dentro, tengo que contarte algo. Lo único que te voy a pedir es que no me juzgues —me dijo él, abriendo la puerta del restaurante.

—No lo haré, papá. ¿Cómo voy a hacerlo si eres el único que me has inculcado todos los valores que tengo? No pude tener un mejor padre que tú —le respondí, entrando tras él.

Nos acomodamos en la mesa que nos habían asignado, y pedimos dos cervezas. Me extrañaba que mi padre no hubiera pedido vino, pero no le dije nada, pues cerveza para comer bebía cuando algo le preocupaba o estaba en casa.

—Dime que te ocurre, papá, por favor, me estás asustando —le dije, animándolo para que hablara.

—Esta mañana me he reencontrado con la que fue la mujer de mi vida, la que abandoné por ser un cobarde. El miedo me hizo correr en la dirección equivocada, y me he arrepentido durante toda mi vida.

—Papá, si me estás pidiendo permiso para salir con esa mujer, no tienes por qué hacerlo —le dije, pensando que lo que tenía era miedo de que yo la rechazara.

—Ojalá pudiera, hijo, pero no va a ser posible. Sufre una enfermedad degenerativa que la tiene medio postrada. Mañana mismo voy a buscarle el mejor neurólogo que pueda encontrar para que la examine, pero ese no es el problema que me preocupa.

—¿Entonces, papá? ¿Qué es eso que tanto te aflige? —le dije, sin saber a lo que se estaba refiriendo.

—Algo que me trae por la calle de la amargura, y de lo que me avergüenzo y lo haré durante toda la vida. Cuando dejé a esa mujer, estaba embarazada de una hija mía. La situación me superó, me vi con menos de treinta años y dos hijos pequeños, estaba terminando la carrera y ya tenía que hacer malabares para sacarte a ti adelante. Estaba completamente seguro de que a ese bebé no le iba a faltar de nada, pues tenía a su madre y a sus abuelos, pero tú… tú no tenías a nadie más que a mí —me confesó, con lágrimas en los ojos, cogiéndome de las manos.

—Papá, ¿me estás diciendo que me elegiste a mí por encima de tu hija? —le dije, con un nudo en la garganta.

—Tú eres mi hijo, Álvaro, que no se te olvide nunca —me dijo, dejando zanjado este tema.

No pude hacer otra cosa que levantarme y darle un abrazo. Era el mejor hombre que había conocido en la vida, con sus errores, como todo el mundo, pero su corazón era de oro.

—¿Has conocido a tu hija? ¿Qué te ha dicho? —le pregunté, pues me moría de la curiosidad de cómo sería ella.

—Sí que la he conocido, pero me ha dejado claro que no quiere saber nada de mí, que tan solo va a aceptar la ayuda para su madre. Vive con Manuela, y es la mujer a la que le ha legado todos sus bienes —me dijo.

—Según me contó esa señora, se lo merecía todo, pues estaba sacrificando toda su vida por atender a su madre —le conté.

—Debe haber sido así, y no es porque sea mi hija, pero es demasiado bonita como para que siga sola a sus veinticinco años. También quería consultarte algo, a ver si te parece bien.

—Tú dirás.

—Se ha declarado autónoma, y necesita un buen asesor. Había pensado en enviarle a Mateo, pero que su factura hacia ella sea ficticia.

—No te entiendo que me quieres decir con eso de la factura, papá. Explícate mejor, por favor.

—Quiero decir que le diga que él cobra por ejercicio, que cuando haga la declaración de hacienda le pasará la minuta, pero que realmente me la pase a mí todos los meses. Al igual que si le sale a pagar, que diga que le ha salido a cero, y me avise, pues seré yo quien lo pague —me explicó, y entendí lo que quería hacer, pero no me parecía bien.

—Papá, tienes que respetar su deseo, y no es que a mí me importe que la ayudes, ni mucho menos. Pero si ella se llega a enterar de que estás detrás de todo esto, puede ser peor el remedio que la enfermedad —le dije a mi padre, que asintió.

—No la tengo ni la voy a tener de todos modos, por lo que, en todo lo que pueda ayudarla, lo voy a hacer.

—Es tu decisión, y en mí siempre tendrás el apoyo y el cariño, no te puedo decir nada más —le dije a mi padre, después de que me contara todo.

De allí, nos fuimos para hablar con Mateo, que no dudó en decirle que sí, que sin problema se haría cargo de la gestión. Mi padre le facilitó los datos, así como su nombre, pero no le presté atención, la verdad, mi cabeza estaba en otros menesteres, como saber si mi padre había dicho la verdad con respecto a su belleza, me picaba la curiosidad.

Mi padre iba a dejarme en casa para ir a hablar con un amigo de la infancia, que ejercía de médico en el hospital central de la ciudad, pero decidí acompañarlo y conducir yo el coche, lo veía demasiado nervioso para que lo hiciera él.

—Amaro, buenas tardes, y perdona que te aborde así de esta manera, pero necesito tu consejo —le dijo mi padre a su amigo, en cuanto entramos en su despacho del hospital.

—Antonio, ¿estás enfermo? —le preguntó él.

—No soy yo, es María, me he encontrado con ella de nuevo, y no de la mejor manera posible, no como me hubiera gustado.

Mi padre le contó todo lo que le había dicho Manuela sobre su enfermedad y lo que llevaba padecido.

—Supongo que sabrás su nombre completo. Me hará falta para entrar en su historial, porque no creo que la esté tratando ningún médico privado, ¿verdad?

—Por supuesto que no, si casi no tenían ni para comer. Ese es mi objetivo, buscar al mejor neurólogo para que la examine. Por eso he venido a verte, para que tú me aconsejes a alguno de tus compañeros. Su nombre es María Vega López, y es del año 1975 —le dijo mi padre.

Amaro metió todos los datos en el ordenador, encontrando su expediente médico. En teoría no podía decir absolutamente nada, pero siendo su amigo de la infancia y para lo que lo quería, no dudó en saltarse la ley, sabía que no era para nada fraudulento.

—Antonio, no te voy a mentir, la enfermedad que ella tiene es bastante jodida, pero conozco un médico que está proporcionando a sus pacientes un tratamiento experimental que está dando muy buenos resultados. No te diré que la va a curar, porque, por desgracia, esa enfermedad no tiene cura. Pero sí que mejorará bastante, y su calidad de vida será mucho más buena —le dijo Amaro.

—Con eso me conformo. No sabes lo que es verla casi sin poder hablar ni moverse. Ha sido como atravesarme el corazón con un puñal —le dijo mi

padre.

—Pues anota su nombre y su dirección. Si me das un minuto, ahora mismo hablo con él, e intento que os cite lo antes posible —dijo, mientras mi padre asentía con la cabeza.

Amaro salió de su despacho, con su teléfono móvil, y tardó en volver más de media hora, pero lo hizo con una sonrisa en los labios.

—Has tenido suerte, Antonio. El doctor Sainz va a hacer un hueco para el lunes a primera hora y no hará falta que la llevéis a la consulta, él se va a desplazar hasta su domicilio, pues quiere verla en su entorno. Según me ha contado, esa enfermedad, cuando el paciente se ve rodeado de personas desconocidas se pone muy nervioso, y no quiere hacerla pasar por eso.

—Ahora mismo lo llamo y le facilito los datos. Quedaré con él allí, en su puerta, pues no le voy a decir nada, para que no condicione su manera de actuar. Gracias, Amaro, no sé cómo pagarte esto que has hecho —le dijo mi padre, visiblemente esperanzado y emocionado.

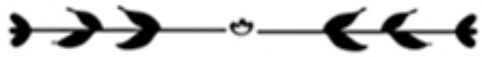
—Un día de estos, cuando ambos tengamos tiempo, me invitas a comer y listo —le respondió su amigo, con una sonrisa.

Como ya veía a mi padre mucho más tranquilo y relajado, lo dejé conducir. Eso sí, se notaba que en su cabeza todo daba vueltas como si estuviera en una noria.

—Papá, no quiero que te emociones ni te ilusiones con algo que no sabemos si va a funcionar —le dije.

—Álvaro, con que haya un uno por ciento de posibilidades de que mejore, ya me conformo —me contestó, con melancolía.

Capítulo 14



Adriana

Ni Manuela ni yo hablamos en todo el fin de semana de lo que había sucedido cuando llegó el abogado. A mi madre la veía con una sonrisa en los labios, era como si se hubiera quitado un peso de encima, como si esa explicación, aunque veinticinco años después, le hubiera servido para estar en paz con ella misma.

Sabía que mi madre se había culpado durante mucho tiempo de la marcha de mi padre, pero ahora nos habíamos dado cuenta de que no fue su culpa, si la abandonó fue por su cobardía, por elegir entre sus dos hijos, y eso me dolía.

¿Qué tenía ese otro hijo que no tenía yo? Tan bueno era que lo prefirió a él antes que a mí. Podéis pensar que estaba utilizando argumentos demasiado infantiles, pero me da igual, porque era lo que estaba sintiendo en ese momento.

El lunes a primera hora, y como todos los días, me dispuse a atender a mi madre, para dejarla lista antes de irme a trabajar, pero llamaron al telefonillo.

—¿Quién será tan temprano? — preguntó Manuela.

—Pues lo siento por el que sea, pero no puedo atender a nadie. Voy con el tiempo justo para arreglar a mi madre e irme al trabajo —le contesté.

—No te preocupes, que yo contesto y atiendo a quien sea —me dijo, saliendo de la habitación.

No supe quien había llamado hasta que entró por la habitación Antonio con otro hombre más. Este venía con un maletín médico y un montón de instrumental, y supe que sería el médico que había dicho que iba a buscar.

—Buenos días, Adriana. Él es el doctor Sainz, y viene a examinar a tu madre. No te he avisado antes, porque no quería que nada influyera en su actitud —me dijo Antonio, me negaba a llamarlo, padre, porque no lo había sido en veinticinco años, no lo iba a ser ahora.

—Buenos días, Antonio. No hay problema, tan solo que yo me tengo que ir a trabajar, pero se queda Manuela. Si me necesitáis para algo, estoy a un golpe de teléfono —le contesté.

—¿No puedes abrir la tienda un poco más tarde? —me preguntó, como si fuera lo más obvio.

—No es a la tienda a donde voy a trabajar, ese es mi trabajo de tarde y de los fines de semana. Por la mañana trabajo en una contrata de limpieza, con un solo sueldo no nos podemos mantener y pagar la medicación de mi madre —le respondí, para que fuera consciente del sacrificio que tenía que hacer a diario. Mientras que él vivía de lo más tranquilo junto a su hijo, yo me estaba moliendo a trabajar para sacar a mi madre adelante, al igual que ella lo había hecho anteriormente conmigo.

No me dijo nada más, pero no quise irme de esa manera, sin saber lo que el médico le diría a mi madre, por lo que, salí de la habitación y llamé a mi jefa, así como a Lola.

—Hola, soy Adriana, tengo que pedirte un favor —le dije, nada más que me descolgó la llamada.

—Tú dirás, ¿en qué puedo ayudarte? Si por lo que hablamos del trabajo de por la tarde, no ha entrado nada en ese horario, Adriana.

—No es eso, es otra cosa. Sabes que nunca he pedido ni un día libre, que incluso he trabajado en mis vacaciones, pero hoy necesito entrar más tarde. Tengo a un médico que está mirando a mi madre y si puede haber esperanzas para una mejor calidad de vida…

—Tómate el día libre, yo hablaré con tu compañera para que te cubra en lo que pueda y lo que se quede sin hacer, mañana lo hacéis más a fondo y listo.

—Gracias, de verdad, para mí es muy importante saber el diagnostico que le va a dar —le dije, corriendo de nuevo hacia la habitación.

—Pensé que ya te habías ido —me dijo Antonio.

—No, jamás me iría sin darle un beso a mi madre. He ido a avisar a mi jefa de lo que ocurría, por si me podía dar un par de horas libres, pero me ha dado el día, por lo que estaré aquí para enterarme de todo —le dije, no en muy buen tono, la verdad, pero con él no me salía otro.

Le estaba muy agradecida por la rapidez con la que había buscado la ayuda para mi madre, pero eso no significaba que no me doliera lo que nos había hecho, la manera en la que me había despreciado a mí.

El doctor estuvo haciéndole un montón de comprobaciones a mi madre, así como muchísimas pruebas, y cuando estaba terminando la última, nos miró con una sonrisa.

—Llévala a su sillón, si quieres, porque tiene que estar exhausta. Ahora hablamos con tranquilidad —me dijo, mientras recogía todas sus cosas.

—Está bien, voy a dejarla y preparo un café, creo que necesitaré algo fuerte —le respondí, con una sonrisa temerosa.

—Espera, Adriana, déjame ayudarte —se dirigió a mí, Antonio.

Entre los dos la cogimos, uno por debajo de cada brazo, y la sentamos en la silla de ruedas de interior que había conseguido que me financiara la Seguridad Social. Una vez que la tuvimos sentada, no dudó en empujarla él hasta el salón, donde volvimos a hacer la misma operación, pero esta vez para sentarla en su sillón.

Estábamos terminando de colocarla cómodamente, cuando vimos que el doctor Sainz salía por el pasillo. Nos hizo un gesto de donde podríamos hablar tranquilos, y nos fuimos para la cocina.

—Vamos a ver, no quiero dar falsas esperanzas, pero me da que el diagnostico que le han dado no es el correcto. Si no me equivoco, y mi experiencia me avala, lo que está provocando todo esto en tu madre es un coagulo que tiene en una parte del cerebro —nos dijo, y fue como si me estuvieran encogiendo el corazón.

—¿Cómo va a ser eso? Lleva años así y nunca nos habían dicho nada ni parecido —le dije, a punto de llorar.

—Para confirmarlo, necesito hacerle un TAC, y eso no puedo hacerlo aquí. Mañana os enviaré una ambulancia para que la lleve a mi clínica, donde permanecerá ingresada durante todo el día, para hacerle también las pruebas complementarias.

Me parecía mentira que eso fuera verdad. Si era tal y como él decía, tan solo tendrían que hacerle una pequeña intervención quirúrgica, con la que le disolverían el coagulo y volvería a ser la de siempre. Lo peor sería la rehabilitación, puesto que llevaba muchos años sin fuerzas en las piernas, y había perdido toda la masa muscular, pero eso era lo de menos. Si volvía a ver a mi madre de pie y hablando bien, me iba a parecer mentira.

Esa tarde parecía que estaba flotando, y durante la noche me costó media vida coger el sueño. Me imaginaba a mi madre como era antes, con esa sonrisa en los labios que nunca le faltaba, por muy chunga que estuviera la situación, por muy complicada que se nos volviera la vida.

Me levanté temprano, y antes hablé con mi jefa de la empresa de limpieza. Le pedí la semana libre, pues no quería dejarla sola en el hospital, y acordamos que me la quitaría de mis vacaciones. Me daba igual, pues antes siempre las trabajaba, así que lo que perdería sería dinero, y eso no me importaba ahora, porque tenía casi todo el dinero que había ganado en la tienda ahorrado.

La ambulancia llegó a la hora indicada, y ella ya estaba lista. Me resultó extraño que Antonio no hubiera acudido, pero no le di la mayor importancia, seguro que le había surgido algo o tenía trabajo, pero me equivoqué, de todas, todas, pues al llegar a la clínica, allí estaba él.

—¿Ha llegado la ambulancia ya? —le pregunté.

—No, pensé que había llegado contigo —me respondió.

—He dejado que viniera Manuela con ella, yo he venido en mi moto, así no tenía que coger un taxi sola —le aclaré.

—Has hecho bien, para Manuela sois su familia.

—El sentimiento es mutuo. Para mí es como si fuera mi abuela, esa que no tuve, porque la madre de mi madre murió siendo yo muy pequeña y mi abuelo, tampoco duró mucho más —le conté, y él me miró como con pena.

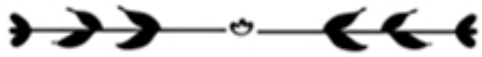
—No sabía nada…

—Claro, ¿cómo lo vas a saber si no estabas allí?

No quería hacerlo sentir mal, pero era superior a mí. Si no había sabido nada fue porque no le dio la gana, porque nadie le prohibió que, una vez que su hijo fue más mayor, se volviera a acercar a mi madre, se preocupara un poquito por nosotras y nuestra vida.

Ella se partió el lomo para sacarme adelante, mientras que él vivía en su palacio de cristal con su hijo, con todo lujo a su alcance, cuando a nosotras muchas veces nos faltaba hasta la leche.

Capítulo 15



Adriana

Estuvimos allí durante horas, en las que le estuvieron haciendo todo tipo de pruebas para confirmar el diagnóstico que el doctor Sainz creía sobre lo que le ocurría a mi madre.

Antonio pidió una habitación privada, no quería que nada ni nadie nos molestara durante nuestra estancia allí. Ninguno se atrevía a pronunciar una sola palabra, pero la tensión se podía cortar con un cuchillo.

Justo cuando me levantaba para ir a buscar algo de beber, entraba mi madre en la camilla, con una sonrisa en la cara al vernos a todos allí. Detrás de ella venía el doctor Sainz, que también sonreía bastante.

—Era justo lo que yo pensaba, nada de ese síndrome. Lo que tu madre tiene es un coagulo en una parte del cerebro que, al ir creciendo, le ha ido limitando la movilidad y le afecta al habla —nos dijo, y no pude evitar ponerme a llorar de la alegría.

—¿Tiene solución? —preguntó Antonio, al que también se le habían saltado las lágrimas.

—Por supuesto. Si estáis de acuerdo, mañana mismo la intervendremos, a primera hora. Tendrá que pasar veinticuatro horas en la unidad de cuidados intensivos, para después permanecer en planta unos días más. No saldrá barato, Antonio, eso también lo tengo que decir —nos dijo el doctor Sainz.

—Cueste lo que cueste, como si tengo que hipotecar mi casa, me da exactamente lo mismo. Lo único que quiero es que vuelva a ser la María que yo conocí, esa mujer luchadora y activa que siempre fue —le dijo Antonio.

—Voy a pedir una excedencia en el trabajo, no la pienso dejar sola durante todo el proceso —dije, pensando que ya saldríamos adelante. Tenía el suficiente dinero ahorrado como para mantenernos las dos.

—No pidas una excedencia, me gustaría que pidieras la cuenta. Yo mismo me haré cargo de vosotras, de todo lo que necesitéis —dijo Antonio, pero no acepté.

—No, con una excedencia irá bien. Ya te dije que te aceptaré todo lo que mi madre necesite, pero yo sé mantenerme sola. Llevo más de cinco años haciéndolo, con lo que la enfermedad de mi madre conlleva. Con el dinero que tengo ahorrado puedo seguir adelante.

—Además, niña, por la mañana puedo echarte una mano yo en la tienda, y por la tarde abres tú. Creo que no se me habrá olvidado como se vende —me dijo Manuela.

—Manuela, te lo agradezco en el alma, pero ya me la he jugado yo lo suficiente abriendo todos estos días sin darme de alta como autónoma. No quiero que alguien, por mala leche o envidia, envíe una inspección y encima me cueste el dinero de una multa. De todos modos, la tienda tan solo la he estado abriendo por la tarde, y me ha ido muy bien, seguiré igual —le dije, recibiendo una sonrisa por su parte.

A la hora de la comida todos se marcharon. Antonio se encargó de llevar a Manuela a su casa, mientras que yo me quedé allí con mi madre. Me había llevado la suficiente ropa como para ducharme y cambiarme allí en la habitación, así no tendría que ir hasta mi casa.

—Adriana, ve a comer —me dijo mi madre, a su manera, claro está.

—Ahora, mamá, cuando te traigan la tuya y te la dé —le respondí.

Ella me miró con el amor con el que siempre lo hacía, pero esta vez había algo más, no sé si era agradecimiento o de qué se trataba, pero no pude evitar

levantarme y darle un beso en la mejilla, apretadito, como a ella le gustaba.

Pensar que mi madre volvería a ser la de siempre, me llenaba de alegría, pero también de miedo, porque no sabía si ella estaba de acuerdo con las decisiones que yo había tomado, como el dejar nuestra casa para irnos a la de Manuela, y eso me inquietaba un poco.

Cuando trajeron su comida, todo en puré, por supuesto, también trajeron una para mí, pero con comida sólida. Mi almuerzo consistía en un filete de pez espada a la plancha, con patatas al vapor y ensalada, así como una copa de chocolate y nata, como ella.

—Anda, como nos vamos a poner las dos —le dije a mi madre, sonriente.

—Gracias —me dijo, muy bajito.

La miré con una sonrisa y mientras le iba dando la comida a ella, también comía yo, porque el pescado frío se ponía como la suela de un zapato.

Esa tarde la pasamos las dos solas, tranquilamente. Ella sumida en sus pensamientos y yo en los míos, aunque, en el fondo, creo que las dos pensábamos lo mismo, en como saldría todo al día siguiente.

Mi madre insistió en que me fuera a casa a descansar, pero huelga decir que no lo consiguió, que no me moví de allí en toda la noche, esa que ambas pasamos en vela, con nuestras manos unidas. Era una operación un tanto complicada, y por eso tuvimos que firmar el consentimiento, y eso hacía que, al menos yo, estuviera de lo más nerviosa.

Llegó el momento de la operación, y allí, junto a mí, estaban Manuela y Antonio, esperando a que se llevaran a mi madre para el quirófano.

—Mi hijo quería venir, pero le he dicho que no, que prefería que, si os teníais que conocer, que fuera en otro momento. Este es uno íntimo en el que su presencia podría resultar un tanto incómoda para ti —me dijo, con mucha dulzura.

—Y te lo agradezco, de verdad. No es que no quiera conocerlo, que tampoco tengo claro que lo quiera, dicho sea de paso. Ahora mismo, mi

cabeza tan solo está en el hecho de que la vida de mi madre depende de esta operación, y no estoy segura de que lo hubiera atendido ni de la mejor manera ni en el mejor tono —le respondí, con sinceridad.

—Te entiendo, Adriana, aunque pienses que no. Sé que es muy fuerte tener delante a la persona que te ha quitado el cariño de un padre, aunque no sea cierto, porque te he querido y te querré, aun sin estar cerca —me dijo él, un tanto apenado.

—No me ha quitado el cariño de nadie, entre otras cosas porque nunca lo tuve, o al menos, nunca lo sentí. De todos modos, tu hijo era un niño, al igual que yo, y no fuimos nosotros los que decidimos nada de lo que sucedió, por lo que no fue nuestra culpa —le hablé, un tanto resentida, para que nos vamos a engañar.

—Antonio, Adriana, no creo que este sea ni el momento ni el lugar para hablar de eso, para declarar culpables ni nada por el estilo. El único culpable de todo eso que sucedió fue el destino, que cada uno tenemos escrito antes de nacer —nos reprendió Manuela.

—Tienes razón, Manuela, y pido disculpas por ello —dijo Antonio.

—Yo también pido disculpas, a los dos. Estoy demasiado nerviosa como para pensar con claridad —dije, disculpándome con los dos.

Vino el celador para bajar a mi madre a quirófano. Ver su cara de ilusión, mezclada con el pánico más absoluto, me dejó bastante preocupada, pues no sabía cómo actuar.

—Te estaré esperando. Te quiero —le dije, dándole un beso en la mejilla.

—Me dejas un momento con tu madre a solas, por favor —me dijo Antonio, acercándose a mí, y salí de la habitación.

—Tranquila, todo va a salir bien, y pronto tendremos a esa mujer que siempre estaba cantando y con una sonrisa, por muchos inconvenientes que le puso la vida —me dijo Manuela, echándome el brazo por los hombros.

—Eso quiero pensar, porque si le pasa algo, no sabría vivir sin ella, Manuela.

—No digas eso, que eres muy joven y tienes toda la vida por delante. Si yo aprendí a hacerlo sin mi hijo, que es lo más grande que una persona puede tener, lo harás tú cuando tu madre parta, que no digo que sea ahora, pues le queda mucho por vivir —me dije, y comprendí que así era.

Lo normal es que los hijos entierren a los padres, no que los padres entierren a un hijo. Eso tenía que ser como si te atravesaran el corazón con un hierro ardiendo, como si una parte de tu vida se fuera con él. ¿Cuántas madres habían pasado por eso y seguían adelante? Pues el día que mi madre partiera de este mundo, yo tendría que hacer lo mismo, no podría venirme abajo, porque ella no lo hubiera querido así.

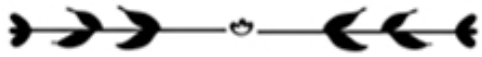
Como la operación era bastante larga y el doctor Sainz tenía el teléfono de Antonio para avisar ante cualquier cosa, decidimos que nos iríamos a la cafetería, hasta que nos dijeran que todo había terminado.

Estando allí, recibí un mensaje de mi compañera Lola, que no dudé en contestarle al instante.

Lola: *Tienes todo mi apoyo y mi cariño. Verás como todo va a salir bien. Con cualquier cosa, me llamas. Te quiero.*

Adriana: *Lo sé, yo también te quiero. Te llamo cuando todo termine. Un beso.*

Capítulo 16



Álvaro

—Papá, me gustaría estar allí, contigo, pero entiendo que mi presencia podría resultar muy incómoda —le dije a mi padre, por teléfono.

—Lo sé, hijo mío, pero es lo que dices, que, demasiado tiene Adriana con los nervios de la operación, como para tener que enfrentarse también a todo esto —me contestó él.

Lo había llamado para varias cosas, entre ellas saber cómo iba todo lo de la operación. Sabía que esa mujer era muy importante en la vida de mi padre, y si algo le sucedía, lo pasaría realmente mal.

—He hablado con Mateo sobre lo que me comentaste y me ha dicho que no hay ningún problema, que él se ocupa —le dije a mi padre.

—Le habrás dicho que tendrá que esperar a que su madre salga del hospital, ¿no? —me dijo él.

—Por supuesto, está esperando a que uno de nosotros lo llame y le diga el horario en el que lo podrá atender. De todos modos, ya está haciendo no sé qué gestiones para dejarlo todo listo, a espera de su firma —le contesté.

—Te dejo, Álvaro, que viene el doctor, ahora te llamo en un rato…

Me cortó la llamada y me dejó sin saber lo que estaba sucediendo. Me quedé esperando con el teléfono en la mano, pues no quería que me llamara y

que no me enterara o no llegara a tiempo para contestar.

Como media hora después, una media hora que se me hizo eterna, mi teléfono volvió a sonar. Descolgué la llamada con mucha prudencia, pues me daba pavor que algo no hubiera salido como se esperaba.

—Dime papá. ¿Qué os ha dicho el médico? ¿Cómo ha salido todo? —le pregunté, con cautela, pues lo escuchaba llorar.

—Ha salido todo bien, Álvaro. María no volverá a padecer lo que estaba padeciendo. Todo este tiempo ha estado así por un maldito diagnóstico erróneo, por culpa del puto dinero, o más bien de la falta de él… —me decía, llorando.

—Papá, más vale tarde que nunca. No te fustigues, en cuanto te has enterado de su situación, no has dudado en buscarle ayuda —le dije, intentando consolarlo.

—No es eso, pero saber que le podría haber ahorrado a mi hija tanto sufrimiento, me quema por dentro. Ahora tendrá que pasar dos días en cuidados intensivos, pero tan solo por precaución, hasta que le baje la inflamación de la zona en la que han estado tocando. Luego tendrá que hacer rehabilitación, pero me he propuesto buscarle los mejores fisioterapeutas de la ciudad, para que vuelva a ser la misma que era antes —me contaba, y lo entendía.

Estuvimos un buen rato más hablando por teléfono, hasta que noté que ya estaba completamente tranquilo, momento en el que colgué la llamada y me puse a trabajar.

No había sabido nada de esa mujer durante todo este tiempo, y eso no sabía si me aliviaba o me dolía, pues no conseguía quitármela de la cabeza. No sabía nada de ella, tan solo su nombre. Podría intentar localizarla a través de su amiga, pero no lo haría, porque ella también lo podría hacer por medio de ella y Mateo, y no lo había hecho.

Sé que me dijo que sus obligaciones no se lo permitían, y empezaba a pensar que tenía razón en mi suposición de que estaba casada o, al menos,

tenía pareja, porque no encontraba nada más que le impidiera llevar una vida como cualquier otra chica de su edad.

¿Y si era madre? No, eso no podía ser, porque me lo hubiera dicho Mateo. Lola no se lo habría callado y mi amigo, tampoco. No es que eso me importara, la verdad, pues si tuviera un hijo no es ningún motivo para que no tuviera una vida normal.

Encendí mi portátil y me dispuse a preparar toda la documentación de los casos que tenía en estos días. Esperaba que el trabajo me ayudara a evadirme de esos pensamientos, de los que se había hecho dueña ella, no permitiendo que entrara nadie más.

—Álvaro, tengo aquí una documentación que acaba de llegar a tu nombre —me dijo Mariana, que traía un sobre en la mano.

—Déjalo ahí, por favor —le respondí.

—¿Estás estresado, Álvaro? —me preguntó.

—¿Qué vienes buscando, Mariana?

—Vengo a buscarte a ti. No hay nadie más en el despacho, tan solo estamos tú y yo, nadie más…

—Pues márchate si has terminado tu trabajo, no necesito que te quedes —le dije, mirando el reloj, pues ya pasaba con creces su horario laboral.

—¿Estás seguro? Yo te puedo ayudar a relajarte o…

—He dicho que te marches, Mariana. Ni te necesito ni te quiero aquí —le dije, de muy malas maneras.

Salió de mi despacho dando un fuerte portazo, pero me dio igual. Desde aquel día que estuve con ella no habíamos vuelto a estar juntos. Es como si me resultara repulsivo estar con otra mujer.

Me pasé las manos por el cabello, agobiado, pues no entendía que me pasaba. Pensé que era por todo el tema de mi padre, de su hija y demás, pero

no estaba convencido de que fuera por eso.

Cerré el portátil y recogí todas mis cosas, seguiría trabajando en mi casa, pues estaba claro que allí no terminaba de concentrarme. Al día siguiente, y según como me encontrara, volvería al despacho o seguiría trabajando desde allí, con el móvil conectado para que me pudieran localizar en caso de que me necesitaran para algo.

Cogí el sobre que me había entregado Mariana, llevaba el sello de un despacho de abogados de una ciudad del norte, que era muy conocido, pues tenía también notaría. Lo metí en mi maletín, ya le echaría un vistazo más tarde, ahora, lo que quería era salir de aquí lo antes posible.

Nunca iba en coche, pues mi casa quedaba muy cerca del despacho, así también me daría un poco el aire, a ver si me quitaba el agobio de encima. No había anochecido todavía, pero los últimos rayos del sol ya aparecían tímidamente, queriendo desaparecer en el cielo, dándole paso a la luna.

Entré en mi casa y lo primero que hice, fue darme una ducha caliente, que me quitara todo el entumecimiento que tenía encima. Me puse ropa cómoda y me senté en la mesa del salón. Al sacar el portátil del maletín, cayó al suelo el sobre, del que me había olvidado.

Lo cogí entre mis manos y me decidí a abrirlo, no fuera a ser algo importante de alguno de los casos que llevaba entre manos, aunque no recordaba que ninguno tuviera que ver con esa ciudad, pero nunca se sabía.

Cuando vi su contenido me llamó la atención, pues aparecía el nombre de mi madre, esa que me dejó recién nacido y de la que no había vuelto a saber de ella en todos estos años. Me serví una copa, pues sabía, aun sin conocer lo que decía en esas páginas, que me haría falta, y no me equivoqué.

Al parecer, mi madre había fallecido, y me había dejado como único heredero de todos sus bienes, que eran bastantes. Aparte de eso, también me dejó una carta, que dudé en si leerla o no, pero que al final decidí abrir y leerla, pues me pudo la curiosidad de lo que tenía que contarme.

A mi hijo Álvaro.

Sé que, después de tanto tiempo, no tengo ningún derecho a nada, mucho menos a pedirte que leas estas letras, pero se me va la vida y no me quiero ir sin sacarme esto de dentro.

No he sido una buena madre, en realidad, no he sido madre, ni buena ni mala. No me vi con la fuerza, no tenía ese instinto que toda mujer que da a luz debe tener, y por eso, decidí apartarme de tu vida.

Consideré que era mejor eso que estar y que notaras mi indiferencia. Durante estos años me he dedicado a trabajar, y ahora que estás leyendo esto, estoy segura de que ya me habré ido, y por eso quiero dejarte mi legado a ti.

Sé que no te harás cargo y, siendo sincera, tampoco me importa, porque no vas a dejar a Antonio atrás, tú eres su vida y él la tuya. No te puedes imaginar la cantidad de veces que me he preguntado por qué no sentía yo esa conexión, pero llegó un momento en el que decidí ignorar esta pregunta, o me volvería loca.

Espero que, con el dinero que obtengas, puedas vivir cómodamente, aunque con Antonio sé que no te ha faltado nunca de nada. No me guardes rencor, ponte en mi lugar, hice lo que consideré mejor para todos.

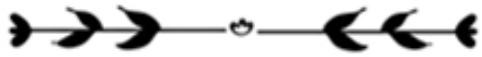
Un beso fuerte, nos volveremos a ver, pero que tarde mucho tiempo.

La mujer que te dio a luz.

Daniela Gómez.

No sé cuántas veces la leí, porque no me lo terminaba de creer. Después de no dar señales de vida, me hacía heredero de todo su legado, ese del que venían todas las escrituras, así como una copia del testamento, en aquel sobre, y que tendría que mirar detenidamente en qué consistía.

Capítulo 17



Adriana

Ese día habían subido a mi madre de nuevo a la habitación, sacándola de cuidados intensivos. Me daba mucho miedo entrar, pues no sabía lo que me iba a encontrar, ya que, durante estos días la habíamos visto a través de un cristal, y no habíamos podido hablar con ella, por lo que no sabíamos si había recuperado su voz.

—Vamos, mi niña, que seguro que está deseando darte un beso y un abrazo —me dijo Manuela, que había venido conmigo.

—Me da miedo de que esté igual, Manuela, que todo el esfuerzo no haya servido para nada —le respondí.

—Ya oíste al doctor, todo salió mejor de lo que esperaba, así que no hay nada que temer —me dijo, abriendo la puerta.

Cuando atravesé el umbral de esa habitación y vi a mi madre con una sonrisa, alzando los brazos en mi dirección, no me pude aguantar y me derrumbé, cayendo de rodillas en el suelo y con un llanto desgarrador.

—Ven aquí, Adriana, dame un abrazo. No llores, mi niña, que estoy bien —me dijo ella, con una voz perfectamente clara.

—Mamá… vuelves a ser la misma de antes de esa puta enfermedad —le dije, fundiéndome con ella en un abrazo.

—Una enfermedad que no era tal y que, gracias a tu padre, hemos podido descubrir. Adriana, me gustaría pedirte algo, aunque sé que para ti va a ser muy difícil…

—No puedo mirarlo como a un padre, si es eso lo que me vas a pedir. Lo trataré de manera cordial, como he hecho hasta ahora, pero nada más, al menos de momento —le contesté, sin dejarla terminar, y ella asintió con la cabeza.

—Estoy completamente segura de que terminarás viéndolo como a un padre, pero necesitas tiempo, y tienes todo el del mundo. Pero no era eso lo que quería pedirte —me dijo ella.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que me vas a pedir? —pregunté, algo desconcertada.

—Quiero que dejes ese trabajo de limpiadora. Me gustaría que, cuando estuviera completamente recuperada, vivieras lo que te corresponde por tu edad. ¿Quieres volver a retomar tu carrera? Hazlo. ¿Quieres dedicarte a la tienda en exclusiva? Pues dedícate, pero vive, mi amor, que los años no vuelven —me aconsejó, y no pude evitar volver a llorar de nuevo.

—No creo que tenga cabeza para volver a estudiar, pero lo de dedicarme de lleno a mi tienda, sí que lo veo. Allí soy feliz y sin presiones, mucho más. Mamá, quería preguntarte sobre las decisiones que tomé, no sé si tú estás de acuerdo con…

—Adriana, estoy completamente de acuerdo con todo lo que has hecho, porque eso nos ha permitido seguir adelante. La vida te cargó con unas responsabilidades que no te correspondían, y tuviste que tomar muchas decisiones muy duras. Así que, no te fustigues, por favor, porque, si estoy aquí, es gracias a vosotros —me dijo mi madre.

—Eso es lo que más me atormentaba, mamá, que no estuvieras de acuerdo con lo que hice.

—A ti también te tengo que dar las gracias, Manuela. Has sido como una madre para mí, y no tendré vida para compensarte todo tu cariño y dedicación, te lo aseguro —le dijo mi madre a nuestra vecina.

—No digas chorradas, María, no podía mirar para otro lado. Ojalá hubiera tomado esa decisión antes, porque no habríamos llegado hasta este punto y te hubieras reencontrado con Antonio mucho antes —le contestó ella, tan dicharachera como era siempre.

Nos pusimos a hablar las tres de todo, de como nos organizaríamos a partir de este momento, y en ello estábamos, cuando llegó Antonio, con un ramo de flores precioso, que era casi más grande que él.

La sonrisa que vi en la cara de mi madre bien valía que yo hiciera un esfuerzo para llevarme bien con él, para intentar entenderlo y hacerle un hueco en mi vida, por mucho que me costara hacerlo.

—Hola Antonio, buenos días —le dije, y me acerqué para darle dos besos.

—Hola, hija —me contestó, mirándome completamente sorprendido por mi manera de saludarlo, y que me provocó una sonrisa.

—Creo que todos no merecemos una oportunidad, por mi madre, por ti, porque necesito entender tu postura, pero no de manera precipitada, sino lentamente, con tranquilidad —le dije a mi padre.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, Adriana. Tenemos toda la vida por delante, ahora sí. María se va a recuperar por completo y ese será el punto de inflexión. Por cierto, la fisioterapia no tendrás que hacerla aquí, en el hospital, porque pienso que será más deprimente para ti. He contratado a un fisioterapeuta que irá a la casa diariamente o con la frecuencia que él decida —le dijo a mi madre.

—Antonio, no tienes que gastar más dinero, por favor. En la Seguridad Social hay muy buenos profesionales…

—Que te dieron un diagnóstico erróneo que casi te cuesta la vida. No pienso dejar tu recuperación en manos de cualquiera. El dinero es lo de menos, siempre que sirva para que tú vuelvas a ser la misma que eras —le contestó Antonio.

En un momento dado, sentí un mareo que me hizo perder la estabilidad, teniendo que sentarme para no caer al suelo.

—Adriana, ¿qué te pasa, hija? —me preguntó Antonio, que fue el primero que se dio cuenta.

—No lo sé, me siento completamente mareada, es como si se me hubiera bajado la tensión o el azúcar —le dije, casi sin poder articular palabra.

—¿Es la primera vez que te ocurre, Adriana? —me preguntó Manuela, y no pude mentir.

—No, ya me ha pasado varias veces, pero tiene que ser la situación de estrés a la que estaba sometida —le dije, intentando justificarme.

Vi como mi padre salía de la habitación como alma que lleva el diablo, buscando un médico. En menos de cinco minutos volvió, pero no lo hizo solo, lo hizo con una enfermera y un doctor.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué es lo que has sentido? —me preguntó el médico.

—Es como si el suelo se abriera bajo mis pies, como si hubiera un terremoto y no tuviera donde agarrarme —le conté.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste la regla? —cuando el doctor me preguntó esto los ojos se me abrieron como platos. No podía ser…

—Creo que será mejor que empecemos por una prueba de embarazo —dijo la enfermera, que salió de la habitación para ir a buscar una.

No fui capaz de articular palabra. ¿Podría estar embarazada de Álvaro? Si solo había estado una vez con él, ya sería mala suerte. Pero bueno, sabiendo como se había desarrollado mi vida, no era de extrañar. Era la Ley de Murphy, si algo podía salir mal, iba a salir.

Mi madre me miraba con amor, con cariño, y mi padre, al igual que Manuela, con interrogante, como si todavía no fueran capaces de entenderlo. Pues, si ellos no lo entendían, imagínate yo.

Entré en el baño en cuanto la enfermera puso en mis manos el palito y el vasito, explicándome como tenía que hacerlo.

—Normalmente se suele hacer por la mañana, pero estas tiras reactivas son tan buenas que no hace falta que sea con la primera orina, si es positivo, como si lo haces antes de irte a dormir —me dijo la enfermera.

Me temblaban hasta las pestañas y durante un buen rato, me llevé con la tira reactiva en la mano, sin saber si meterla en la orina o no. Un hijo siempre era una bendición, pero cuando tu vida pende de un hilo, cuando no tienes ni idea de dónde encontrar al padre, la situación podía volverse un poquito tensa.

No me lo pensé más, tenía que saberlo lo antes posible. Si era positivo, para asimilarlo y tomar las medidas que tuviera que tomar y, si era negativo, para volver a respirar tranquila.

Cabe decir que tomamos precauciones, pero no durante todo el acto, porque en un momento determinado el preservativo se partió, y estuvimos un buen rato sin protegernos, ya que no nos habíamos dado cuenta.

Cuando vi el resultado me tuve que sentar en un banquito que había en la ducha, porque pensé que me caía. Os lo podéis imaginar, un positivo como un camión de grande. Respiré de manera profunda antes de salir del cuarto de baño, antes de enfrentarme a todo y a todos.

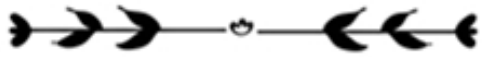
—¿Por qué tengo tan mala suerte en esta vida? —pregunté, nada más estar delante de los tres.

—Tener un hijo no es mala suerte, Adriana, es lo más bonito que vas a vivir en tu vida — dijo mi madre.

—Y si el padre no quiere hacerse cargo, aquí estará su abuelo. Parece que la vida me ha dado una nueva oportunidad para redimir mi fallo —dijo Antonio, entre lágrimas.

—Al padre no sé ni como localizarlo, la verdad. Bueno, sé dónde vive, porque estuvimos en su casa, pero no quiero decirle nada. Fue un rollo de una noche y no creo que quiera hacerse cargo, no era eso lo que buscaba —dije en voz alta.

Capítulo 18



Adriana

Habían pasado ya dos meses desde la operación de mi madre, y ya iba muchísimo mejor. Ya había conseguido ponerse de pie sin ayuda, y no necesitaba la silla de ruedas, pues se movía con la ayuda de un andador para adultos.

Es cierto que había puesto mucho de su parte, pues, a pesar de que el dolor durante los primeros días era casi insoportable, a pesar de que lloraba con cada movimiento, nunca, en ningún momento, dijo que no podía más, sino todo lo contrario, siempre pedía más ejercicio, más trabajo. Ella decía que, si trabajaba más, antes volvería a ser la misma de antes.

Yo había dejado mi trabajo de limpiadora, y me dediqué por completo a la tienda. Mateo, el asesor que me envió Antonio, a pesar de no habernos visto en persona, me resultó un hombre encantador, al que enviaba todo por correo electrónico o a través de mi padre, puesto que nuestros horarios no nos permitían hacerlo de otra manera.

Antonio acudía a mi casa a diario. No sólo venía a visitar a mi madre, sino a mí también. No había visita sin un regalito, tanto para mi madre, como para mi bebé. Eran cositas pequeñas, tales como un chupete, unos patucos y cosas así, pero que me hacían una ilusión enorme.

—Adriana, Antonio me ha propuesto algo, y creo que es lo mejor, pero necesitamos que tú estés de acuerdo —me dijo mi madre, cuando subí a comer.

—Tú dirás, aunque desde ya te digo que cualquiera le dice que no a ese hombre —le contesté, riendo.

—Verás, me ha pedido que este fin de semana vayamos a comer todos juntos, y cuando digo todos me refiero también a su hijo. Creo que ya va siendo hora de que os conozcáis —me dijo mi madre.

No os voy a decir que la idea me entusiasmara, porque os estaría mintiendo, pero mi padre se estaba portando tan bien con nosotras, que me veía incapaz de decirle que no. Por otro lado, veía lógico que quisiera que sus dos hijos se conocieran, aunque luego dependería de nosotros el seguir en contacto o no, pero no podía negarle que lo intentara.

—Está bien, mamá. No es algo que me quite el sueño, pero haré el sacrificio por vosotros, que os lo merecéis —le dije a mi madre, que me dio un abrazo de agradecimiento.

Después de comer me senté un rato en el sofá, como todos los días, y me puse a hacer un pedido de género, ya que se me estaban terminando algunos de los productos. La tienda iba de maravilla, mucho más de lo que yo pensaba, y los ingresos me daban para cubrir todos nuestros gastos, tanto personales como laborales, y guardar algo de dinero para cuando llegara el bebé, poder contratar a una persona que me cubriera.

—Mamá, Manuela, vuelvo al trabajo —les dije, pues Antonio no había llegado todavía, aunque estaba segura de que no tardaría en hacerlo.

—Ten cuidado y no cojas nada de peso. Si tienes que hacer algo de eso, no dudes en llamar a tu padre, que bajará encantado —me dijo Manuela, y negué con la cabeza.

—Manuela, mi madre, cuando estaba embarazada de mí, cogía los cubos de agua y limpiaba de rodillas. Si yo estoy aquí, mi hijo estará bien si tengo que coger una caja de encima de la estantería —le dije, riendo.

Mi vientre seguía igual de plano que siempre, por eso me costaba hacerme a la idea de que, ahí, estaba creciendo una nueva vida. Dirigirme a ese bebé como mi hijo, me resultaba un tanto forzado, pero todo sería cuestión de acostumbrarse.

Media hora después estaba Antonio entrando por la puerta, con una caja enorme, que tenía que pesar un quintal, y que me hizo soltar una carcajada.

—¿Dónde vas con eso, alma de cántaro? —le pregunté, abriendo la puerta.

—Lo he visto viniendo hacia acá, y por eso he tardado más en llegar, porque no me he podido resistir. He pensado que, como arriba no tenéis sitio para guardarlo, estaría mejor aquí, en el almacén del local, hasta que nazca el bebé —me dijo, soltando la caja para respirar un poquito.

—¿Qué es eso? —le pregunté, ya que en la caja no pude encontrar nada que me hiciera pensar lo que había dentro.

—Es el cochecito del bebé. El último modelo que acaba de entrar, espero que te guste. Mira, te lo enseño en una foto, ya montado, porque si lo montamos ahora puede coger demasiado polvo —me contó, sacando su móvil del bolsillo.

Me mostró una foto y tengo que decir que el cochecito era una preciosidad. Era de color gris oscuro, que servía tanto para niño como para niña, ya que no sabíamos todavía el sexo. Contaba con la capota, la sillita de paseo para cuando fuera más mayorcito y el cuco.

—Es precioso, papá —le dije, y era la primera vez que me salía llamarlo de esa manera, pero lo hice inconscientemente.

—¿Cómo has dicho? —me preguntó él, que todavía no terminaba de creerlo.

—Que es precioso…

—No, no, me refiero a la forma en la que me has llamado. Me has dicho, papá —me dijo, y solté una carcajada.

—Te juro que me ha salido sin darme cuenta, ni siquiera he sido consciente de que te he llamado así. Pero si te molesta que lo haga…

—¿Estás loca? Es el mejor regalo que me has podido dar, porque, además, lo has hecho inconscientemente, no ha sido forzado —me dijo, y se fundió

conmigo en un abrazo.

Se quedó en la tienda conmigo un rato más, hasta que empezaron a entrar clientes y decidió que se marchaba y me esperaba arriba, donde cenaría con nosotras. En nuestra conversación me contó que seguía enamorado de mi madre, que nunca la había podido olvidar, y que quería que se fuera a vivir con él en cuanto ella pudiera y que las puertas de su casa también estaban abiertas para mí.

Cerré la tienda, dirigiéndome a mi casa, cuando mi teléfono móvil sonó, era Lola, con la que seguía hablando muy a menudo.

—Hola, asquerosa, que como no te llame yo…

—Hola, Lolita. Hija, es que no tengo tiempo ni de mirarme. Entre la recuperación de mi madre, la tienda y el embarazo…

—¿Cómo lo llevas? ¿Has pensado ya si se lo vas a decir al padre? —me preguntó, pues ni a ella le había dicho quién era, no quería que su relación se jodiera por mis cosas.

—Lo llevo muy bien, nada de nauseas ni nada por el estilo. Estoy igual, solo que con más hambre y más sueño. Con respecto a la segunda pregunta, todavía no lo sé, tengo tiempo para pensarlo antes de que nazca el bebé —le respondí.

Fuimos hablando todo el trayecto hasta que entré en mi portal, y quedamos en que el fin de semana siguiente, que el sábado era festivo, quedaríamos para comer y tomar un café, porque lo de salir a cenar y a tomar una copa lo dejaría para cuando naciera el niño y fuera un poco más grande. Para cuando no me costara dejarlo con alguien mientras yo salía.

—Bueno, cariño, te dejo, tengo que entrar ya en casa. Estos tres me estarán esperando como agua caída del cielo, porque hoy mi padre cena con nosotras —le dije, a modo de despedida.

—Me encanta que te dirijas a él en esos términos, eso es señal de que lo vas asimilando y perdonándolo. Si sigues así, pronto lo tendrás superado, y será una carga menos para tu corazón —me respondió ella.

—Sí, aunque todavía me queda pasar por un mal trago, el conocer a su hijo. No sé cómo me va a tratar, si me tendrá algo de resentimiento por tener que compartir conmigo su presencia, y eso me tiene algo preocupada. Pero, en fin, no me queda otra.

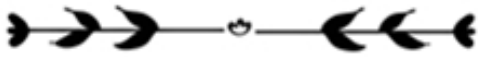
Nos despedimos y cortamos la llamada, por lo que metí la llave para entrar. Mi padre estaba junto a la puerta, y me miraba de una forma que dejaba claro que había escuchado parte de mi conversación.

—Adriana, no tienes que temer nada por mi hijo. Él, al igual que tú, tiene las mismas inquietudes, pero estoy completamente seguro de que os llevareis a las mil maravillas —me dijo, dándome un beso en la mejilla.

—Gracias, papá, ojalá sea así —le contesté, entrando al salón, no sin antes devolverle el beso.

Saludé a mi madre, que estaba haciendo manualidades, pues el fisio le había dicho que le vendría bien para la psicomotricidad fina. Era una cosa que no le gustaba demasiado, pero, aun así, y en bien de su recuperación, durante un par de horas al día hacía puzles o coloreaba mandalas, que era lo que menos la disgustaba, porque decir que era lo que más le gustaba sería una mentira como una casa.

Capítulo 19



Álvaro

Había llegado el día en que comeríamos con Manuela, con María, de la que mi padre estaba profundamente enamorado, y con su hija. Esto último me inquietaba un poco, pues no sabía cómo me iba a recibir, si me trataría bien o no.

—Hijo mío, que parece que estás esperando a que tu mujer de a luz a tu primer hijo —me dijo mi padre, con una sonrisa mientras salíamos de casa.

—No creo que sepa nunca lo que se siente en ese momento, porque no hay nada de lo que rehúya más —le contesté.

—Uy, cuan equivocado estás, Álvaro. En cuanto llegue la mujer que te robe el corazón, todo lo que pensarás será formar una familia con ella, te lo aseguro. Da igual el tiempo que pase o la edad que tengáis. Si no, fíjate en mí, que después de todo este tiempo, estoy deseando de preguntarle a María si se viene a vivir conmigo —me contó.

—Eso eres tú, papá. A mí, con que todos los que me rodeáis estéis bien, me vale para ser feliz —le contesté.

Mientras que ellas no llegaban, pues no quisieron que fuéramos a recogerlas, sino que prefirieron venir en un taxi, le conté a mi padre lo que había descubierto del legado de mi madre, y mis intenciones sobre ello.

—Creo que lo puedo vender bastante bien de precio, papá. De momento he recibido un par de ofertas que son muy buenas —le dije.

—¿No has pensado quedarte con ello y poner a una persona al frente de todo? Lo mismo y te sale mucho más rentable que venderlo —me respondió mi padre.

—No, porque, aunque lo hiciera y pusiera alguien allí, tendría que viajar al menos una vez al mes, sería otra responsabilidad más, y además de que no me gusta, sería una carga que no quiero. La casa ya la he vendido, a una pareja que, en cuanto la inmobiliaria la subió a la red y la vieron, se quedaron con ella.

—Era una buena propiedad, según tengo entendido. Dos plantas, jardín y piscina, ideal para que crezcan los niños —me insistió mi padre, con una sonrisa. Sabía que lo hacía para picarme, pero no iba a conseguirlo.

—Por eso la han comprado ellos, porque tienen dos hijos y un perro. El dinero ya está depositado en mi cuenta y las escrituras firmadas —le conté.

—Hijo, pues si eso es lo que quieres, no dudes en hacerlo. Por tu tranquilidad, tanto física como mental.

—No dudes en que lo haré —le respondí.

Durante más de veinte minutos estuvimos departiendo en la barra, con una copa de vino por delante, ya que, la impaciencia de mi padre había hecho que llegáramos a la cita con más de media hora de adelanto.

Mi padre estaba mirando hacia la puerta, bueno, no había dejado de hacerlo durante todo el tiempo, como si así pudiera hacer que llegaran antes. Me hacía mucha gracia verlo, porque parecía un niño de quince años esperando a la chica que le gustaba, y a sus cincuenta y algo era demasiado gracioso.

—Mira, ahí vienen —me dijo, cuando ya estaban cerca.

Le di un sorbo a mi copa de vino, ya que, de momento, la garganta se me quedó completamente seca, como si algo inesperado fuera a suceder. No me

explicaba esos nervios y ese sentimiento que me entró en un instante.

—Hijo, ellas son Manuela, a la que ya conoces, María, y mi hija, Adriana —dijo mi padre.

Cuando me giré, no podía creer lo que estaban viendo mis ojos. Era ella, era la mujer que me quitaba el sueño, esa de la que no podía olvidarme, a pesar del poco tiempo que estuvimos juntos.

Nuestros ojos se quedaron fijos los unos en los otros, hasta que vi como balbuceaba algo.

—No puede ser, tú no puedes ser mi hermano —murmuró y se desmayó.

—Adriana, hija mía, ¿qué te ocurre? —le preguntó su madre, mientras que mi padre la cogía en brazos y salía corriendo con ella hacia la calle, para parar un taxi y llevarla al hospital.

—Papá, vamos en mi coche, lo tengo ahí mismo, ¿no recuerdas? —le dije, yendo hacia el para arrancarlo.

En un momento, y antes de que pudiéramos hacer nada, ella se despertó, abrió los ojos y empezó a llorar como una magdalena, perdiendo de nuevo la conciencia.

La llevamos al hospital más cercano, donde nos dijeron que había tenido una crisis de ansiedad provocada por algún suceso inesperado. Yo supe cuál había sido ese suceso, y así se lo hice saber a mi padre.

—Yo sé lo que le ha ocurrido…

—¿A qué te refieres, Álvaro? —me preguntó.

—Papá, Adriana y yo ya nos conocíamos de antes. De hecho, nos acostamos una noche. Su amiga es la chica con la que está saliendo Mateo. Debe haber pensado que…

—Una aberración, hijo mío, eso es lo que debe haber pensado, porque, si mucho no me equivoco, tienes algo que saber. En realidad, ella tiene algo que

contarte, pero ahí no voy a entrar, eso es cosa de mi hija —me dijo mi padre, que me dejó allí para entrar a hablar con Adriana.

—Antonio, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué tiene que ver tu hijo en lo que le ha pasado a Adriana? —le preguntó María, preocupada.

—Ahora te lo cuento todo, pero antes, es a ella a quién le debo todas las explicaciones del mundo. Voy a preguntarle al doctor si puedo verla, si está en condiciones de hablar conmigo —le dijo mi padre, que se adentró en el pasillo que llevaba a los distintos boxes de urgencias.

María me miraba pidiéndome una explicación, pero yo estaba tan en shock como Adriana, y no me atrevía a hablar. Preferiría que fuera mi padre el que le diera todas las explicaciones necesarias.

Manuela, que me vio sentarme en un rincón, se acercó a mí. Me tomó de las manos y dejó salir su lado más sabio, ese que tan solo daba la edad y la experiencia.

—Álvaro, hijo. Te conozco desde que no levantabas un palmo del suelo. Sé que eres un hombre noble y con un gran corazón, y que no dudarás en hacer lo correcto —me dijo, con toda la amabilidad de la que fue capaz.

—Señora Manuela, no es lo que parece. Todo esto es un lío, pero del que estoy seguro de que saldremos de la mejor manera posible —le dije, dándole un beso en la mejilla.

Me levanté y fui por un café, aunque más me hubiera valido tomarme una infusión de esas tranquilizantes, porque lo que se me venía encima no era una minucia, precisamente.

Durante el tiempo en el que mi padre estuvo dentro, me dediqué a dar vueltas por la sala de espera. Conté cada loza que había en el suelo, examiné cada cuadro que allí había y me enteré de las conversaciones de todos los que, al igual que nosotros, esperaban noticias de sus familiares, aquellos que estaban atendiendo dentro.

Casi una hora después, salió mi padre, con los ojos completamente rojos de haber estado llorando. Miró a María, como diciendo: ahora mismo te cuento

todo lo que ha pasado ahí dentro, pero dame un minuto para recomponerme.

—Álvaro, Adriana quiere hablar contigo —me dijo, una vez que recuperó la capacidad de hablar.

—Ahora voy. ¿Estás bien? —le pregunté, porque con Adriana podía hablar más tarde, ahora lo que me preocupaba era mi padre y cómo se encontraba él.

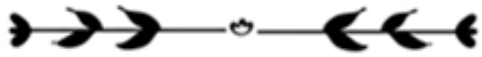
—Mejor que nunca, hijo mío. No te voy a decir que no ha sido duro, porque sí que lo ha sido. Pero me he abierto en canal, he dejado mi corazón al descubierto, sin ocultarle absolutamente nada, que era lo que debería de haber hecho en cuanto nos encontramos por primera vez —me dijo, con las lágrimas saltadas de la emoción.

—Gracias, papá, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Espero que tu hija haya sido capaz de entenderte —le dije, dándole un abrazo, porque fue lo que me salió en ese momento.

—Por supuesto que lo ha hecho, al igual que lo hará ahora su madre, en cuanto le cuente todo, porque son las dos mujeres más empáticas y con el corazón más grande que la vida me ha puesto por delante. Y a ti, tan solo te voy a decir una cosa: abre tu corazón, no te cierres a lo que ella te tenga que decir, o puede que te arrepientas si tomas la decisión equivocada —me dijo, mirándome fijamente a los ojos.

Los dejé en la sala de espera y enfilé el pasillo que me llevaría hasta Adriana. Mi padre me había informado del número de box en el que estaba, por lo que, cuando llegué a él, respiré hondo y abrí la cortina, quedándome delante de ella.

Capítulo 20



Adriana

Cuando vi quien era el hijo de mi padre, casi me muero. Una presión me entró en el pecho, hasta el punto de que perdí el conocimiento, desmayándome dos veces.

¿Cómo me había acostado con mi hermano? No solo eso… ¡Estaba esperando un hijo suyo! Dios mío, eso era una aberración, por mucho que no nos conociéramos y que no supiéramos nada el uno del otro.

No le dije a la doctora lo que me lo había provocado, simplemente le conté que había descubierto algo que me había dejado en shock. Estaba de casi cuatro meses, y no me planteé abortar, de ninguna de las maneras. Ese era mi hijo, y tendría que vivir con ese peso en la conciencia durante el resto de mi vida, pero ese secreto me lo llevaría a la tumba.

Estaba tumbada en la camilla, algo más tranquila, pues me habían proporcionado un sedante, pero mi cabeza seguía dándole vueltas a lo mismo, y estaba a mil por horas. No sabía lo que Álvaro les había contado a todos, pero si le había dicho que nos habíamos acostado durante una noche, no dudaba de que se pusieran a atar cabos y llegaran a la conclusión de quién era el padre de mi hijo.

—¿Podemos hablar, hija? —me dijo mi padre, entrando donde yo estaba con el consentimiento de la doctora.

—Papá, yo… no sabía que él, que Álvaro… —no sabía como decirle lo que me había ocurrido.

—Déjame hablar antes, Adriana. No te fustigues por algo que no tiene sentido ni razón de ser, te lo aseguro —me dijo, pero a mí me parecía que no estaba al tanto de lo que ocurría, pero, aun así, lo dejé hablar.

—Adelante, dime lo que has venido a decirme —lo animé, haciendo un gesto con la mano.

—Conocí a la madre de Álvaro a través de mis padres, ya que era la hija de unos amigos suyos. Desde el primer momento las dos familias hicieron planes en nuestro nombre, al ver que nos llevábamos bien, que había sintonía entre nosotros, pero no de la manera en la que ellos pensaban. Casi sin darnos cuenta, nos vimos dando el sí quiero en el altar, sin estar enamorados —empezó a contarme, pero no entendía nada.

—¿Qué tiene que ver todo eso con nosotros, con Álvaro y conmigo? Porque, te prometo, que no entiendo nada —le dije, pero él me hizo un gesto para que lo dejara continuar.

—Todo, pero tengo que empezar desde el principio, o no entenderías mi postura. Hablamos de no tener hijos, ella porque decía que no sentía el instinto maternal, yo porque estaba terminando la carrera y no quería que nada ni nadie hiciera que me descentrara de lo realmente importante para mí. Justo había terminado mi carrera cuando Daniela llegó diciendo que estaba embarazada…

—El embarazo de Álvaro, supongo, pero sigo sin entender nada —lo interrumpí, porque quería que dejara de andarse por las ramas.

—Ahora lo vas a entender todo. Sabía que Álvaro no podía ser hijo mío, porque hacía más de seis meses que su madre y yo no teníamos relaciones, incluso dormíamos en habitaciones separadas. Llegamos al acuerdo de que seguiríamos siendo un matrimonio de cara a la galería, porque, de lo contrario, mi padre me retiraría la asignación que me daba para poder estudiar y mantener a mi familia.

—¡Qué cabronazo! —me salió del alma, y él soltó una carcajada, que sumada a las lágrimas por lo que me estaba contando, resultaba de lo más desconcertante.

—No lo sabes tú bien, pero déjame continuar, por favor. Cuando me dijo eso, también me contó que no pensaba abortar, porque le daba mucho miedo. Esas cosas hace casi treinta años no era como ahora. Pero no pensaba quedarse con el niño, lo iba a dar en adopción. Algo me decía que no podía abandonar a ese niño, aun sabiendo que yo no era su padre, por eso llegué a un acuerdo con ella. Le firmaría el divorcio, pero a cambio, quería la custodia completa de ese niño, le daría mis apellidos y lo criaría como si fuera mío, y nadie nunca se enteraría de la verdad. Para todos, yo sería un padre divorciado que se había quedado con su hijo tras un acuerdo con su madre.

—¿Me estás diciendo qué no es tu hijo biológico? ¿Lo elegiste a él por encima de una hija de tu propia sangre? —le pregunté, porque ahora sí que no entendía absolutamente nada.

—Ahora es cuando entráis tu madre y tú. Cuando Álvaro tenía alrededor de dos años, tu madre y yo, que manteníamos una relación de esas de ni contigo ni sin ti, porque, para mí y en ese instante, todas las mujeres eran iguales, me dijo que estaba embarazada. No podía dejar de lado a mi hijo, porque, aunque no tenga mi sangre, es y siempre será mi hijo. Él no me tenía más que a mí, porque ni mis padres, sus abuelos, fueron capaces de quererlo, ya que decían que era el causante del fracaso de mi matrimonio.

—Eso no tiene sentido. Ningún niño es el causante de ningún fracaso, eso es cosa de los adultos. Ellos no pidieron venir al mundo —le dije, pues cada vez el nudo que tenía en el pecho parecía apretar más, sobre todo al ver a mi padre llorar como un bebé.

—Ya, pero eso ellos no lo entendían, no fueron capaces de ponerse en mi lugar, y eso que no conocían el dato de que no era de mi sangre, porque de lo contrario el acoso y derribo hubiera sido todavía peor. Tú tenías el amor de tu madre, y de tus abuelos, porque estaba seguro de que así sería, se volcarían contigo, pero mi hijo no. No podía sacar adelante a dos niños a la vez, o eso pensaba en ese momento. Ahora me doy cuenta de que el miedo a que me ocurriera lo mismo decidió por mí. Por eso, Adriana, nada de lo que estás pensando tiene sentido. Ese niño será mi nieto por partida doble, porque es

hijo de mi sangre, a través de ti, y de mi corazón, a través de Álvaro —me contó, limpiándose las lágrimas, cuando una duda me asaltó de repente.

—Álvaro… ¿Él sabe todo esto? Porque si es así, tuvo que ser un duro golpe para él —le pregunté.

—Sí, y fue casi sin querer. Un día, en una clase de ciencias, hicieron un experimento sobre la sangre y sus grupos sanguíneos, y para ello tenían que llevar una pequeña muestra de sus padres. Supe que, si no se lo decía en ese momento, el golpe sería demasiado duro, pues se enteraría de la peor forma y delante de sus compañeros, lo que podría suponer un trauma para toda la vida —me contaba.

—¿Cómo lo hiciste? Perdona, papá, sé que es algo privado y si no quieres contármelo, no pasa nada, es vuestra vida —le dije, pues parecía que lo estaba sometiendo a un tercer grado.

—No pasa nada, hija. Es mi historia y también la vuestra, y estás en todo tu derecho a querer saber. Pues ese día lo senté junto a mí en el sofá. Tenía como unos diez u once años. Muchas veces recordamos ese momento, pero no como algo traumático, sino divertido. Le dije que teníamos que hablar antes de que pudiera hacer ese experimento. ¿Sabes qué me contestó?

—Pues no tengo ni idea, pero supongo que se quedaría un tanto desconcertado, ¿no?

—Te equivocas en un ciento por ciento, Adriana. Me dijo, y uso palabras textuales, porque no se me olvidarán en la vida… Si me vas a decir que tú no eres mi padre biológico, no hace falta que me lo digas, porque ya me he dado cuenta. He estado viendo fotos, y no me parezco ni a ti ni a la que me parió, porque nunca se refirió a ella como su madre.

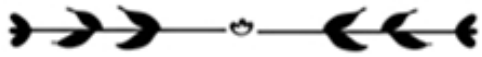
—¿Qué hiciste? Porque yo me hubiera caído en redondo.

—No terminó ahí la cosa. Siguió diciéndome que a él le daba igual quién había sido el hombre que puso la semilla porque, a todos los efectos, su padre era yo. Su argumento era que todos sus recuerdos eran conmigo, el que lo había tapado por las noches, el que lo había enseñado a montar en bici, el que lo curó cuando se caía. Me dijo que hablaría con su profesor, porque no haría

esa prueba para demostrar que yo no era su padre, sino que lo cambiaría por otro experimento, y así lo hizo —me contaba.

—Papá, no sé qué decirte. Cuando lo he visto ahí, delante de mis ojos, pensé que me moría de la pena y de la vergüenza, pero no pensaba abortar, me callaría y no le diría nada a nadie. Mi hijo era lo primero. Ahora entiendo que tengo que hablar con él, y que decida si quiere ser padre o no. ¿Puedes decirle que entre? —le dije a mi padre, que antes de marcharse, me dejó un beso en la mejilla.

Capítulo 21



Adriana

El rato que estuve sola me dio tiempo para madurar y admitir todo lo que me había contado mi padre. El miedo es muy mal consejero, mucho más cuando tienes un niño pequeño a tu cargo que no tiene a nadie más. El pensar que le podían hacer daño, que le podían exigir que lo dejara atrás y te centraras en tu verdadera hija, hizo que mi padre tomara la decisión equivocada, al igual que la había tomado yo cuando decidí que no le diría nada a su padre.

No me correspondía a mí tomar decisiones por los demás, aunque lo que sí que me correspondía era poner las cartas sobre la mesa y dejar que fuera él quién eligiera a nuestro hijo o no.

—Me ha dicho mi padre que quieres hablar conmigo —me dijo Álvaro desde la cortina, sin atreverse a entrar.

—Sí, por favor, pasa —le respondí.

No lo había oído llegar y tenerlo ahí, delante de mí, hizo que los nervios me jugaran una mala pasada, pues no supe como empezar esa conversación, aunque, por suerte, fue él quien empezó a hablar.

—Supongo que mi padre te habrá contado todo. Si te resulta más fácil, puedo cambiar mi forma de dirigirme a él, y llamarlo por su nombre de pila, pero sí que quiero dejarte claro que no me pienso apartar de él —me dijo, y

eso me gustó, porque me demostró el tipo de persona que era, leal hasta el fin de sus días.

—Para nada, ni una cosa ni la otra. Además, no es eso lo que quería hablar contigo —le dije, indicándole que se sentara en la cama, junto a mí.

—Adriana, creo que para ti ha sido un poco desconcertante pensar que te has acostado con tu hermano, pero te prometo que todo lo que te ha contado mi padre es cierto, tú y yo no tenemos ningún vínculo de sangre —me dijo.

—Eso no es del todo cierto, pues sí que hay un vínculo de ese tipo entre nosotros —empecé a decirle.

—¿Perdona? ¿Si él no es mi padre, que vínculo va a haber entre nosotros? Afectivo sí, por supuesto, pero no de ese modo.

—Digamos que va a ser el abuelo de tu hijo —le dije, a ver si así lo entendía y no tenía que decir aquellas palabras tan temidas.

—Claro que va a ser el abuelo de mi hijo, si es que lo tengo algún día. Para mí, no hay más padre que él.

—Dios, no has entendido nada… —murmuré, más para mí que para él.

—Pues no, y te rogaría que fueras un poquito más clara, por favor, o nos llevaremos aquí todo el día entre galimatías y jeroglíficos —me contestó, algo desconcertado.

Aparté la sábana que cubría mi cuerpo, mostrándole mi vientre, que ya se notaba un tanto más abultado de lo habitual. Álvaro me miraba sin entender nada, por lo que no tuve más remedio que decirle las cosas tal y como eran, sin más adornos, para que se enterara de una puñetera vez.

—Estoy embarazada de cuatro meses, y tú eres el padre —le dije del tirón y sin anestesia. ¿No quería que fuera explícita? Pues ahí tenía, no podía serlo más.

—¿Perdona? Creo que no me he enterado bien —me dijo, sin saber que decir.

De momento se puso blanco, rojo y hasta morado. Su gesto mostraba desde la incredulidad hasta el desconcierto, pasando por el pavor más aterrador. No os puedo contar el motivo, o bueno, sí, su cara, pero solté una carcajada que me salió de lo más profundo de mi ser.

—No sé de qué te ríes, la situación no es graciosa —me dijo, algo enfadado.

—Ya te digo yo que sí, porque tu cara ha sido para grabarla —le dije, entre risas.

—¿Qué cara querías que pusiera? ¿Pensabas que iba a saltar de alegría? —me preguntó, cortando mi risa por completo.

—Por supuesto que no, ya sabía que no te iba a hacer ni pizca de gracia. Y quiero que sepas que saberlo no te obliga a nada, seré capaz de…

—¿Qué coño estás diciendo, Adriana? Si me refería a que no he saltado de alegría no es por el niño, ni mucho menos, es porque, en cuatro meses no me has dicho absolutamente nada y estoy completamente seguro de que no lo habrías hecho de no ser porque te has visto en esta situación —me dijo, y ahora la desconcertada era yo.

—Si no te he dicho nada era porque pensaba que no querías ser padre. No quería tener que decirle a mi hijo, cuando fuera mayor, que su padre lo había rechazado, prefería cargar yo con toda la culpa —me defendí.

—Muy honorable por tu parte, pero creo que mis pensamientos son míos, así que nadie sabe cuáles son, ni para bien ni para mal.

—Tienes razón, y lo he entendido en cuanto he hablado con mi padre. Tendría que habértelo contado desde el momento en el que me enteré, pero el miedo es muy mal consejero —le dije.

—Está bien, acepto tus disculpas. Por supuesto que me voy a hacer cargo de mi hijo, y que seré un padre presente, pero eso no significa que quiera tener una relación que no sea la de la madre de mi hijo —me dijo, como si yo fuera buscando algo más que eso, y me dolió, no sabéis cuánto.

—Nadie te está pidiendo lo contrario. ¿Acaso te he buscado antes de saber lo del embarazo? Podría haberlo hecho yendo a tu casa, creo que eso te puede dar una ligera idea de que yo tampoco quiero nada contigo —le dije, y el orgullo habló por mí.

No sentía nada de lo que había dicho, pero no podía permitir que ese hombre me hiciera sentir de menos. Si él me había despreciado, pues yo no me podía quedar atrás, por mucho que fuera una mentira y de las gordas.

La doctora entró para decirme que me daba el alta, pero que tendría que guardar reposo relativo unos días, sin coger peso ni nada parecido. No me decía que tenía que permanecer en la cama, ni mucho menos, pero sí que no hiciera locuras.

—¿Puedes salir para que me vista? —le pregunté, mientras él me lanzaba una de sus miraditas.

—Creo que ya he visto todo lo que hay debajo de esa sábana, ¿no te parece? —me dijo, con una sonrisa de lo más pícara, como si la conversación que habíamos tenido antes no se hubiera producido.

—Ya, pero eso no te da derecho a permanecer aquí. Te recuerdo que tú y yo no somos nada —le dije, haciendo leña del árbol caído.

—Sí que somos, y lo siento por ti, porque somos los padres de ese niño que está creciendo en tu vientre, y no me pienso mover de aquí hasta que te hayas vestido. Puedes caerte y pasarle algo al bebé.

Os prometo que cuando lo escuché decirme eso, me entraron ganas de retorcerle los huevos, porque al cuello me iba a costar llegar, ya que era mucho más alto que yo, pero esa otra parte de su anatomía me quedaba a una buena altura.

Él debió intuir lo que estaba pensando, porque soltó una carcajada que me contagió sin poder evitarlo.

—No sé de qué te estás riendo —le dije, sin poder parar de reír.

—Te he visualizado con mis testículos en la mano, retorciéndolos hasta dejarme inconsciente. Tu cara me lo estaba describiendo a la perfección —me contestó.

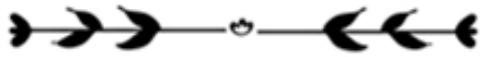
—Bueno, da igual, ya la continuación del apellido la tienes, sería como una vasectomía casera y gratuita —le dije, con una mirada de maldad que, lejos de acongojarlo, lo que hizo fue todo lo contrario, se estaba descojonando, nunca mejor dicho.

Me vestí ante su atenta mirada, pero me propuse ponerlo nervioso, y lo hice con una lentitud escandalosa. Me quité la bata, quedándome completamente desnuda, para, a continuación, moverme por el habitáculo y coger mis braguitas, esas que me puse como si estuviera en un escaparate. Luego de eso, busqué mis medias y mi sujetador, ya que me di cuenta el primer día que era un fetichista y que las medias lo ponían muy cachondo. Cuando ya lo vi que estaba sudando y tragando saliva, me fijé en sus pantalones, que evidenciaba una erección de mil pares de cojones, fue cuando me puse el vestido y el abrigo.

Salí de allí, mientras que él permaneció durante un rato, supongo que estaría esperando a que se le bajara la erección, y eso pintó una sonrisa en mis labios. Podría decir lo que le diera la gana, pero no era indiferente ante mí, e iba a aprovechar toda esa situación para ponerlo al límite en más de una ocasión.

Con una sonrisa me recibieron todos en la sala de espera. Ahora sí, ahora nos íbamos a ir a comer, porque tenía un hambre que no podía con él, aunque fuera en mi casa.

Capítulo 22



Álvaro

Por mucho que había dicho que no quería una relación con ella, por mucho que me dolió su respuesta, la cosa era evidente, su presencia me seguía afectando en todas las maneras posibles.

Quise hacerme el chulo delante de ella, diciéndole que no me iba a mover de ahí, que ya había visto todo lo que tenía que ver, pero el tiro me salió por la culata. Con toda la parsimonia del mundo, se levantó, pasando delante de mí completamente desnuda. Cuando la vi como se iba vistiendo, como si estuviera sola, provocándome, aunque no fuera esa su intención, empecé a sudar como un cochino. Mi entrepierna dio un tirón, lo que me hizo ser consciente de la erección que estaba teniendo.

—Ve saliendo, ahora voy yo —medio susurré, sin saber si realmente me había escuchado o no, pero necesitaba unos minutos para que mi amiguito volviera a su posición original.

Cuando salí ya estaba ella en la sala de espera, recibiendo el abrazo de todos. Mi padre levantó la cabeza y me vio, dirigiendo sus pasos hacia mí.

—Me alegra que hayáis podido superar vuestras diferencias. Eres un gran hombre, hijo, y serás un gran padre —me dijo él, dándome un abrazo.

—He aprendido del mejor, papá —le respondí.

—Sí, pero no cometas el mismo error que yo. No pierdas a la mujer de la que estás enamorado por culpa del miedo y del orgullo, Álvaro —me contestó él.

—No estoy enamorado, papá. Ahora mismo no quiero ninguna relación. Seremos amigos y los padres de ese niño, nada más —le dije, completamente convencido.

—Está bien, no pienso insistir más ni meterme en vuestra vida. Sois mayorcitos y creo que capaces de saber lo que queréis o lo que no —me contestó.

Adriana dijo que se moría de hambre y yo, que hasta ahora no me había dado cuenta de que no llegamos a comer, sentía lo mismo. Mi padre decidió que, en vez de ir a ningún restaurante, comeríamos todos juntos en su casa, que pediría la comida y lo haríamos en el jardín, para aprovechar el día tan bueno que hacía.

Nos montamos todos en mi coche, ya que era el único que llevamos, y puse rumbo a su casa. En el asiento delantero iba Adriana, para que fuera más cómoda, según decía mi padre, pero vi de lejos sus dobles intenciones. Su hija, al sentarse y sin poder remediarlo, mostraba más pierna de lo que era políticamente correcto, pues su vestido se subió por encima de medio muslo, haciendo que se viera la liguilla de sus medias.

Si por mí hubiera sido, os prometo que habría puesto el aire acondicionado, porque me entró un calor que no pude disimular, pues mis mejillas se tiñeron de un rojo intenso y una leve capa de sudor perló mi frente.

—Álvaro, hijo, ¿te encuentras bien? —me preguntó mi padre, con guasa, viendo que no podía apartar la vista de esas piernas, que ya me imaginaba alrededor de mi cintura y gimiendo de placer.

—Perfectamente, papá. Tiene que ser el cambio de temperatura en el coche con respecto afuera, pero como ya estamos llegando no abriré la ventana, pues no quiero que Manuela pase frío —le dije, pues era ella la que iba justo detrás de mi asiento.

—Ay, hijo, por mí no lo hagas. Yo, a mi edad, ya no distingo de temperaturas, para mí siempre hace la misma — dijo la pobre mujer, intentando echarme un cable.

—No pasa nada, Manuela, ya mismo llegamos —le dije, girando la esquina de la urbanización que llevaba hasta la propiedad de mi padre.

Cuando mi padre le dio al botón para abrir la verja de fuera y tanto María como Adriana vieron como era la casa, ambas soltaron una exclamación de sorpresa.

—Antonio, ¿vives aquí? —le preguntó María.

—Sí, esta ha sido nuestra casa familiar, la de Álvaro y mía, porque con su madre nunca vivimos aquí. Cuando el niño nació tuve claro que necesitaba un jardín donde correr, donde jugar y me enamoré de ella al instante en el que la visité —dijo mi padre.

—Claro, como que no hay parques en la ciudad para que jugara. Pues mi madre y yo vivimos en un piso de cincuenta metros cuadrados y cuando quería jugar, me llevaba a la zona de juegos infantil que había frente a nuestra casa —dijo Adriana, con algo de resentimiento.

—Adriana… —le dijo María, reprendiéndola.

—Lo siento, pero esto no hace más que evidenciar la diferencia que ha habido entre nosotros, mamá. No quiero que mi hijo tenga que sufrir lo mismo, que vea la diferencia económica que hay entre sus padres —le contestó ella, y me vi en la obligación de hablar.

—Yo no pienso actuar como mi padre, Adriana. Nuestro hijo crecerá en un ambiente de lo más normal, y se educará en la tolerancia y el respeto, da igual el dinero que tenga cada uno —le dije, pero no fue suficiente para ella.

—Claro, eso lo dices tú que podrás comprarle todo lo que quiera, mientras que a mí me tocará ser la mala de la película, la que no lo llevará de viaje en vacaciones porque tiene que trabajar o ahorrar, pero eso a ti te dará igual, porque tú podrás llevarlo a la luna, si te lo pide —me contestó, un tanto agobiada.

—Creo que conmigo no te ha faltado nunca de nada. Lo principal era el cariño y el amor, un plato de comida y un techo, siempre lo has tenido. No entiendo a qué viene ahora esa pataleta, Adriana —le dijo su madre, visiblemente afectada por sus palabras.

—Nadie está hablando de ti y de mí, mamá… Pero da igual, no me vais a entender ninguno, así que, mejor me ahorro decir nada más —contestó ella, pero me fijé en las lágrimas que caían por sus mejillas.

Esperé a que se hubieran bajado todos y entrado en la casa, cuando la tomé del brazo para que se girara. Quería hablar con ella, dejarle claro que la educación del niño era cosa de los dos, que ninguno haría nada sin el consentimiento del otro, pero en lugar de eso, hice algo que no tenía pensado, pero ante lo que no me pude resistir.

La pegué a la pared de la fachada y la besé. Ella podría haberme rechazado, podría haberme dado un empujón, deshacerse de mí, pero no lo hizo. Más bien hizo todo lo contrario, me devolvió el beso con furia, con hambre. Estoy seguro de que, si no estuvieran nuestros padres a la vuelta de la esquina, nos habríamos dejado llevar y hubiéramos terminado en mi cama, pero no pudo ser.

—No vuelvas a hacer eso —me dijo, pero con la boca pequeña.

—No he visto que tú me lo hayas impedido —le respondí.

—No me has dado opción…

—Eso sí que no te lo voy a permitir, Adriana. Ese beso lo deseabas tú tanto como yo, no lo has hecho en contra de tu voluntad. Jamás me ha hecho falta forzar a una mujer, no voy a empezar ahora —le dije enfadado.

—Tienes razón, y lo siento. No he querido decir eso, lo que ocurre es que la conversación en el coche me ha alterado bastante —me dijo, disculpándose.

—De eso mismo quería hablar. La educación de este niño es cosa de los dos, ni yo voy a hacer nada ni comprarle nada sin que lo hayamos hablado antes los dos, ni tú tampoco. Somos un equipo, Adriana, y lo que se haga será siempre consensuado —le contesté.

—Gracias, Álvaro, por entenderme. No sé si son las hormonas o qué coño me pasa, pero últimamente, me afecta todo —me respondió.

—No tienes que dármelas, ese niño es tan mío como tuyo, y es normal que nos preocupemos por él, que intentemos que su vida sea lo más fácil posible, y créeme cuando te digo que lo vamos a conseguir. Ahora, entremos, que desde aquí estoy oliendo ese guiso de carne que han traído y con el que me está rugiendo el estómago —le dije, cogiéndola por la cintura para entrar.

Esta mujer tenía algo que me descontrolaba por completo. Mi boca decía una cosa, pero, sin embargo, actuaba de una manera completamente distinta. Era la contradicción personificada, y eso me estaba volviendo loco, porque no podía luchar contra mis sentimientos, por mucho que lo intentara.

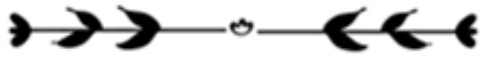
Mi padre se dio cuenta de que, entre Adriana y yo, había pasado algo ahí afuera, y no dudó en cogerme aparte.

—Álvaro, sabes que en mi vida me he metido en lo que has hecho o has dejado de hacer, pero me veo en la obligación de decirte algo — dijo mi padre.

—Sé lo que me vas a decir, pero ahórratelo, porque no volverá a suceder —le dije, enfadado conmigo mismo.

—Eso espero, no puedes decir no y hacer lo contrario. No quiero que la confundas, si es sí, de acuerdo, pero si es no, no andes enredando —me dijo, saliendo de allí y dejándome a solas.

Capítulo 23



Adriana

Dos semanas habían pasado desde que nos dimos ese beso. Ese día nos intercambiamos los teléfonos, y hablábamos todos los días. No eran conversaciones profundas, sino que se limitaba a darme los buenos días o las buenas noches y preguntarme como estaba, poco más hablábamos, y casi siempre mediante mensajes.

Estaba en la tienda, pues ese día me llegaba género nuevo, ya que las ventas habían ido en aumento, convirtiéndose en una de las tiendas de referencia del barrio, ya que no existía otra igual. En "La juventud no tiene edad", que era como le había puesto de nombre a mi tienda, podrías encontrar desde un botón o una cremallera hasta un vestido o un pijama, pasando por unas medias o un cinturón.

Me propuse que allí se vendiera de todo, pero lo fui incorporando poco a poco, no de golpe. Cada mes dedicaba un porcentaje de las ganancias para adquirir cosas nuevas, por lo que, casi sin darme cuenta, tenía el almacén llenito de los productos que más se vendían.

Gracias a Manuela pude contactar con la fábrica de medias que tanto les estaba gustando a todas las mujeres, consiguiendo que me hicieran una rebaja en cada pedido por pronto pago, además de otro descuento adicional por volumen de compra. Eran tan suaves y calentitas como sexis y bonitas, en definitiva, lo tenían todo.

Me encontraba revisando uno de los pedidos que acababa de llegar, cuando vi a un chico en la puerta. Su cara me sonaba bastante, pero no terminaba de ubicarlo, hasta que su sonrisa me hizo comprobar que él sí que me había conocido.

—¿Adriana? No puede ser, este era el último sitio en el que esperaba encontrarte —me dijo, pero no caí en quién era.

—Perdona, pero ahora mismo no te ubico. ¿Quién eres? —le pregunté, algo avergonzada, la verdad.

—Pero si soy Pedro. Pedro Martínez, tu compañero inseparable de instituto —me dijo, y entonces me llevé las manos a la cara, completamente muerta de vergüenza.

—Por Dios, Pedro, ¿cómo pretendías que te conociera con lo que has cambiado? —le dije, porque de verdad que no parecía el mismo.

—Tan solo he perdido unos sesenta kilos, setenta quizás. Pero por lo demás, sigo siendo el mismo —me respondió.

Cuando Pedro y yo íbamos al instituto, mi compañero era gordito, tenía muchísimos problemas de adaptación, por eso, cuando terminamos la ESO, él decidió que se iría a vivir con su familia paterna, que lo hacía en otra ciudad, y así poder empezar de cero.

Perdimos el contacto completamente, aunque no fue de la noche a la mañana, sino que, poco a poco, fuimos distanciando nuestras llamadas y nuestros mensajes, hasta que llegó el momento en el que ninguno de los dos le volvió a escribir al otro.

No sabía cuál había sido el motivo que había tenido él, pero, en mi caso, fue debido a la enfermedad de mi madre, a mi necesidad de tener que buscar otro trabajo y al agotamiento físico y mental al que estaba sometida.

—Chica, estás igual —me dijo, sonriente.

—De eso nada, que estoy embarazada y antes no lo estaba —le dije, con guasa.

—Y yo estaba gordo y ahora no lo estoy —me respondió él, y me hizo soltar una carcajada.

—Pero sigues siendo el mismo guasón que antes, eso no lo has podido cambiar —le contesté.

—Mira, venía a ofrecerte mis productos, porque me han hablado muy bien de tu tienda, pero te voy a proponer algo mejor. ¿Qué te parece si, cuando cierres, te invito a comer y así lo vemos todo más calmadamente? —me propuso, y me gustó mucho la idea.

—Pues mira, sí. Y así también nos ponemos al día de nuestras vidas, porque me da la impresión de que ambos tenemos mucho que contarnos —le contesté.

Quedé con él a las dos de la tarde en el asador que había en el barrio, ese en el que tanto nos gustaba cenar cuando éramos adolescentes y del que no salíamos los viernes por la noche hasta que no era la hora de volver a casa, pues, además, tenía una zona donde se podía jugar al billar y a los dardos.

Nos despedimos en la puerta y volví a mis obligaciones. Justo cuando terminaba de revisar y colocar el último pedido, llegó mi padre con un hombre, al que reconocí de inmediato, pues era Mateo, el que salía con Lola.

¿Cómo no me había dado cuenta de todo esto antes? Ahora que conocía todos los datos y ataba cabos, todo me cuadraba, pero cuando una persona está ajena a todo, aunque te lo pongan por delante no eres capaz de verlo.

—Hola, hija. ¿Qué tal estás hoy? —me dijo mi padre, antes de darme un beso en la mejilla.

—Como todos los días, papá, aunque un poquito más gordita —le respondí, como siempre.

—Mira, él es Mateo, tu asesor —me dijo, y lo miré, sonriente.

—Lo conozco, es la pareja de mi amiga Lola —le respondí, y entonces él me miró, y soltó una carcajada.

—Joder, es cierto. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes? —me contestó.

—La vida, Mateo, la vida. Cuéntame, ¿en qué puedo ayudarte? —le pregunté.

—Venía a recoger todas las facturas y a ver si necesitabas algo más.

—Pues no te las tenía preparadas, pero si me das un momento, te lo organizo ahora mismo.

—Si quieres, podemos comer juntos y así lo preparas con tranquilidad —me dijo mi padre.

—Lo siento, pero hoy no puedo, ya que he quedado para comer con un amigo. Os lo preparo en un momento, tan solo es coger el archivador y separarlas por meses —les dije.

Si mi padre me miró con desconcierto, no os podéis imaginar la cara con la que lo hizo Mateo. Me miraba como si no fuera capaz de creer que pudiera salir con otra persona que no fuera su amigo.

—Hija, no me gusta meterme en la vida de nadie, pero…

—Papá, soy una mujer soltera, que puede hacer con su vida lo que le dé la gana. El hecho de que esté embarazada no me imposibilita el que les guste a los hombres, y tengo todo el derecho de ser feliz —le dije, interrumpiendo su discurso.

—Lo sé, hija, pero es que me resulta un tanto desconcertante, la verdad —me respondió.

—Pues no sé lo que tiene de desconcertante, es lo más normal del mundo. Entre el padre de mi hijo y yo no hay nada sentimental, así que, si otro hombre bueno se acerca a mí con buenas intenciones, no pienso decirle que no y rechazarlo —le dije, dejando este tema zanjado.

Mi padre miró a Mateo, que le devolvió la mirada, como diciéndole que tenía toda la razón del mundo. No sabía nada de la vida de Pedro, es más, ni

siquiera me gustaba, era tan solo un buen amigo con el que me apetecía comer, pero si la vida me ponía por delante a un buen hombre que me atrajera, no le iba a decir que no, por mucho que insistieran.

Cogí todas las facturas que tenía que entregarle y se las ordené por meses, tal y como hacía todos los trimestres. Las metí en una carpeta, preparándole así el dosier, con el tiempo justo para cerrar y llegar hasta el asador, que estaba a dos calles de mi tienda.

—Justo a tiempo, pues si tardo un poco más, llegaría tarde —les dije, con una sonrisa.

—Cuando termines la comida, hazme el favor de enviarme un mensaje —me dijo mi padre, como si tuviera quince años ahora.

—Papá, te recuerdo que tengo veinticinco años, casi veintiséis, porque me quedan dos semanas para cumplirlos, estoy embarazada y soy completamente independiente —le dije, cogiendo mi cazadora y mi bolso.

—¿Eso es algún impedimento para que un padre se preocupe por una hija? —me respondió, medio enfadado.

—Mira, papá, no me hagas hablar, que no quiero enfadarme hoy, y menos contigo. Corramos un tupido velo y hagamos como que no has hecho esa pregunta, por el bien de todos. Ahora, si no os importa, tengo que cerrar que me están esperando —les dije.

En cinco minutos ya estaba en la puerta del asador, donde Pedro ya me estaba esperando con una sonrisa.

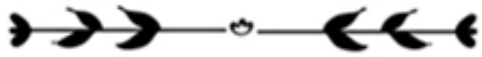
—Perdón por la tardanza, pero es que se me ha colado el asesor con mi padre y no he podido librarme de ellos hasta ahora —le dije, entrando con él en el restaurante.

—¿Tu padre? Uy, me parece que me he perdido muchas cosas en este tiempo —me dijo, sonriente.

—Y tanto que te has perdido, pero ahora te lo cuento todo, que tenemos tiempo —le dije, correspondiendo a su sonrisa con otra de lo más genuina.

Al final, no vimos nada de su catálogo, sino que nos pusimos a contarnos todo lo que nos había pasado en estos años, a cada cual más sorprendente.

Capítulo 24



Álvaro

Estaba en mi casa, tranquilamente, cuando recibí una llamada de Mateo. Pensaba que sería para contarme algo sobre su relación con Lola, porque, últimamente, cada vez que le pasaba algo nuevo, me llamaba. La última vez que lo hizo fue para contarme que había conocido a su hijo. Que su madre lo había presentado como un amigo, pero que, en cuanto que el niño llevaba diez minutos con ellos, no dudó en decirles que era pequeño, pero no tonto, y que sabía que era el novio de su madre. Con una sonrisa en los labios, me decidí a descolgar la llamada.

—Dime Mateo, ¿qué te ha pasado esta vez con el hijo de Lola? —le pregunté, pero en cuanto empezó a hablar, supe que no tenía nada que ver con eso.

—Álvaro…

—¿Qué ocurre, Mateo? Me estás asustando —le respondí.

—Esta tarde he ido a la tienda de esa mujer, la hija de tu padre, pero lo que no me esperaba era que se tratara de la Adriana que estaba esperando un hijo tuyo —me contestó.

—¿Cómo qué no? Pero si te lo dije, Mateo, vas a tener que prestarme más atención cuando te hable. ¿Me has llamado para eso? —le dije, riendo.

—Sí y no. Verás, he ido para recoger las facturas y, de camino, conocerla, pero tu padre y yo nos hemos encontrado con algo que no te va a gustar —me dijo.

—¡Quieres hablar claro de una puta vez! —exclamé un poco más alto de lo que pretendía.

—Había quedado con un amigo para comer. Tu padre intentó mediar, pero fue muy clara, dijo que era una mujer soltera y que tenía todo el derecho a vivir su vida como le daba la gana…

Me contó todo lo que había dicho Adriana en su visita y, aunque intenté hacer de tripas corazón y darle la razón a ella, mi amigo me conocía mejor que nadie, y sabía que no me había sentado bien la noticia.

—Mateo, es cierto, ella puede hacer lo que le dé la gana. Entre nosotros no hay nada…

—No me jodas, Álvaro. Puedes engañarte todo lo que quieras, pero eso no evitará los sentimientos hacia ella. O haces algo, o terminarás perdiéndola para siempre, y cuando eso ocurra, te arrepentirás cada día de tu vida —me dijo, y cortó la llamada.

Estuve en mi casa, dando vueltas, pues no sabía que hacer. Si iba, quedaría como un inmaduro e inseguro que no sabía lo que quería, pero si, por el contrario, me quedaba en mi casa, me arriesgaba a perderla para siempre, y eso no sabía si me lo iba a poder permitir o no.

¿Qué hice? Pues no me lo pensé más, me cambié de ropa, pues tenía puesta la que usaba en mi casa para estar cómodo, y cogí el coche para ir hasta donde estaba la tienda de Adriana. No sabía si había abierta ya o no, pero si no era así, la esperaría en la puerta, pues quería invitarla a cenar.

Aparqué en la esquina, muy cerquita de donde se encontraba el local, y al llegar hasta allí, las risas de Adriana se escuchaban desde la calle, y eso me dolió más que si hubiera visto un beso o una caricia. Si ese hombre era capaz de hacerla reír de esa manera, no tenía nada que hacer, pues eso era lo que ella necesitaba, ser feliz.

Tuve el impulso de darme la vuelta y dejar que siguiera su vida, que fuera feliz, pero luego pensé que teníamos derecho a intentarlo, aunque me costara la misma vida conseguirlo, pues ambos estábamos enamorados e íbamos a tener un hijo juntos.

Recordé que al día siguiente era la ecografía que tenía programada con su ginecóloga, y encontré en eso la excusa perfecta para acercarme a ella.

—Buenas tardes, espero no interrumpir nada —les dije, mirando a ese hombre de arriba abajo.

—Buenas tardes —me respondió él, mirándome de la misma manera.

—¿Qué haces aquí, Álvaro? —me preguntó, como si mi presencia no le resultara agradable.

—Pues venía a invitarte a cenar para concretar lo de la ecografía de mañana, pero si estás ocupada o no te apetece, no te preocupes, que me marcho —le dije, algo dolido y molesto.

—No te preocupes, que yo ya me marchaba. Adriana, te dejo el catálogo para que lo veas con tranquilidad. Si hay algo que te corra prisa, me envías un WhatsApp, si no, el viernes paso por aquí y me das el pedido completo —le dijo, dándole un beso en la mejilla antes de irse.

Cuando nos quedamos a solas, Adriana se giró hacia mí, enfadada, y no dudó en decirme lo que ya esperaba que me dijera.

—Álvaro… ¿me puedes decir que coño estás buscando de mí? —me dijo, en un tono que evidenciaba como era su enfado de grande.

—Adriana, no lo sé. Tan solo te puedo decir que verte reír con ese hombre, no me ha gustado, era como si me estrujaran el corazón —le dije, hablando con sinceridad.

—¿Me estás queriendo decir que has venido hasta aquí por celos? No me lo puedo creer, de verdad que no… Te recuerdo que fuiste tú el que me dijiste que no querías nada conmigo, pero estoy viendo que eres como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer —me recriminó.

—Créeme que soy consciente de todo lo que he dicho, pero también de que luego actúo de una manera completamente contraria —le contesté.

—Lo siento, Álvaro, pero no lo pienso consentir. No quiero te vuelvas a acercar a mí hasta que no tengas claro tus sentimientos y lo que quieres en tu vida. No soy el juguete de nadie, no me gusta que me usen como si fuera desechable, ni me voy a pasar la vida esperándote. A partir de aquí y hasta que llegue ese momento, te enviaré todos los informes del ginecólogo por mensaje o a través de mi padre —me dijo, dejándome claro que en su vida no tendría cabida si no era de una manera completa, no a medias.

Me tragué mi orgullo, puesto que sabía que tenía razón, y la dejé allí dentro, sola, pues me marché en el mismo momento en el que me dijo eso. Algo en mi interior me decía que fuera valiente, que esa mujer y mi hijo merecían la pena, pero el miedo no me dejaba avanzar como yo quería.

—Hijo, ¿qué haces por aquí a estas horas? —me preguntó, pues él había bajado a comprar pizzas para la cena.

—He venido para hablar con Adriana, pero no ha salido como yo esperaba —le respondí, con un nudo en la garganta.

—Anda, ven conmigo, mientras hacen las pizzas podemos hablar delante de una buena jarra de cerveza.

Acompañé a mi padre, que tuvo claro desde el primer momento en el que me vio que, si había ido hasta allí, fue porque recibí la llamada de Mateo, porque sus palabras fueron lo suficientemente fuertes como para sacarme de mi estado de letargo.

Le conté todo lo que había pasado desde esa llamada, como me sentí cuando la escuché reír y como los celos se apoderaron de mí al verlos tan juntos, tan cómplices. También le conté lo que me había dicho Adriana, como, en pocas palabras, me había dicho que me fuera y me alejara de ella.

—Hijo mío, ¿qué es lo que quieres? No te puedo ayudar si no me dices que es lo que quieres, cuáles son tus sentimientos. Estamos hablando de una persona que está enamorada de ti, no de la decisión de comprar o no un perro — dijo mi padre, con toda la razón del mundo.

—Los quiero a ellos, pero el miedo no me deja, papá. ¿Y si me pasa lo mismo que a ti con mi madre? —le dije. Por primera vez en toda mi vida le abrí mi corazón a mi padre, le conté eso que tanto miedo me daba.

—No creo que te ocurra eso, porque vosotros estáis enamorados, pero si en algún momento os tenéis que separar, te quedará la experiencia de haberte sentido amado, y tendrás lo mejor del mundo, que será tu hijo — dijo mi padre, y supe lo que me estaba queriendo decir.

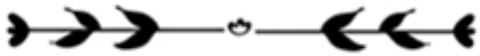
—Tú dejaste escapar al amor de tu vida por mí, y no tendré vida para agradecértelo, pero yo no soy tan fuerte como tú. Prefiero dejar mi corazón a buen recaudo, antes de exponerlo para que una mujer me lo parta.

—Entonces, Álvaro, no estás viviendo, estás sobreviviendo, y eso no es manera de pasar la vida — contestó él.

—Lo sé, papá, pero no puedo evitarlo. Tengo que cambiar mi manera de ver la vida, pero me va a llevar tiempo.

—Tienes que empezar por admitir que estás enamorado, por abrirle tu corazón a Adriana, por estar ahí para ella y para tu hijo. Te aseguro que, si a mí me perdonó, tú lo tendrás mucho más fácil que yo —me dijo mi padre, zanjando la conversación.

Capítulo 25



Adriana

Esa tarde que pasé con Pedro me hizo olvidarme de todo. Me había encantado volver a encontrarme con él, tenerlo de nuevo en mi vida, y ponernos al día, aunque todavía nos quedaba mucho por contarnos, por eso tenía claro que volvería a quedar con él.

Las risas que me eché con él no tenían precio, y es que este hombre tenía para todo el mundo, empezando por reírse de él mismo, como así me lo demostró con sus conversaciones.

—Cuando llegué a casa de mis abuelos y me vieron, mi abuelo lo primero que dijo fue que parecía una rotonda, que tan solo me faltaba un monumento en la cabeza, de lo redondo que estaba —me contaba, y a mí me salió una carcajada.

—¿Qué le contestaste? Porque, conociéndote como te conozco, seguro que no te quedaste callado —le pregunté, sin parar de reír.

—Pues claro que no me quedé callado y que le contesté. Le dije que prefería ser una rotonda que un semáforo, porque él estaba encanijado, tenía un morado en la frente que ya estaba amarillo, la nariz roja de la bebida y, si habría la boca con un bocado de manzana, encontrábamos el verde, porque le faltaban todos los dientes —me dijo, y volvimos a reírnos.

Era único, cuando me contó que descubrió que se había enamorado de un hombre, lo noté un tanto melancólico, y no dudé en apoyarlo, pues se notaba

que lo había pasado mal.

—Me hizo mucho daño, Adriana. Estaba casado y me usaba como un juguete roto. Era su secreto, ya que era adinerado y no podía enterarse nadie en el pueblo. Cuando le dije que hasta ahí habíamos llegado, ni siquiera le dolió, su contestación fue que ya encontraría a otro que lo satisficiera más que yo —me contaba.

—Normal, amigo, nadie se merece eso —le dije, dándole un abrazo.

—Eso fue lo que me sirvió para saber lo que quería, para cambiar. Empecé por mi físico, tenía que verme bien para que mi autoestima subiera. Ahora mismo estoy en una relación con un hombre magnífico, que me quiere como soy, al igual que yo a él. Que no duda en enviarme un mensaje para decirme que me echa de menos cuando tardo en volver a casa, y con el que me estoy planteando formar una familia —me contaba.

—Ojalá y algún día pueda conocerlo. Me encantaría —le dije, y él asintió.

—Y tú, ¿qué me cuentas del padre de tu hijo? —me preguntó.

Le conté como nos habíamos conocido, y el parentesco que nos unía. Cuando terminé de contarle todo, y que él soltara una de las suyas, lo vi entrar por la puerta de la tienda. Le hice un gesto a mi amigo para que se diera cuenta de que era de la persona de la que estábamos hablando hacía tan solo unos minutos.

En el momento en el que Pedro salió de la tienda y nos quedamos a solas, no pude evitar sacar mi rabia, y decirle todo lo que estaba pensando.

—Lo siento, Álvaro, pero no lo pienso consentir. No quiero te vuelvas a acercarte a mí hasta que no tengas claro tus sentimientos y lo que quieres en tu vida. No soy el juguete de nadie, no me gusta que me usen como si fuera desechable, ni me voy a pasar la vida esperándote. A partir de aquí y hasta que llegue ese momento, te enviaré todos los informes del ginecólogo por mensaje o a través de mi padre —le dije, invitándolo a que saliera de la tienda y de mi vida hasta que no supiera lo que quería de mí.

Cerré la tienda y me metí en el almacén, donde lloré sin consuelo. No podía subir a mi casa así, no podía derrumbarme delante de mi madre, pues no quería que lo pasara mal por mí. Cuando ya me encontré algo mejor, entré en el baño para lavarme la cara, puse mi mejor sonrisa, pero también la más fingida y me dispuse a salir de allí y subir a mi casa.

—¿Estás mejor, Adriana? —me preguntó mi padre, que venía de comprar la pizza en el italiano que tanto me gustaba.

—¿A qué te refieres, papá? —le pregunté, porque no quería meter la pata y decir algo que no debiera.

—A lo que has hablado antes con Álvaro, pues tengo claro que te ha afectado tanto como a él—me respondió.

—Veo que no ha perdido el tiempo en ir a contártelo. Mucha madurez, si señor, ponerte en la tesitura de estar entre los dos —le contesté, enfadada.

—No seas injusta, Adriana, no ha sido como lo estás contando. Me lo he encontrado al salir de aquí, mientras iba a comprar las pizzas, y he sido yo el que ha insistido en saber lo que le ocurría. Mi hijo está completamente enamorado de ti…

—Pues tiene una curiosa forma de demostrarlo. Tan solo se acerca a mí cuando se ve en peligro, cuando algún hombre muestra su interés en conocerme, y eso, papá, créeme que no es amar a alguien, eso es ser un inseguro y un inmaduro —le dije.

—No te voy a quitar la razón, porque la tienes, pero también tienes que entender sus miedos. Pero no soy yo el que te tiene que decir nada, será mejor que hables con él y que te lo explique todo —me respondió.

—Te voy a pedir una cosa, no le vayas a contar a mi madre ni a Manuela nada de esto, no quiero que se inquieten ni que lo pasen mal por mi culpa —le pedí, y él asintió.

Nos fuimos juntos para mi casa, donde ya mi madre y Manuela tenían puesta la mesa. Mientras que estábamos cenando, mi padre le cogió a mi madre la mano y mirándola a los ojos, le dijo.

—María, es notable que tu recuperación va viento en popa, y que te queda ya muy poquito para volver a ser la de antes. Por ello, me gustaría preguntarte algo… ¿Te vendrías a vivir conmigo? Tenemos una edad que no es para perder el tiempo —le dijo, y tanto Manuela, como yo, nos llevamos la mano a la boca, en señal de asombro.

—Antonio, me encantaría, pero no me gustaría dejar a Adriana sola en este último tramo del embarazo —le respondió mi madre.

—No, mamá, por mí no lo hagas. Tienes todo el derecho del mundo a ser feliz, y yo lo seré cuando te vea viviendo con el amor de tu vida. Yo me quedo con Manuela —le respondí.

—Pero es que el ofrecimiento no solo es para tu madre, se hace extensivo a vosotras dos. Mi casa es enorme, y así mi nieto tendrá su propia habitación, y podrá contar con ese jardín para correr y jugar — dijo mi padre, haciendo alusión a todo lo que hablamos aquel día en el coche.

No supe que contestar, porque, por un lado, me apetecía irme a vivir allí, con ellos, pero por otro, mi corazón me decía que debía quedarme aquí, que mi madre se merecía ser feliz y vivir su amor en la intimidad, sin tener que cargar con nosotras y nuestra vida.

Miré a Manuela, que me dijo con sus ojos que pensaba lo mismo que yo, por lo que no dudé en hablar en nombre de las dos y expresar nuestro agradecimiento, pero también nuestra negativa.

—Mamá, papá, de verdad que os lo agradecemos, pero, tanto Manuela como yo, pensamos de la misma manera, que no es otra que la de quedarnos aquí, la una en la compañía de la otra. Os merecéis ser felices y vivir vuestro amor en la intimidad, en esa que no habíais tenido nunca —les dije, mientras Manuela asentía con la cabeza.

—Pero… ¿cómo no vais a venir conmigo? En mi cabeza no cabe eso…

—Pues muy sencillo, coges tu maleta y te vas a vivir con el hombre de tus sueños. Adriana y yo iremos los domingos a comer allí con vosotros, pero el resto de la semana, no tenéis por qué tener testigos de vista. Además, a la niña

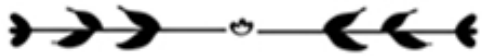
le coge más cerca esta casa de la tienda que la otra tan lejos —le dijo Manuela a mi madre, haciéndonos reír.

—No te digo que no me vaya unos días cuando dé a luz, mamá. Pues supongo que necesitaré un poquito más de ayuda, por el tema de los puntos y demás —le dije a mi madre.

—No adelantes acontecimientos, Adriana, que lo mismo el parto es tan sencillo que no necesitas ni puntos, como me pasó contigo —me dijo mi madre, y junté las manos a modo de súplica.

—Ojalá y estés en lo cierto, mamá, porque ese es un momento que deseo tanto como me aterra —le dije, y mi madre soltó una carcajada, porque sabía lo cagueta que era para ciertas cosas.

Capítulo 26



Adriana

Esa mañana cerré antes la tienda, pues tenía la cita con la ginecóloga a las doce de la mañana. Mi madre no había acudido a ninguna, y me pidió si podía acompañarme, y no dudé en decirle que sí. Ya no necesitaba el andador, con un simple bastón, y más por precaución que por otra cosa, iba en coche de caballos.

—Estoy nerviosa, porque estoy segura de que hoy nos va a dejar ver si es niño o niña — decía mi madre, de camino a la consulta.

—A ver si es verdad, porque todavía no tenemos ni nombre. Me veo pariendo y preguntándole a la matrona que nombre le pondría ella —le dije a mi madre, y soltó una carcajada.

—No hija, no seas gafe. Si no se deja ver, elige un nombre masculino y otro femenino, así, cuando nazca, ya sabrás como llamarle —me dijo mi madre, siguiendo mi guasa.

Nos sentamos en la sala de espera, porque la doctora había salido de la consulta para atender un parto, pero nos dijo que sería rápido y que no tardaría mucho. Justo cuando llegó la doctora, vimos entrar a Álvaro corriendo, como si le fuera la vida en ello.

—Lo siento, lo siento, pero no encontraba aparcamiento —dijo, algo apurado.

—No te preocupes, hijo, que la doctora todavía no nos ha llamado —le dijo mi madre, pero no me pude resistir a tirarle un tirito de los que él me tiraba a mí.

—Si sigues así, terminará por darte un chungo. Tendrías que tomarte la vida con más calma —le dije, soltando una carcajada.

—Eres muy graciosa tú, ¿no? He llegado con más de una hora de adelanto, pero no había manera de encontrar un hueco donde meter el coche. Las puñeteras motos que siempre cogen el sitio de un vehículo, impidiendo que aparque nadie —me dijo, haciendo referencia al día que aparqué mi moto en el hueco en el que iba aparcar él.

—Claro, claro, siempre es bueno tener una excusa preparada —le contesté.

—Adriana, pasad a la consulta. Vamos a ver si este muchachito o muchachita nos deja verlo bien en esta ocasión —nos dijo.

Entramos, y mientras la enfermera me preparaba, escuché a Álvaro preguntarle a la doctora si iba todo como tenía que ir, si había alguna complicación, puesto que para él también era su primera vez en esta consulta.

—Todo perfecto, Álvaro, puedes estar tranquilo, porque viene fuerte y sano —le contestó la doctora.

Cuando la enfermera la avisó de que ya estaba preparada, pasaron al interior los tres. A mi madre le pusieron una silla para que pudiera estar más cómoda y no tuviera que estar tanto tiempo de pie. Álvaro se situó a su lado, y me cogió la mano. Me resultó extraño que lo hiciera, pero no aparté mi mano, sino que la apreté más fuerte, para que supiera que le agradecía que estuviera allí en ese momento.

—Bueno, ¿habéis pensado ya en algún nombre? —nos preguntó la doctora.

—Pues, ciertamente, no. Me gustan algunos, pero hasta que no sepa si es niño o niña, no lo voy a hablar con su padre —le respondí.

—A mí, mientras venga sanito o sanita, como si le quieres poner Eustaquio o Atanasia, que me da igual —dijo Álvaro, provocando que nos riéramos.

—Hijo mío, que nombres más feos has escogido, son nombres de ancianos de pueblo de la España profunda —le contestó mi madre, sin poder parar de reír.

La doctora pasó el ecógrafo varias veces por mi vientre. Cuando Álvaro escuchó el sonido que emitía el aparato y que correspondía con el latido del corazón de nuestro bebé, no pudo evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos como si de dos cascadas se trataran.

—Bueno, pues os presento a vuestro hijo. Parecía que estaba esperando a que estuvieran su papá y su abuela para dejarse ver. Por cierto, este aparato es nuevo, y os voy a mostrar la cara de vuestro pequeño en 5D —nos dijo la doctora, girando la pantalla para que la viéramos.

No me lo podía creer, era como si estuviéramos viendo una fotografía de él en color sepia, como si un fotógrafo se hubiera colado en la placenta para que lo viéramos de primera mano.

—Dios mío, como se parece a su padre —dijo mi madre, y yo asentí.

—Es una fotocopia tuya, Álvaro —le dije, sin poder dejar de sonreír, mientras que él no paraba de llorar.

—Ahora tan solo os queda pensar un nombre —nos dijo la doctora, y ambos asentimos.

Antes de salir de allí me dio todas las recetas y las indicaciones que debía seguir, así como la siguiente cita. A partir de ahí, la cita era mensual, pues el último trimestre era el más complicado, no para el feto, que ese ya estaba casi formado en su totalidad, pero sí para la madre, pues el malestar y la incomodidad aumentaba bastante.

No había cogido mucho peso, y eso era de agradecer, pues me hacía todo un poquito más liviano. No era lo mismo aumentar tu peso en cinco kilos como llevaba yo engordados, que coger quince o veinte kilos, y no solo ya por el tema estético, si no por el tema de salud de la madre.

Salimos de la consulta felices y pletóricos. Ahora nos quedaba ponernos de acuerdo en el nombre, pero antes, íbamos a ir hasta el despacho de mi padre,

que no había podido acompañarnos porque tenía una reunión, a mostrarle la foto del bebé, que la doctora, muy amablemente, nos había dado impresa y que pensaba enmarcarla para ponerla en la tienda, al igual que había dicho Álvaro que haría en su despacho.

—Dime que se ha dejado ver —dijo mi padre, nada más vernos llegar.

—Pues sí, vas a ser el orgulloso abuelo de un niño —le dijo Álvaro, sin poder evitar que las lágrimas acudieran de nuevo a sus ojos.

—No sabía que ibas a ser padre, Álvaro —le dijo la chica que estaba en la recepción, pero en un tono que no me gustó nada.

—No tenías por qué saberlo, ni que fueras algo más que otro empleado —le contestó mi padre, bastante serio.

—Yo diría que siempre he sido algo más que eso, pero bueno, allá cada uno con su conciencia, porque… ¿de qué tiempo estás? —me preguntó, pero no me dio tiempo a responderle, cuando ya le había contestado Álvaro.

—Del tiempo que esté a ti no te importa —le dijo, tajante.

—Hombre, es para saber si has estado con las dos a la vez o solo con una —contestó ella con mucha maldad, y ahí sí que no me pude callar.

—Pues con las dos a la vez no ha podido estar, entre otras cosas porque nosotros no hemos vuelto a estar juntos desde el momento en el que me quedé embarazada hasta esta mañana, y no te he visto en el ginecólogo —la corté, y agachó la cabeza.

—Deja de meterte en lo que no te llaman, Mariana, y céntrate en tu trabajo, que es lo que tienes que hacer. Esperadme abajo en el restaurante, voy a coger mi chaqueta, allí hablaremos más tranquilos y ya, de paso, comemos todos juntos. Voy a enviar un coche a recoger a Manuela, id avisándola, por favor —dijo mi padre, entrando de nuevo por el pasillo.

Una vez que estuvimos abajo, me fijé en que Álvaro estaba algo así como nervioso, y no dudé en preguntarle que le ocurría.

—No te preocupes, Adriana, no me ocurre nada, es solo que me gustaría hablar contigo, los dos a solas, y en mi casa, si fuera posible, donde nadie nos pueda interrumpir —me dijo, y asentí con la cabeza.

—Está bien, en cuanto terminemos de comer, vamos a tu casa y hablamos, pues tenemos mucho de lo que hacerlo —le dije.

Ni que decir tiene que la comida transcurrió entre momentos de los más emotivos con otros de los más divertidos. Cuando llegó la hora del postre, mi padre vino con una tarta con una cigüeña encima, que traía una pancarta que decía: "Soy un niño, elígeme un nombre bonito", y que nos hizo soltar una carcajada a todos.

—He pasado por la pastelería, lo he visto y no me he podido resistir —nos dijo, con una sonrisa.

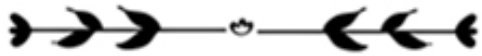
—Últimamente no te puedes resistir a nada, papá. Tengo el almacén de la tienda con más cosas para el niño que género para vender —le contesté.

—Es cierto, pero todo me parece poco para mi nieto. Y ahora que sé que es un niño, más cosas le pienso comprar —me dijo.

—Claro, papá, tú no dejes que yo le pueda comprar nada, así, en plan egoísta —le dijo Álvaro a su padre.

—Hijo, tú ve ahorrando para la universidad, aunque con lo que te ha dejado tu madre, no dudo que el niño pueda ir a estudiar a la Nasa, si es eso lo que quiere —dijo, y todos empezamos a reír de nuevo.

Capítulo 27



Álvaro

En cuanto terminamos la velada familiar, Adriana y yo nos subimos en mi coche, mientras que mi padre se encargaría de llevar a María y a Manuela hasta su casa.

Durante todo el trayecto fuimos en completo silencio, la tensión se podía cortar con un cuchillo. Yo no voy a negar que estaba nervioso, porque me temblaban hasta las pestañas, pero ella también lo estaba, porque la veía retorcerse las mangas con sus manos.

Aparqué en mi plaza de garaje y subimos en el ascensor desde allí. Al entrar, intenté romper el hielo, pero no sabía cómo, así que me decidí por lo más fácil.

—Ponte cómoda, voy a la cocina a preparar café —le dije.

—Para mí no, por favor, con el embarazo no puedo tomarlo nada más que descafeinado y sin abusar, y hoy ya me he tomado dos —me respondió.

—¿Quieres que te prepare una infusión?

—Prefiero que hablemos ya, cuanto antes mejor, y tenemos mucho de lo que hablar —me dijo, y la entendí, porque yo quería lo mismo.

—Adriana, quiero abrirte mi corazón, quiero explicarte todo de manera que me entiendas. Así que, por favor, no me interrumpas —le dije, mientras

ella asentía con la cabeza.

No sabía por dónde empezar, si por abrirle mi corazón y decirle lo que sentía o si por el contrario le tenía que contar primero mis miedos. Al final, decidí que empezaría por mostrarle mis sentimientos.

—Adriana, en primer lugar, quiero decirte que estoy completamente enamorado de ti. A partir de ahí, te abriré mi corazón para que me entiendas. Tengo un miedo que me muero, miedo a que te des cuenta de que no soy suficiente para ti, miedo a que te marches un día, como hizo mi madre, y me dejes con el corazón destrozado. Necesito tiempo para acostumbrarme a toda esta situación, y te pido que tengas paciencia…

—¿Acaso piensas que yo no tengo miedo de nada? Pues, desde ya te digo que estás muy equivocado. Tengo miedo a que le pueda pasar algo a mi hijo, tengo miedo a que un día te levantes y te marches para no volver, a que decidas que no te merece la pena formar una familia —me dijo, levantándose del sofá.

—Matemos nuestros miedos juntos, hagamos que todo esto funcione, que podamos ser esa familia que ambos extrañamos, pues no supimos lo que era nunca —le dije.

Adriana me miró y, en vez de contestarme, me dio un breve beso en los labios, que me supo cómo la mejor de las respuestas. No fue intenso, ni largo, fue un leve roce, pero que me llegó al corazón como nunca pude imaginar que me sucedería.

—Tenemos que pensar en un nombre, no podemos dejar que siga sin él hasta el día que nazca. Además, tenemos que decidir si viviremos por separado, juntos, dónde lo haremos, y miles de cosas más —le dije, esperando a que ella tomara la iniciativa.

—Creo que debemos ir poco a poco y no partirnos de golpe, me refiero a lo de vivir juntos. Sé que hemos empezado la casa por el tejado, pero no me gustaría que, por culpa de precipitarnos, lo echemos todo a perder y termine casi antes de que empiece —me dijo, y tenía razón.

—Estoy de acuerdo contigo. Vayamos paso a paso, tenemos todavía mucho tiempo para pensar en lo que haremos antes de que nazca el bebé. ¿Tenías pensado algún nombre que te gustara? —le pregunté, a ver por dónde iba a tirar.

—Pues no sé, me gustan algunos. Daniel, David…

—Daniel, ese me gusta, y me apetece contarte mis motivos para haber elegido este nombre. Mi madre se llamaba Daniela, no tuve nunca contacto con ella, pero, antes de morir, me escribió una carta y me legó todo su patrimonio. Me gustaría que mi hijo llevara su nombre en señal de respeto, porque su futuro está asegurado con ese dinero —le conté.

—Me parece una idea fantástica, pero no olvides que ese dinero es tuyo, no del niño. No quiero que crezca sintiéndose superior a nadie, y el dinero suele provocar ese efecto —me contestó.

—Por supuesto que él va a crecer ajeno a eso. Para él, sus padres serán dos trabajadores más, como todo el mundo, pero no me pidas que no piense en gastar ese dinero en el futuro de mi hijo, en el de mi familia. Esa es otra cosa que quería hablar contigo…

—Dime, soy toda oídos.

—Sé que estás en contra, pero me gustaría que nuestro hijo tuviera la posibilidad de crecer en una casa con jardín, con una habitación para él y con todas las comodidades. Por eso, he pensado en alquilar o vender este ático y comprar una casita como la de mi padre, por mucho que a mí me guste vivir en un barrio como el tuyo, creo que será lo mejor para él —le dije, temeroso de su reacción.

—No es que esté en contra, de hecho, me parece ideal, pero si lo hacemos, quiero que sea comprado por los dos, no que uno ponga más que el otro, que ninguno se sienta inferior al otro progenitor y el niño lo note —me contestó.

—Bueno, esperemos a que nazca el niño, y ya vamos mirando que hacer. ¿Te parece bien? —le pregunté.

No es que me pareciera mal su idea, ni mucho menos, sino que lo que no me parecía de recibo es que ella tuviera que poner lo mismo que yo, cuando yo me había encontrado con un dinero caído del cielo, pero trataría de que lo entendiera, todavía tenía tiempo.

—¿Qué va pasar con nosotros, Álvaro? Me refiero, a si somos o no pareja, a si te me tengo que referir a ti como mi pareja o como el padre de mi hijo. No sé, no quiero pensar que somos una cosa y luego llevarme el palo de que no lo somos —me dijo Adriana, como a media voz.

—Adriana, somos una pareja que está empezando y que está esperando un hijo en común. A partir de ahí, llámalo como quieras —le dije.

Ambos nos quedamos mirándonos a los ojos, pues los dos estábamos deseando que pasara algo entre nosotros, pero ninguno de los dos quería dar el primer paso. En ese momento recordé la manera en la que Mariana la había tratado, como si ella fuera mi pareja y Adriana la última mierda que había aparecido en mi vida.

—Adriana, me gustaría también aclararte algo sobre Mariana, la recepcionista del despacho de mi padre —le dije, queriendo que lo supiera todo.

—No me tienes que aclarar nada de lo que hayas hecho antes de este momento. Es tu pasado, y me da igual, lo que me preocuparía sería si lo hicieras desde este momento en adelante —me respondió.

—Pero yo me quedaría más tranquilo, la verdad.

—Si es por eso, adelante, cuéntame lo que necesites.

—Entre Mariana y yo tan solo ha habido sexo, y en contadas ocasiones. No ha habido una relación, por mucho que ella se empeñe en decir que sí. El problema es que ella se cree con el derecho de opinar sobre mi vida cuando le viene en gana. La he cortado en infinidad de veces, como esta mañana hicimos mi padre y yo, pero ella hace caso omiso —le expliqué.

—¿Por qué la mantenéis ahí? Porque si es de esa manera, no entiendo que siga en ese puesto de trabajo —me dijo ella, sin entenderlo.

—Pues muy sencillo, porque es la hija del antiguo socio de mi padre. Cuando se jubiló, su parte de la empresa se la pasó a ella. En teoría no la podemos despedir porque es tan dueña como nosotros. Mi padre ha intentado por activa y por pasiva comprarle su parte, ya que ella no es abogada y se está beneficiando de nuestro trabajo, pero legalmente estamos atados de pies y manos. Lo mismo ahora que se ha enterado de que tengo pareja y estoy esperando un hijo, se lo piensa mejor y vende —le conté la situación en la que estaba.

—No creo, las mujeres que son así no suelen verse limitadas por nada, mucho menos por una pareja y una familia. Es más, me atrevería a decirte que incluso puede que encuentre en eso un reto, que lo convierta en una misión —me contestó ella.

—Pues recemos para que no suceda y para que me deje en paz de una puñetera vez —le dije, cruzando los dedos.

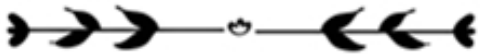
Ambos soltamos una carcajada que nos fue difícil parar. Al final, y casi sin darnos cuenta, había llegado la hora de la cena, y me percaté porque el estómago de Adriana empezó a sonar como si llevara un alíen dentro.

—Creo que Daniel tiene hambre —le dije, con una sonrisa.

—Daniel, no lo sé, pero yo estoy que me muero por una hamburguesa con queso y patatas fritas —me dijo, salivando incluso.

—Sus deseos son órdenes para mí —le dije, haciéndole una reverencia y provocando su risa.

Capítulo 28



Adriana

¿Qué os voy a decir de como terminamos la noche? Pues tal y como estáis pensando, una vez que empezamos con el primer beso, ya no pudimos parar. Volver a sentir sus manos en mi cuerpo y sus labios por mi piel, me encendió como nunca. No sé si serían las hormonas o si era el tiempo que hacía que lo deseaba, pero disfruté como en mi vida lo había hecho.

—No te marches, Adriana, pasa la noche conmigo. Quiero saber lo que se siente al despertarse contigo a mi lado —me dijo Álvaro.

—Tendría que avisar en casa, no quiero que se preocupen —le contesté, dispuesta a coger mi móvil para avisar.

—¿Crees que no saben que continúas aquí, en mi casa? Pues déjame decirte que te equivocas. Entre otras cosas porque, antes, cuando has ido al baño, me ha llamado mi padre para preguntarlo —me dijo, con una sonrisa de lo más pícara.

—Entonces, si ya lo saben, no tengo por qué moverme de aquí, donde, además, me encuentro de lo más a gusto —le contesté, acurrucándome a su lado.

No miramos a los ojos y no pudimos evitarlo, nos enredamos de nuevo en un beso de lo más pasional, que nos encendió la sangre, bueno, y lo que no era la sangre también.

Nos encontrábamos desnudos, por lo que eso ya lo llevábamos adelantado. Fue bajando con sus besos por todo mi cuerpo, dándose un festín con mis pechos, esos que habían aumentado dos tallas desde que me quedé embarazada. Siguió por mi abultado vientre, en el que se paró durante un ratito.

—Daniel, corazón, soy papá. Ve subiéndote un poquito hacia arriba que voy a hacerle el amor a tu madre y no quiero que te lastimes —le dijo a nuestro bebé a través del ombligo.

—Desde luego, eres único para bajar la lívido —le contesté, entre risas.

—No te preocupes por eso, que ahora mismo te la subo —me dijo, y sumergió su cara entre mis piernas.

Con el primer toque de su lengua en mi clítoris solté un gemido que me puso hasta los vellos de punta. Ni que decir tiene que, pocos minutos después alcancé el mayor orgasmo de mi vida.

Habíamos descubierto la primera vez que lo hicimos que la postura más cómoda para ambos, pero sobre todo para mí, era poniéndome yo encima, o de lado, por lo que se tumbó en la cama y me hizo un gesto para que me situara a horcajadas sobre él.

Sentir su miembro duro y erecto en mi interior fue lo mejor del mundo. Me puse a cabalgarlo como si fuera la mejor amazona del mundo. Primero de manera lenta y tortuosa, para ir aumentando la velocidad poco a poco.

—Me estás matando, preciosa, te lo prometo —me decía sin dejar de jadear y retorcerse de placer.

—Por lo menos, vas a morir a gusto —le dije, y él soltó una carcajada.

Alcanzamos el clímax los dos casi al unísono, con jadeos y gemidos que fuimos incapaces de contener, además de que no teníamos por qué hacerlo, ya que nos encontrábamos solos en la casa.

Después de eso nos quedamos completamente dormidos. Por suerte, nos enteramos del despertador a tiempo, porque si no lo llegamos a oír,

hubiésemos llegado tarde al trabajo, aunque tampoco eso hubiera sido un problema, la verdad.

Nos dimos una ducha juntos, en la que, de nuevo, dejamos volar nuestra pasión, haciendo el amor otra vez. No había manera de que nos saciáramos el uno del otro, era como si nunca tuviéramos bastante.

—No te molestes en sacar el coche. Tu despacho está aquí al lado y yo puedo irme en un taxi —le dije, después de tomarme un vaso de leche caliente con cacao y una tostada en la cocina de su casa.

—De eso nada, te llevo yo. Por cierto, ¿tu amiguito va a volver a la tienda? Lo digo por si tengo que marcar territorio —me dijo, mitad en broma mitad en serio.

—Pues claro que va a volver. Yo le prohibiré la entrada cuando tú se lo hagas a tu recepcionista —le respondí, sonriendo.

—¿Estás admitiendo que te has acostado con él? —me preguntó, fingiendo indignación.

—Yo no he admitido ni desmentido nada, todo lo que estés pensando es fruto de tu imaginación —le respondí.

—Entonces, ¿por qué comparas a uno con el otro? —me dijo, pero ya empezaba a enfadarse un poquito, por lo que decidí cortar toda suposición por su parte.

—Mira, corazón, en este caso, mi amigo Pedro está felizmente casado con un hombre estupendo, así que no tienes nada que temer. Pero, en el caso de que no fuera gay, es mi amigo, y al igual que yo jamás te diré nunca que no saludes, te tomes algo o hables con alguna amiga, tú no tendrás el derecho de decirme a mí nada al respecto. ¿Te ha quedado claro? —le dije.

—Por supuesto y a esto me refería cuando te decía que me tuvieras paciencia. Para mí, un hombre y una mujer no podían ser amigos, porque siempre habría una intención detrás, que era como yo actuaba antes —me contestó.

—Bueno, pues poco a poco iremos acostumbrándonos a todo esto. Ahora me marcho, que tengo que ir antes a mi casa para cambiarme de ropa —le dije, levantándome para coger mi chaqueta y mi bolso. Cuando volví, ya estaba con las llaves en la mano esperándome en la puerta.

—Venga, así ya tengo el coche allí para cuando vaya a recogerte para comer —me respondió, saliéndose con la suya.

Nos montamos en el coche, que, afortunadamente para él no iba a tener que cambiar cuando naciera el bebé, porque era uno de esos familiares y bastante seguros.

—¿Tienes carné de conducir? —me preguntó, dejándome fuera de juego.

—Sí, me lo saqué cuando cumplí los dieciocho. Mi sueño era trabajar para comprarme un coche de esos pequeñitos de segunda mano, pero se quedó en eso, en un sueño. Desde entonces no he vuelto a conducir —le conté.

—En cuanto nazca el niño, empezaremos a dar algunas clases para que puedas reciclarte, y miraremos un coche pequeñito, pero no de segunda mano, de eso, me niego —me dijo Álvaro.

—De eso nada. Si me compro un coche será uno que me pueda permitir —le dije.

—No pienso poner en riesgo la seguridad de mi familia, y te pongas como te pongas, no voy a bajarme del burro —me dijo, dando por zanjada la conversación.

Me dejó en la puerta de mi casa con un beso en los labios y la promesa de que venía a comer conmigo, por lo que tendría que encargar algo en el restaurante, pues estaba completamente segura de que mi padre también vendría.

—Buenos días —dije al entrar.

—Para una mejor que para otras —me contestó Manuela con una sonrisa.

—Vengo con el tiempo justo para cambiarme de ropa y bajar a abrir la tienda, que hoy me llega un pedido de medias y el transportista que lo trae suele venir a primera hora —dije, entrando corriendo a mi cuarto.

Como ya me había duchado antes de salir de la casa de Álvaro, tan solo me tuve que cambiar la ropa exterior. Desde que me enteré que estaba embarazada solía llevar en mi bolso un juego de ropa interior de repuesto, pues no sería la primera vez que me pasara que no me diera tiempo a llegar al baño, a pesar de llevar una compresa puesta. Por eso la tenía cuando salí de la ducha y no me tuve que poner de nuevo la misma, que sería un poquito antihigiénico. Si no la hubiera llevado, no me habría duchado, os lo aseguro.

Me puse un pantalón premamá nuevo que había cogido de mi tienda, pues decidí poner una parte de ese tipo de ropa, ya que nos era muy difícil encontrar atuendos así y que no fueran los típicos petos vaqueros y poco más. Eran unos modelos de lo más bonitos y actuales, nada de ropa de las que salían en las revistas de cuando mi abuela se quedó embarazada de mi madre.

—Mamá, me marcho ya. Por cierto, Álvaro viene hoy a comer —le dije, dándole un beso en la mejilla y saliendo por la puerta.

—Ya lo sé, me acaba de avisar Antonio. Voy a hacer un pollo al horno con patatas panaderas y una ensalada —me contestó.

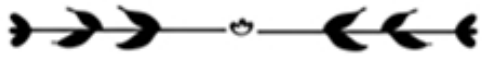
—Y una tortilla de patatas, por favor, que, desde esta mañana tengo eso en mi mente, revoloteando —le dije, y soltó una carcajada.

—Hija, que cursi eres, es más fácil decir que tienes un antojo que todo eso que has dicho —me respondió.

—Yo no creo en los antojos, mamá. Siempre he dicho que son excusas de las embarazadas para dar por saco.

Mi madre soltó una carcajada que se escuchó desde el ascensor en el que iba montada para dirigirme a la tienda.

Capítulo 29



Álvaro

Habían pasado ya tres semanas desde que Adriana y yo decidimos ser una pareja y nuestra rutina había cambiado muchísimo. A diario comíamos en casa de Manuela, donde vivían con ella María y Adriana. Después, la acompañaba a la tienda para que abriera por la tarde. Algunos días me volvía al despacho, otros en los que no se requería mi presencia, me quedaba allí con ella, mientras revisaba alguna documentación en el despacho.

Por la noche dormíamos en mi casa, donde ya Adriana había dejado ropa para no tener que ir yendo de un lado a otro ni tener que estar corriendo. Últimamente se le había pegado mi filosofía al pie de la letra.

Pedro se convirtió en un buen amigo durante estas semanas. Al final, habíamos quedado ese fin de semana con él y su marido para comer juntos en mi ático, por lo que ese día me quedaría en casa preparando todo para cuando ellos llegaran. A mi chica la recogería él en la tienda para venir a casa juntos.

—Adriana, tengo que ir al despacho a recoger una documentación, pero no te preocupes que llegaré a tiempo cuando lleguéis vosotros —le dije a mi chica en cuanto la dejé en la puerta de la tienda.

—Eso espero, o, al final, seremos tan malos anfitriones que tendremos que pedir pizzas. El horno está ya preparado, tan solo tienes que encenderlo, incluso está programado para que se apague cuando esté lista la comida —me respondió ella.

Me fui al despacho, aparqué debajo de la oficina y al subir, vi que había luz en él, lo cual me sorprendió bastante, puesto que mi padre no me había dicho nada.

Metí la llave en la cerradura y no giró, señal de que había alguien dentro, porque, además, la alarma también estaba desactivada, por lo que tenía que ser alguien de confianza. Entré a ver de quién se trataba, y no me pude quedar más sorprendido por lo que descubrí.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —le pregunté, de muy malas maneras.

—Revisando el libro de cuentas. Según mi padre, os estáis lucrando a mi costa, y pienso descubrirlo —me dijo Mariana, con todo el descaro del mundo.

—¿Qué nosotros nos estamos lucrando? No se puede tener más poca vergüenza que tú. Si alguien se está lucrando aquí de nuestro trabajo, esos sois vosotros, que os lo lleváis calentito sin mover un dedo —le respondí.

—Si no tenéis nada que esconder, no tendrás inconveniente en que lo revise.

—Por mí, como si lo quieres fotocopiar. Pero te voy a decir una cosa, si no encuentras nada, porque no lo vas a encontrar, me venderás tu parte de la empresa, al precio estipulado, por supuesto, ni más ni menos —le dije, con furia.

—Eso no te lo crees ni tú, chaval. Sigue soñando —me contestó.

Entré a mi despacho a recoger la documentación que necesitaba para preparar el juicio que tenía el lunes a primera hora. No me quise demorar mucho, puesto que quería llamar a mi padre en cuanto que llegara a casa y contarle lo que estaba pasando en la empresa.

Subí a mi coche y puse rumbo a mi casa, abrí el garaje y dejé allí el coche, subiéndome en el ascensor para llegar a mi ático. Cuando estuve en la puerta, metí las manos en mi bolsillo, pero no encontré las llaves, por lo que se me tendrían que haber caído en el coche.

Cogí el camino inverso y me puse a buscarlas por todas partes, pero no las encontré. Iba a volver al despacho, porque seguro que me las había dejado allí, aunque no recordaba haberlas sacado, tan solo puse las del coche encima de mi escritorio. Justo cuando iba a salir, vi que el portero estaba en su mostrador.

—Buenos días, Alfredo. ¿Sería tan amable de dejarme mi llave? No sé dónde la he puesto —le dije.

—Ahora mismo, señor Montalbán —me contestó.

Subí a mi casa y abrí, ya luego le devolvería las llaves cuando llegara Adriana, por si acaso tenía que salir de nuevo. Encendí el horno, tal y como mi chica me había indicado, y me senté a revisar la documentación. Cuando me quise dar cuenta, eran casi las dos de la tarde, por lo que dejé la mesa preparada y me metí en la ducha antes de que llegaran los chicos.

Justo cuando estaba saliendo de la ducha, escuché un jaleo, eran como gritos ahogados, por lo que me puse un albornoz y salí a ver qué era lo que estaba ocurriendo. No os podéis imaginar lo que me encontré.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —grité, al ver a Mariana desnuda sobre mi cama, que aparecía deshecha, como si acabáramos de retozar en ella.

—¿Y tú lo preguntas? ¿Esto es lo que tenías que hacer en tu despacho? ¿Ir a buscar a esta golfa que no respeta a nada ni a nadie? Te lo dije, para ella era un reto, y tú eres un cabrón en el que no debí confiar nunca —me dijo Adriana, llorando.

—¡Yo no he hecho nada! He perdido las llaves, puedes bajar a preguntarle a Alfredo, que me ha tenido que dejar las de repuesto. Todavía están ahí, sobre la entrada —le dije.

—Ahí, donde dices, las únicas llaves que están son las tuyas, ninguna otra. Te podrías haber ahorrado traerla aquí, el hacerme pasar esta vergüenza —me decía ella.

Mientras que nosotros discutíamos, Mariana seguía en la cama, completamente desnuda, con una sonrisa de maldad que evidenciaba que todo

lo tenía planeado.

—Vístete y sal de mi casa —le dije, furioso.

—Ahora mismo, con mucho gusto, el que me has dado —respondió, levantándose de la cama.

Vi como Adriana salía al salón, donde estaba Pedro con su marido, que la estaba consolando. Intentaba convencerla de que no era como ella estaba pensando, pero no entraba en razón.

—Vámonos, por favor, sácame de aquí —le decía ella.

—Por favor, Adriana, no te vayas, te prometo que no es nada de lo que estás pensando y te lo puedo demostrar —le pedí, casi llorando.

—¿Qué pensarías tú si al llegar a casa, encontraras a un hombre desnudo en mi cama y yo en la ducha?

—Pues, seguramente, pensaría lo mismo que tú, pero te juro por la salud de nuestro hijo que no ha pasado nada, que ni siquiera sabía que estaba aquí, ha tenido que estar tramando todo esto, pero no me pienso quedar de brazos cruzados —le contesté.

—Perdón que me meta en algo que no me incumbe, pero creo que sería mejor sacar a Adriana de aquí, dejar que se tranquilice, pues no es bueno para el bebé —me dijo Pedro.

—No puedo dejar que se vaya, no así. Vayamos abajo, voy a pedir las imágenes, al igual que al despacho. Pienso demostrar que no he hecho nada —dije, entrando a vestirme.

Cuando salí de mi habitación ya no estaban ninguno de los tres, pero no iba a perder a mi familia por su culpa. Tenía que hablar con mi padre y encontrar la manera de deshacerme de ella.

—Papá, no puedes creer lo que ha ocurrido —le dije, en cuanto me contestó a la llamada.

—Lo sé de primera mano, he tenido que llevar a Adriana al centro de salud, donde le han administrado un calmante, del estado de nervios en el que ha llegado. Tan solo espero que todo esto tenga una explicación, porque me niego a creer que hayas hecho eso —me respondió.

—Te lo juro por mi hijo, papá. Cuando salí de la ducha me encontré con el pastel, pero ni sabía que había llegado…

Le conté todo lo que me había pasado con el tema de las llaves, y como pensaba que ella había tenido que prepararlo sobre la marcha, aprovechando que Adriana estaría en la tienda hasta el mediodía.

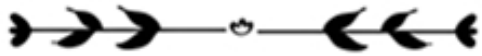
—Tenemos que buscar la manera de quitárnosla de en medio, papá. Ve pensando en algo porque, si ella no se va, me tendré que ir yo. No pienso perder a mi familia, o al menos quedarme quieto para que eso suceda.

—Ya tengo pensado lo que vamos a hacer, Álvaro. No dudes que te pienso ayudar, eres mi hijo, y el que viene mi nieto, por partida doble, que no se te olvide.

—Gracias papá, voy a revisar las cámaras del despacho, aunque no dudo en que ella lo habrá borrado todo, para eliminar pruebas —le conté.

Bajé al rellano, donde estaba Alfredo, que me dijo que el juego de llaves ya estaba en su lugar correspondiente, que una mujer se las había bajado mucho después de subir yo. Le pedí las imágenes de seguridad, y no dudó en hacerme una copia. A continuación, me fui directo al despacho, donde hice lo mismo, pero, tal y como suponía, se había encargado de borrar el disco duro.

Capítulo 30



Adriana

Pedro y su chico habían venido a recogerme a la tienda, e íbamos camino del ático de Álvaro, donde suponía que ya estaba todo listo para la comida que haríamos allí, todos juntos.

—Chica, es que con el portento de hombre que tienes a tu lado, yo me dejaba embarazar hasta tener un equipo de fútbol al completo —me dijo Pedro, con mucha guasa.

—Gracias, amor, por la parte que me toca —le respondió su marido.

—No te enfades, pero es que Álvarito está para ponerle un piso.

—Sigue, sigue, tú, no te cortes.

Así estuvimos durante un buen rato, con bromas sobre mi chico y sobre mí, así como sobre como tendría que tener cuidado con mi hijo cuando fuera mayor, porque iba a ser un "rompe bragas", según sus propias palabras. Con bromas, y casi sin darnos cuenta, llegamos al edificio donde vivía Álvaro.

—Joder, se me ha olvidado coger la llave del garaje —le dije, pues mi chico tenía dos plazas de aparcamiento y tan solo estaba ocupada una.

—No te preocupes, que buscamos aparcamiento por aquí —me dijo el marido de Pedro, que era el que iba conduciendo.

—Puedo llamar a Álvaro para que baje a abrirnos —respondí, buscando mi móvil en el bolso, justo cuando vimos una plaza a menos de veinte metros del portal.

—No hace falta, aparco aquí mismo —me contestó, poniendo el intermitente para hacerlo.

Al entrar, Alfredo, el portero, no estaba en su puesto, y me extrañó, porque siempre estaba ahí. Seguramente habría ido a cubrir las necesidades de algún vecino o al baño, así que seguimos hasta el ascensor.

Llegamos al ático y saqué las llaves de mi bolso, al abrir la puerta me di cuenta de que el abrigo y las llaves de Álvaro estaban allí, por lo que di por hecho que ya tendría todo listo. Colgué mi chaquetón en el perchero, dejé mi bolso en la entradita, y pasamos al interior del salón.

Me di cuenta de que la mesa ya estaba puesta, y la comida del horno ya estaba lista para servir, por lo que no teníamos nada más que esperar a que mi chico bajara. En un momento dado, escuché la caldera funcionando, por lo que estaría dándose una ducha.

—Poneos cómodos, voy a avisar a Álvaro de que hemos llegado. Debe estar en la ducha —le dije a mi amigo y a su marido.

—No te vayas a meter con él y nos dejes aquí con toda la cara partida. Aunque… si yo fuera tú, me metía y que a nosotros nos dieran por saco —me respondió Pedro.

—Gracias por la apreciación, lo tendré en cuenta el día que vayamos a tu casa —le dije, empezando a subir las escaleras.

No me esperaba lo que me iba a encontrar cuando abrí esa puerta, pues me encontré con Mariana, completamente desnuda en la cama en la que yo dormía con mi novio, que lucía completamente desecha, como si acabaran de tener sexo en ella.

Di un grito ahogado, o eso pensaba yo, que era ahogado, porque en menos de cinco segundos tenía a Pedro a mi lado.

—¿Quién coño es esta? —preguntó, completamente asombrado, como estaba yo.

—La amante de su novio —respondió ella, como si le estuviera diciendo que era su prima de Burgos que había venido a pasar unos días.

Estábamos enzarzados en gritos, cuando vi como Álvaro salía del baño, envuelto solamente por un albornoz y con el pelo completamente chorreando.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —gritó cuando nos vio a todos en la habitación, como si no supiera lo que estaba ocurriendo, el muy cínico.

—¿Y tú lo preguntas? ¿Esto es lo que tenías que hacer en tu despacho? ¿Ir a buscar a esta golfa que no respeta a nada ni a nadie? Te lo dije, para ella era un reto, y tú eres un cabrón en el que no debí confiar nunca —le contesté, llorando. Eran lágrimas de dolor, pero también de rabia y de impotencia.

Había confiado en él, le había entregado mi corazón, y me lo pagaba de esa manera, con una traición en el momento más vulnerable de mi vida, cuando estaba a punto de dar a luz y cuando más daño me podía hacer.

Me juraba y perjuraba que todo era un montaje por parte de esa mujer, pero era tan evidente que se había visto sorprendido, que me resultaba difícil creerlo.

—Perdón que me meta en algo que no me incumbe, pero creo que sería mejor sacar a Adriana de aquí, dejar que se tranquilice, pues no es bueno para el bebé —dijo Pedro, sin soltarme de la mano

—No puedo dejar que se vaya, no así. Vayamos abajo, voy a pedir las imágenes, al igual que al despacho. Pienso demostrar que no he hecho nada —contestó él, subiendo de nuevo a la habitación, Dios sabía para qué.

—Sácame de aquí, te lo ruego —le dije, y mi amigo no lo dudó.

Me ayudó a coger mi abrigo y mi bolso y antes de que Álvaro volviera a aparecer, salimos de aquella casa. Me montaron en el coche, en el asiento delantero y pusieron rumbo a mi casa, donde quería estar, donde encontraría mi refugio, mi zona de confort.

—¿Qué ha pasado? —dijo mi padre al verme, tras abrir la puerta, pues hasta las llaves de mi casa las había dejado encima del mueble de la entrada, junto con las del ático.

Pedro le contó todo lo que habíamos visto y encontrado en casa de Álvaro, y no se lo pensó dos veces. Me cogió en brazos, y tras avisar a Manuela, salió conmigo hacia el centro de salud.

—Manuela, no le digas a María a dónde he ido. Dile que he recibido una llamada y tenido que salir, que no tardo. Cuando volvamos y Adriana esté más tranquila, le contaré todo —le dijo, mientras Manuela asentía con la cabeza.

En el centro de salud, al ver el ataque de nervios que llevaba, pues era demasiado evidente, ya que me temblaban hasta las pestañas, me administraron un sedante y le aconsejaron a mi padre que me metiera en la cama nada más llegar a casa.

Iba como flotando, como si todo lo pasado hubiera sido parte de una pesadilla, como si no fuera conmigo y lo hubiera visto en una película o serie de televisión.

Manuela, nada más verme llegar, sujeta por mi padre y por Pedro, mientras que mi madre se llevaba las manos a la cabeza, me ayudó a llegar a mi habitación y meterme en la cama. Me quedé absolutamente dormida nada más poner mi cabeza en la almohada, y lo agradecí, porque no quería que esa imagen volviera a mi cabeza una y otra vez.

Cuando me levanté, escuché como mi madre y mi padre discutían, pero no llegaba a entender cuál era el motivo, aunque me lo podía imaginar. Lo que menos quería es que ellos tuvieran que pagar las consecuencias de lo que Álvaro había hecho, y por ello, no dudé en intervenir.

—Mamá, papá, no quiero que discutáis por mi culpa. No os lo merecéis — les dije.

—¿Por tu culpa? En todo caso por culpa del cabrón de su hijo, tú solo has sido una víctima — dijo mi madre, bastante furiosa.

—Mi hijo no ha hecho nada, te repito que ha sido todo un montaje, y lo podemos demostrar —le contestó mi padre, intentando suavizar el tono para no alterarme más todavía.

—Si eres capaz de justificar algo así, lo mismo es porque sois los dos iguales —le respondió mi madre.

—Por supuesto que somos los dos iguales, dos personas honestas y dos caballeros que jamás haríamos nada así.

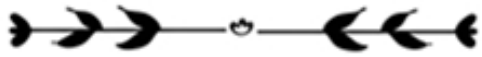
—Y lo dice el hombre que abandonó a su hija por miedo. Un signo inequívoco de lo caballero que eres —dijo mi madre, arrepintiéndose al instante de lo que había dicho, y por eso no me quise quedar sin hacer nada.

—Mamá, por favor, no digas nada de lo que luego te arrepientas. Esto que ha sucedido no tiene nada que ver, ni contigo ni con mi padre. Por favor, dejad todo al margen y vivid vuestro amor como os merecéis —le dije a mi madre.

—Mira, Adriana, cuando tengas en tus brazos a tu hijo, sabrás lo que duele lo que le hacen. Puedo sentir todo el amor de mundo por este hombre, pero todo lo que te hagan a ti es como si me lo hicieran a mí multiplicado por cien mil. Por lo tanto, si él defiende a su hijo, yo me dejaré la piel en hacerlo contigo —dijo mi madre, cual leona a la que habían quitado a sus cachorros.

—Será mejor que me marche. Cuando vuelva, te pondré por delante todas las pruebas de que lo que digo es cierto. Entonces, me tendrás que pedir disculpas —dijo mi padre, saliendo de la casa sin decir una sola palabra más.

Capítulo 31



Álvaro

Logré meterme una pequeña grabadora que había comprado en el bolsillo de la camisa. Era como un bolígrafo, y lo grababa todo, tanto vídeo como audio. Llamé a Mariana a mi despacho, no sin antes darle al botón de puesta en marcha. Era mi única oportunidad para descubrir toda la verdad del por qué lo había hecho.

Habían pasado ya tres días desde que todo sucedió, tres fatídicos días en los que no supe absolutamente nada de Adriana, ni yo, ni mi padre, que había jurado no volver allí hasta que no tuviera todas las pruebas. Necesitaba, por mi salud mental, terminar con todo esto cuanto antes, y por eso no dudé en ir directo al grano.

—¿Por qué lo hiciste, Mariana? —le pregunté.

—¿Por qué hice qué? —me respondió ella, como si fuera inocente.

—He descubierto que cogiste mis llaves y fuiste hasta mi casa aquel día, aprovechando que se me habían caído del bolsillo sin darme cuenta —le dije, inventándome todo eso, porque no tenía pruebas para demostrarlo.

—Qué iluso eres, Álvaro. No se te cayeron las llaves, te las quité yo del bolsillo del abrigo sin que te dieras cuenta.

—No entiendo el motivo, de verdad que no. ¿Por qué, Mariana? ¿Por qué lo hiciste?

—Ella había conseguido lo que yo siempre he querido, ser tu mujer, formar una familia contigo. Llevo toda la vida enamorada de ti, y no me has hecho caso. Te seducía y me utilizabas como un pañuelo desechable, y por mucho que lo intenté, no me pude quedar embarazada de un hijo tuyo, que era todo lo que necesitaba. El día antes te escuché hablar con tu padre sobre esa comida, y me di cuenta de que sería el momento perfecto para que tu relación se fuera a la mierda.

—¿Cómo sabías el momento exacto en el que llegaría Adriana? ¿Cómo sabías que yo estaría en la ducha?

—No es la primera vez que te quitaba las llaves y me colaba en tu casa. Alfredo, el portero, jamás dudó de mí, porque le decía que me habías enviado por una documentación, y como le enseñaba tu juego de llaves… Tengo colocadas cámaras en tu casa, estratégicamente situadas para que no las vieras. Fui hasta allí a esperar a que llegara Adriana y le iba a decir que yo también estaba embarazada, tenía pruebas falsas. Pero cuando vi que entrabas en la ducha, lo pensé mejor, porque, además, vi como llegaba con sus amigos, por lo que, me adelanté, subí y me metí en tu cama, para que pensara que acabábamos de tener sexo. Chico, y la jugada me salió redonda. Yo no te iba a tener, pero ella tampoco —me contó, y me quedé completamente a cuadros.

¿Había colocado cámaras en mi casa? ¿Había visto y escuchado todo lo que se hacía allí? Era demencial tan solo imaginarlo, con lo que os podéis imaginar lo que era vivirlo. Tenía que llamar a la policía y comprobar que todo lo que había dicho era cierto, pero no lo podía hacer delante de ella, así que tenía que buscarme una buena manera de hacerlo.

—Necesito estar solo, te rogaría que salieras del despacho y me dejaras a solas —le dije, pero sabía que no se marcharía.

—Estás comportándote como un niño caprichoso, Álvaro. Con lo sencillo que lo tendrías si me dieras una oportunidad. Estoy completamente segura de que yo te haría más feliz que ella, y podría darte niños más bonitos y sanos —me dijo, con la mirada completamente perdida.

—Voy al baño, no puedo escuchar más tonterías —dije, y salí de mi despacho.

Llevaba el móvil en el bolsillo, pero sabía que no podía llamar a nadie, pues no dudaba que me estaría escuchando detrás de la puerta. Lo saqué y le envié a mi padre un mensaje, ya que no estaba en ese momento en el despacho. Rogaba a todos los santos que se diera cuenta y me hiciera caso, porque no podía fallar en nada.

Álvaro: *Papá, por favor, avisa a la policía y diles que vengan al despacho. Que no hagan ruido, por lo que tú más quieras, o no sé lo que la psicópata esta podría hacerme.*

Papá: *Estoy con Samuel, ahora mismo vamos para allá. Él va de paisano, y si necesita refuerzos, avisará a sus compañeros.*

Respiré de alivio, soltando todo el aire que no sabía que tenía retenido. Salí del cubículo y me lavé la cara en el lavabo. Me iba a volver loco, porque la mirada y lo que había hecho Mariana, me dejaba claro todo de lo que era capaz de hacer para conseguir su objetivo.

Samuel era un amigo de mi padre que era policía, y no uno cualquiera, era el comisario de una de las principales comisarías de la ciudad. No dudaría en que, con las pruebas que tenía en mis manos, se la llevarían detenida, no sin antes registrar mi ático de cabo a rabo.

Ni cinco minutos después entraron por la puerta del despacho. Venían riendo, como si bromearan sobre algo, cuando realmente, en la mirada de mi padre se veía la preocupación.

—Álvaro, Samuel viene para hablar con nosotros de un asunto legal. Vamos a mi despacho, por favor. Mariana, que no nos moleste nadie —dijo mi padre, bastante serio.

—Vamos —le respondí, estrechándole la mano a Samuel.

Entramos al despacho de mi padre, que cerró la puerta con llave, para que esa mujer no pudiera entrar. No sabíamos si ella era conocedora de la profesión de este hombre, si lo conocía a través de su padre, pero no me podía permitir el lujo de meter la pata.

Le puse sobre la mesa todo lo que tenía, desde el testimonio de Alfredo, el portero, hasta las grabaciones que le había hecho hacía tan solo un rato.

—¿Dónde piensas que puede visualizar las imágenes, Álvaro? —me preguntó Samuel.

—No tengo la más remota idea, pero supongo que lo hará desde el móvil o desde su portátil, porque es lo único que podía llevar encima el día que estuvo en mi casa —le respondí.

—Lo primero que voy a hacer es enviar a alguien a tu casa, quiero que le digas al portero que le abra la puerta y que permanezca allí con la persona que acuda. Una vez tengamos localizada todas las cámaras, podremos ver a donde están dirigidas las imágenes.

—Si haces eso, ella podrá verlo…

—No te preocupes, vamos a impedir la visión con humo. Lo único que no tienes que hacer es moverte de aquí, para que ella no sospeche y no tenga la necesidad de mirar las imágenes. En cuanto terminemos, te darás cuenta, porque vendrán mis compañeros para detenerla. Ahora me voy, ya que no quiero que tenga más sospechas —me dijo Samuel, saliendo del despacho.

—Un placer trabajar contigo, Samuel. Seguimos en contacto —le dijo mi padre, estrechando su mano, al igual que yo también lo hice.

Esas dos horas que tardaron en localizarlas todas, se me hicieron eternas. No sabía que se podía tardar tanto ni que el tiempo fuera tan relativo, porque, por mucho que miraba el reloj, no veía las manecillas moverse.

—¿Mariana Santander? —oímos como un hombre preguntaba en la recepción, y no dudamos en salir a ver que estaba ocurriendo.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarle? —le respondió ella, pensando que sería un paquete o algo parecido, porque ese hombre venía vestido de forma parecida a los repartidores.

—Queda detenida por allanamiento de morada y…

—¿Estás loco? Yo no he hecho nada… Álvaro, ayúdame, sabes que lo hice por amor…

—Por fin ha terminado todo, hijo mío. Ahora, vamos a casa de María y pongamos las pruebas sobre la mesa —me dijo, pues estaba deseando hacerlo y poder ver a la mujer de la que llevaba enamorado toda la vida.

—Ve tú, yo necesito procesarlo todo antes de tomar una decisión.

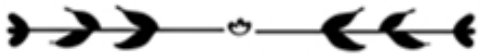
—¿De qué hablas, Álvaro?

—De que no sé si me merece la pena arrastrarme ante una mujer que no confía en mí. Una mujer que no me ha dado la oportunidad de explicarme. Por supuesto que no me voy a desentender de mi hijo, pero con su madre, de momento, prefiero mantener las distancias —le dije.

Estaba tan dolido que no era capaz de pensar en nada más que en el daño que me había causado, pero no solo Mariana con lo que había hecho, sino también Adriana por su manera de actuar. Necesitaba ponerme en su piel y saber que era lo que habría hecho yo en su lugar, pero, de momento, no era capaz de hacerlo, por lo que prefería apartarme.

Cuando llegué a casa me encontré con todo patas arriba, y tomé una determinación, no quería seguir viviendo allí, así que, preparé cuatro cosas en una maleta y me fui a un hotel. Pondría la casa en venta y buscaría una nueva, pero mientras tanto, me quedaría en esa fría habitación.

Capítulo 32



Adriana

—Antonio, de verdad que no sé qué decirte —le dijo mi madre a mi padre, una vez que nos estuvo documentando con pruebas todas las fechorías de las que había sido capaz esa mujer.

—Y ahora, ¿qué es lo que va a suceder? Me refiero, ¿qué medidas vais a tomar? Y, lo más importante, ¿cómo se encuentra Álvaro? —le pregunté a mi padre, pues todas esas preguntas se agolpaban en mi mente cual tropel.

—De momento, hemos presentado varias demandas, a las que hemos acompañado con las pruebas, y el testimonio de Alfredo, también con las imágenes de las cámaras de seguridad del edificio en el que vive mi hijo. Mariana está detenida y esperamos que no la pongan en libertad con cargos —me contó mi padre.

—¿Las mujeres de hoy en día están locas o qué les pasa? —dijo Manuela, como la que lava y enjuaga.

—Manuela, las mujeres de hoy en día no, esa mujer y las que hacen lo mismo que ella. No nos metas a todas en el mismo saco, hazme el favor —le recriminé.

—Tienes razón, que no todas sois iguales, algunas las hay peores —me dijo, mirándome con mala cara.

—¿A qué viene ese comentario?

—Pues mira, viene a que debías de haber confiado más en tu novio. Él ha dejado todos sus miedos a un lado, te contó lo que había pasado con esa mujer y tú, a cambio, lo premias con tu desconfianza y tus gritos —me soltó, dejándome a cuadros.

—¿Qué querías que hiciera? Te recuerdo que no me lo ha contado nadie, que lo he visto yo con mis propios ojos…

—Unos ojos que han visto e interpretado lo que han querido, no la realidad.

—Mira, no tengo ganas de discutir, me duele mucho la cabeza —le respondí, y la dejé ahí en el salón, mientras me iba a la cocina a prepararme una infusión.

Me senté delante de una tisana caliente, pues no me entraba nada más, cuando vi a mi padre entrar y servirse una para sentarse a mi lado.

—Adriana, ¿has pensado ya lo que vas a hacer? —me preguntó.

—Pues no tengo ni idea, papá. No me puedo presentar delante de él y decirle, que lo siento, que tenía que haberlo escuchado, porque no me va a servir de nada —le dije.

—No te diré una mentira. Mi hijo está muy dolido y se está planteando muy seriamente si volver contigo como pareja o no. Dice que, si a las primeras de cambio ni siquiera le has dado la oportunidad de explicarte lo que pensaba que había sucedido, ¿qué pasaría si hubiera ocurrido algo más gordo? —cuando mi padre pronunció esas palabras y, a pesar de que lo entendía, noté que el mundo se me caía encima.

—Lo entiendo, te juro que sí, pero no por eso duele menos —le decía.

—¿Me admites un consejo? Iros este fin de semana a cualquier parte, habladlo y no os dejéis nada dentro. Ambos lo necesitáis, esto que ha sucedido os servirá como aprendizaje —me dijo mi padre, mientras yo asentía con la cabeza.

—¿Quién es el guapo que le propone algo? —le pregunté, y mi padre me respondió con una sonrisa.

—No hace falta salir de aquí. Aunque lo esté traicionando con lo que te voy a contar, prefiero eso a que viva toda su vida con el dolor de perder al amor de su vida. Porque, aunque no me creas, tú eres la mujer a la que ama por encima de todo y, encima, le vas a dar el mejor regalo que se le puede dar a un hombre, que no es nada más y nada menos que un hijo — dijo mi padre.

—Dímelo ya y no le des más vueltas, o tendré que ir con el niño de la mano —le contesté, todo lo nerviosa que una mujer podía estar en estos casos, porque las habría igual de nerviosas que yo, pero no más.

—Mi hijo ha dejado su casa, la ha puesto en venta. Dice que no quiere estar allí y sentirse vulnerable de nuevo. Mientras que no encuentra otra que le gusta, está en el hotel del centro, el que está junto a la plaza del ayuntamiento. Habitación quinientos siete —me dijo, pero no sabía qué hacer con esa información.

—¿Y…?

—¿Cómo qué y…? Levanta el culo y ve a buscarlo allí, dile como te sientes, dile lo mucho que lo quieres y no pierdas ni un minuto más —me dijo mi padre.

—¿Y si, cuando me escuche, me rechaza? ¿Y si ya ha decidido que quiere seguir su vida sin mí? —le pregunté, muerta de miedo.

—No te puedo decir que eso no vaya a ocurrir, porque no lo sé. Lo que sí sé es que, pase lo que pase, te quedará la tranquilidad de haberlo intentado, de que no te has quedado en tu casa esperándolas venir —me contestó.

No sabía que hacer. De momento, me quedé ahí, delante de mi taza, que todavía echaba humo de lo caliente que me la hice, decidiendo si ir o quedarme y esperar a ver qué pasaba. En ello estaba, cuando entró mi madre en la cocina, sentándose con nosotros, que nos habíamos quedado completamente en silencio.

—Hazle caso a tu padre, Adriana, no te lo pienses más — dijo mi madre.

—No lo sé, mamá. Tengo que pensarlo. De momento, me voy a echar un rato porque no me encuentro muy bien, y cuando me levante, ya decidiré que hacer —le contesté, levantándome de la mesa para ir a mi habitación.

Huelga decir que no fui capaz de cerrar ni un ojo, que mi cabeza iba más rápido que mi corazón, y se había puesto en todos los supuestos posibles. No quería presentarme allí y ponerlo en el compromiso de tener que atenderme, por eso, me decidí a enviarle un mensaje, para que me dijera cuando le venía bien que habláramos.

Adriana: *Álvaro, tenemos que hablar. Iba a pasar por tu habitación de hotel, pero no lo veo de recibo ponerte en esa tesitura si es que no quieres verme. Espero tu respuesta con un día y una hora. Te quiero.*

Esa última parte no me la pude guardar para mí, tenía que decírselo. Me quedé mirando el reloj, los minutos pasaban y ni veía el doble tic de que hubiera leído el mensaje, ni siquiera aparecía como que le había llegado. No me pude resistir más, y marqué su número de teléfono, por si acaso estaba apagado o fuera de cobertura, pero no fue eso lo que me encontré.

Álvaro me había bloqueado, y no me podía quedar así. ¿Cómo iba a saber de su hijo si no podía ponerme en contacto con él para cualquier emergencia? ¿Cómo decía que no dejaría a su hijo si todavía no había nacido y ya me había bloqueado?

No me lo pensé, me levanté, me vestí y cogí mi chaqueta y mi bolso. No dije ni adiós, porque llevaba un cabreo que era bastante evidente.

—¡Adriana! ¡Adriana! —exclamaba mi padre, llamándome.

No escuché a nadie, no me paré, simplemente bajé corriendo las escaleras, pues ni siquiera esperé el ascensor. La adrenalina y el enfado pudieron más que el embarazo, el cansancio y mi vientre abultado. En mi vida me había sentido tan ligera.

Levanté la mano para parar al primer taxi que vi que pasaba por la calle, me monté en él y le di la dirección del hotel en el que estaba alojado Álvaro. No sabía qué le iba a decir, no sabía si le daría una bofetada o un beso, pero eso no importaba, lo que sí lo hacía era que tenía que tenerlo delante, que le

tenía que decir que seguía queriendo mi familia, en la que él era la figura principal.

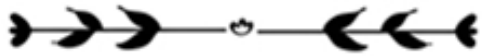
Me bajé del taxi, pagué la carrera y entré en el hotel. Me dispuse a coger uno de los ascensores, pero como tardaba demasiado, decidí ir por las escaleras. Jamás pensé que podría subir tan rápido con el vientre que tenía. En mi vida me podía siquiera imaginar que mi hijo me daría tanta fuerza pues, cuando me situé delante de la puerta no notaba ningún tipo de cansancio, no me costaba ni respirar. Era como si hubiera llegado desde la esquina del pasillo, en vez desde la otra punta de la ciudad.

Llamé a la puerta con los nudillos, pero no encontré respuesta. Sabía que estaba ahí porque mi padre me había enviado un mensaje confirmándolo, suponiendo que vendría para acá.

—¡Abre esta maldita puerta de una puta vez! —le dije, golpeándola otra vez, pero con mucha más fuerza —No me pienso mover de aquí, así que más te vale que me abras lo antes posible.

Justo cuando estaba a punto de darme por vencida, escuché ruidos detrás de la puerta, y vi como Álvaro abría, poniéndose delante de mí con los brazos en la cintura, como si estuviera pensando qué decirme.

Capítulo 33



Álvaro

Había decidido bloquear a Adriana, de momento no quería tener contacto alguno con ella. Necesitaba saber que era lo que quería, necesitaba sanarme por completo antes de que pudiera tenerla delante.

Me había tumbado en mi cama, pues ni siquiera había tenido ganas de bajar a comer, sino que pedí que me subieran la comida a la habitación. Justo estaba a punto de dormirme, cuando recibí una llamada de mi padre.

—Álvaro, ¿dónde estás? —me preguntó, y la verdad es que me asusté un poco, pensando que a Adriana le podría haber pasado algo.

—En el hotel. ¿Ha pasado algo? —pregunté, con el miedo de lo que me pudiera contestar.

—No, no, tranquilo, no ha pasado nada. Es que me había asustado, pues Samuel me ha llamado para decirme que, probablemente, dejen a Mariana libre con cargos, eso sí, con una orden de alejamiento —me explicó mi padre.

—¿Cómo que la van a dejar en la calle? No entiendo nada, una orden de alejamiento cuando trabajamos en el mismo lugar…

—Tranquilo, en ese aspecto ya lo tengo todo previsto. Tengo una cita con su padre mañana a primera hora. Cuando firmamos la consolidación de la sociedad, pusimos una cláusula que decía que, en caso de incomodidad o de algún tipo problema legal, la sociedad quedaría disuelta. El miembro

implicado tendría que indemnizar al otro entregándole su parte de la empresa —me dijo mi padre, y sentí algo de alivio.

—Ya, pero eso no soluciona nada, papá. Quiero a esa mujer entre rejas y no voy a parar hasta conseguirlo, así me lleve toda la vida hacerlo —le contesté.

—Lo sé, hijo, lo sé. Ahora, descansa un rato, y come algo, que te conozco y eres capaz de no probar bocado en todo el día.

Corté la llamada y dejé la comida a un lado. Mi padre me conocía demasiado bien, y por eso me había dicho lo de la comida, pero ya lo haría más tarde, porque ahora, lo único que me pedía el cuerpo era darme una ducha caliente que me quitara todo el peso que llevaba sobre los hombros en este momento.

Me estaba vistiendo cuando escuché golpes en la puerta. Pensé que eran imaginaciones mías, pero nada más lejos de la realidad, porque era la voz de Adriana la que estaba escuchando en el pasillo.

—¡Abre esta maldita puerta de una puta vez! —escuché que decía.

Mi primera intención fue no abrir esa puerta, y por eso continué vistiéndome, hasta que la volví a escuchar, y cada vez más enfadada.

—No me pienso mover de aquí, así que más te vale que me abras lo antes posible —¿Se pensaba que podía venir aquí como si nada?

Pues no, no me iba a quedar ahí esperando a que se fuera, porque si alguien tenía que estar enfadado, ese era yo. Había dudado de mi palabra, me había insultado de la peor manera, así que, si creía que me iba a quedar callado, lo tenía claro.

Me puse la camiseta de cualquier manera y abrí la puerta, poniéndome las manos en la cintura, esperando a ver que me tenía que decir, pero no dijo nada. Tan solo se plantó delante de mí y me besó.

¡Dios, qué bien que sabían sus labios! ¡A la mierda el bloqueo y todo lo que le iba a decir! ¿Mi fuerza de voluntad donde estaba? Sin ninguna duda,

había ido a por tabaco, lo tenía claro.

No solo no la rechacé, sino que la cogí por el trasero, levantándola en brazos y pegándola contra la pared, mientras que cerraba la puerta con el pie. A pesar de su abultado vientre pude llegar perfectamente hasta su sexo, el que rocé con el mío.

Con ella no me hacía falta nada para que mi miembro se pusiera completamente duro, y desde que estaba embarazada, todavía mucho menos. No sé si era el morbo, los sentimientos o lo que coño fuera, pero el caso es que, cuando estábamos juntos, todo a nuestro alrededor se difuminaba, y tan solo quedábamos nosotros dos y una pasión que nos consumía.

Allí mismo, y tras comprobar que estaba lista para recibirme, subí su vestido y la penetré, haciendo que de su boca saliera un gemido que me volvió loco. Bombeé en su interior hasta que ambos alcanzamos el orgasmo, uno que fue devastador.

Poco a poco la bajé hasta posarla en el suelo, pero con una sensación de derrota en mi interior que no era ni medio normal. Me sentía sucio, utilizado, y lo mismo pensareis que sería, al contrario, que ella también podía sentirse así, y no lo dudaba, pero, en este momento, tan solo quería mirar por mí.

—¿A qué has venido, Adriana? —le pregunté, no en muy buen tono, lo reconozco.

—¿Perdona? Creo que está claro, he venido a recuperar al padre de mi hijo, al pilar fundamental de mi vida y de nuestra familia —me contestó, algo enfadada.

—¿De verdad pensabas que iba a ser tan sencillo? ¿Crees que, por haber tenido sexo conmigo ya lo tenías todo ganado? Pues lo siento, pero va a ser que no —le dije enfadado, pero más conmigo mismo que con ella.

—No soy así, Álvaro. El beso ha sido algo que no tenía premeditado, me ha salido así. Si eso nos ha llevado a echar un polvo, tampoco creo que hayamos matado a nadie como para que te pongas así —me dijo, y eso sí que me terminó de cabrear, hasta el punto en el que me planteé echarla de allí, pero no me dio tiempo.

Iba a hablar cuando la vi que se doblaba de dolor, y no puedo negar que me asusté, y bastante, por lo que la cogí del brazo y la llevé hasta la cama, donde la dejé sentada durante unos instantes.

—¿Qué te ocurre, Adriana? —le pregunté, preocupado.

—No lo sé, Álvaro, es un dolor muy raro. Llama una ambulancia o llévame al hospital, por lo que tú más quieras. Me dejas allí si no te quieres involucrar, pero haz algo —me dijo, jadeante por el dolor.

—¿Pero qué coño estás diciendo? ¿Cómo no voy a querer involucrarme? —le pregunté, pues me parecía ilógico lo que me estaba diciendo.

—Por favor, eso lo hablamos en otro momento, que me estoy partiendo por la mitad —me dijo, casi a punto de desmayarse.

Llamé a una ambulancia a través de la recepción, que no tardó ni diez minutos en llegar. En cuanto la vieron, le pusieron los monitores y se la llevaron para el hospital, se había puesto de parto.

—No puede ser, todavía me quedan dos semanas y media —dijo ella, evidentemente asustada.

—Ay, cariño, el embarazo no es una ciencia exacta. Cuando el bizcochito está listo para salir del horno, sale. Da igual si a la madre no le viene bien o si preferiría dejarlo para otro día —le contestó uno de los enfermeros, que era de lo más cercano y gracioso.

No sabía si subir en la ambulancia con ella o no, pero ver su mirada suplicante hizo que me decidiera. Por el camino avisaría a mi padre, que casi con toda seguridad estaría con María.

Cada poco más de dos minutos, su cuerpo se contorsionaba de dolor, y entre el enfermero y el médico se intercambiaban miradas que no me gustaban un pelo, pero no quería preguntar nada delante de Adriana y que se preocupara todavía más de lo que ya estaba.

Justo cuando llegamos al hospital y la bajaron para llevarla al interior, donde ya la estaban esperando los ginecólogos, paré al enfermero.

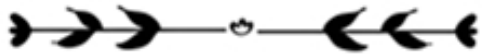
—¿A qué venían esas miradas con el doctor? ¿Hay algún problema? —pregunté, deseando que me dijeran que no.

—Para el bebé, te aseguro que no, pero para ella, lo más probable es que sí. Las contracciones eran muy seguidas, por lo que debe tener el cuello del útero borrado y bastante dilatado. Si mucho no me equivoco, y me experiencia me dice que no, tendréis al bebé en menos de una hora en el mundo, pero no se le podrá poner la epidural, por lo que le va a doler como nunca —me dijo, con una sonrisa.

Me puse en la piel de Adriana, o al menos lo intenté, pero no lo conseguí. Nada más entrar en el box en el que estaba ella, la escuché como gritaba de dolor. El médico me dijo que estaba dilatada al máximo, y que se la llevaban a paritorio. Si quería ver a mi hijo tenía que seguirlos, y no lo dudé, quería que lo primero que viera mi niño era a su madre y a su padre, ya luego hablaríamos de todo lo demás.

Casi no me da tiempo a ponerme la bata y el gorro, pues de dos empujones ya estaba Daniel en el mundo. Era precioso, con un cabello negro que parecía rizado, y una boca que parecía dibujada. No era por ser vanidoso, pero era una fotocopia mía en pequeñito.

Capítulo 34



Adriana

No podía ser más oportuna para ponerme de parto. Si lo llego a querer hacer, no lo hubiera conseguido. Mientras tenía una monumental bronca con su padre, mi hijo decidió que era el mejor momento para hacerse notar, por lo que las contracciones me estuvieron partiendo por la mitad.

En cuanto llegamos al hospital me dijeron las palabras que ninguna mujer quiere oír en esos momentos, que no me podían poner la epidural porque el niño llegaba ya y estaba casi dilatada al completo.

—Venga, dos empujoncitos y tenemos aquí a este machote —me dijo la ginecóloga, y os prometo que me entraron ganas de cogerla por el cuello.

—Eso lo dices tú, guapa, que no tienes este dolor —le contesté, de muy mala manera.

—Anda ya, si yo he parido tres veces, y dos de ellas con cesárea, que no sé qué es peor —me decía ella.

Efectivamente, tres o cuatro empujones después, llegaba Daniel al mundo. Ni siquiera me había dado cuenta de que Álvaro estaba a mi lado, cogiendo mi mano mientras estaba en trabajo de parto.

Él fue el que cortó el cordón umbilical, y el primero que cogió a su hijo en brazos, mirándolo con un amor que me derritió por dentro, y no pude evitar que dos lágrimas cayeran por mis mejillas.

—Mira, Daniel, ella es mamá, la que te ha tenido en su vientre durante todo este tiempo, y la que te ha sacado de ahí dentro como la campeona que es —le decía a mi hijo, acercándolo a mí.

—Hola, mi amor —le dije a mi hijo, que no dudó en apretar mi dedo, al igual que hacía con uno de su padre, nos tenía a cada uno en una de sus manitas.

—Gracias, Adriana. Gracias por darme lo más grande y bonito de mi vida. Cuando te he visto ahí, como una jabata, hasta conseguir poner a Daniel en el mundo, me he dado cuenta de que no quiero a nada ni a nadie que no seáis vosotros dos en mi vida. Te pido perdón por todo el daño que te haya podido hacer, porque te quiero más que a mi vida —me dijo Álvaro.

—Eso ya lo hablaremos después, ahora, vamos a disfrutar de los primeros minutos de vida de nuestro hijo, que, si nos lo perdemos, no podremos recuperarlos jamás.

Durante esa tarde no pararon de llegar gente, desde nuestros padres hasta nuestros amigos. Pedro se alegró muchísimo al vernos allí a los dos juntos, remando en la misma dirección, aunque nos quedaban todavía muchas cosas por hablar, que haríamos cuando estuviéramos tranquilos.

Ni que decir tiene que todos llegaron cargaditos de regalos, tanto para el niño como para mí, pero lo que me hizo especial ilusión fue la nota que traía el ramo de flores que me trajeron en nombre de mi padre.

"No solo he recuperado a una hija, sino que también he ganado a una nuera y a un nieto. Gracias por dejarme entrar en tu vida. Este día lo marcaré en rojo en el calendario, porque, durante los años que me quedan, para mí siempre será festivo. Te quiere, tu padre y el orgulloso abuelo en el que me has convertido".

No me habían tenido que dar ni un solo punto, por lo que, al día siguiente, me dieron el alta y me pude marchar a casa. En principio todo parecía indicar que me iría a mi casa, junto a Manuela y a mi madre, pero no fue así. Álvaro cogió un camino que no conocía, puesto que hasta la casa de mi padre se quedó atrás.

—¿Dónde vamos? —le pregunté.

—Nos vamos a casa —me contestó.

—¿Cuál casa? Porque, por aquí, ni se va a la mía ni se va a la de mi padre —le dije, porque ya me estaba oliendo cuál iba a ser la jugada.

—A la nuestra. He vendido el ático, y me han ofrecido una casa que me ha encantado, y que sé que a ti también te va a gustar. Es ideal para ver crecer a nuestro hijo…

—Pero, ya hablamos de eso y decidimos que la pagaríamos entre los dos —le dije, algo enfadada.

—Ya, pero como resulta que no la he pagado yo, pues nada. Ha sido un regalo de mi padre para nosotros, dice que así es algo para los dos y que no tiene que hacer distinciones entre sus hijos —me contestó, dejándome completamente asombrada.

Decir que la casa era preciosa era quedarme muy corta. Tenía un jardín precioso, con una zona de juegos infantiles. En la parte contraria había una piscina que estaba protegida por una estructura metálica que se abría y cerraba con un dispositivo electrónico, por lo que, cuando el niño anduviera, se podría dejar así.

Si el exterior era bonito, el interior tampoco se quedaba atrás. Era todo en una sola planta, en la que, nada más entrar, te encontrabas con un salón abierto, separado de la cocina por una preciosa isla en la que se podía desayunar, pues tenía unos taburetes altos igual de elegantes que todo lo que mis ojos alcanzaban a ver.

En el salón había unas puertas francesas que daban a un porche trasero, donde había una mesa con unos sillones de exterior en color gris y con cojines de un color gris más clarito.

En el pasillo se encontraban las habitaciones, cuatro en total. De ellas, tres tenían baño en suite, pero la habitación principal era mucho más grande que las demás, pues contaba también con vestidor. La que no tenía baño era un pequeño despacho para cuando Álvaro no tuviera que ir hasta la oficina.

—Y ahora, vamos a ver a la joya de la corona —me dijo, tapándome los ojos, antes de abrir la puerta.

—¡Dios mío, es precioso! —le dije al ver lo que tenía delante.

Esa era la habitación del niño, y no podía ser más ideal. Estaba pintada en color celeste pastel, y una de las paredes llevaba papel pintado de cuadritos en celeste y blanco. Los muebles eran blancos, y contaba con una cuna, un mueble cambiador y el armario empotrado, en el que había colgado todo tipo de prendas para él. Las estanterías se veían ideales, con sus peluches, pequeños y grandes, y algunos cuentos.

—Como sé que todavía es muy pequeño, he pedido que pongan la minicuna en nuestra habitación. Esta la utilizará cuando sea un poco más mayor —me dijo, y hubo algo que me chirrió en todo esto.

—A ver, a ver, espera. ¿En nuestra habitación? ¿Has pedido que pongan? ¿Desde cuando estás planeando todo esto, porque de ayer a hoy no ha sido? —le pregunté.

—En realidad, todo esto lo compramos cuando estábamos juntos. Mi padre envió a una contrata para hacer las reformas que pensábamos que eran necesarias, y preparar todo para que estuviera listo cuando naciera Daniel —me confesó.

—Vamos, que lo que estuvimos hablando sobre esto te entró por una oreja y te salió por la otra… —murmuré, y él soltó una carcajada.

—A mí no, a mi padre, que en cuanto que la vio, se enamoró de ella. Decía que ya podía ver a su nieto correr y jugar en este jardín. Hasta el punto de que le ha montado su propio parque de juegos —me dijo.

—Vale, hasta ahí, puedo estar más o menos de acuerdo, pero ¿a nuestra habitación? ¿Qué me dices de eso? —le pregunté.

—Creo que ya es hora de que nos sentemos a hablar, Adriana. Ha llegado el momento de dejar todo clarito —me contestó.

En ese momento, y dejando clara su puntualidad, mi hijo se puso a protestar porque tenía hambre, por lo que su padre no dudó en prepararle el biberón. Daniel era un comilón, y como con la leche que yo tenía no era suficiente, decidimos que le daríamos leche de fórmula.

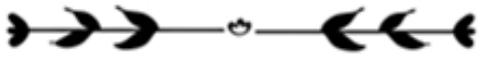
Mientras mi hijo comía, Álvaro lo miraba como si fuera el mayor tesoro del mundo. Ojo, que para mí lo era y lo sería siempre, pues daría mi vida por él, al igual que su padre. Estuvimos hablando de nuestros sentimientos, de lo mal que ambos lo habíamos pasado cuando Mariana se interpuso en nuestras vidas, y nos prometimos que, antes de que nos sucediera otra vez, dejaríamos que el otro hablara y se explicara. Habíamos sufrido innecesariamente, y todo por la falta de confianza que teníamos.

—Si queremos que esto salga adelante, debemos dejar atrás los miedos y confiar en la otra persona, Adriana. Te prometo que, por mi parte, no te daré motivos para desconfiar, a no ser que se me cruce una loca por el camino —me dijo, dándole un toque de humor.

—Quita, quita, déjate de locas y de locos, que con los que nos hemos cruzado ya tenemos suficientes —le dije, riendo.

Nos miramos a los ojos y no pudimos reprimirnos más, no sé quién dio el paso, pero el resultado fue un beso de lo más tierno, pero a la vez, de lo más pasional, pues en él nos dijimos lo mucho que nos queríamos.

Epílogo



Álvaro

Cinco años después…

—No me puedo creer que otra vez esté pasando lo mismo. Esto es surrealista —dije en voz alta, pero más para mí que para ella.

—Déjate de surrealismo y tonterías y llévame al hospital —me dijo Adriana.

Sí, eso mismo que estáis pensando, mi mujer se había vuelto a poner de parto, y justo como la otra vez, después de tener una bronca y hacer el amor para reconciliarnos.

Iba por la habitación como pollo sin cabeza, poniéndome los pantalones y la camiseta, que me había llegado a poner del revés. Llevaba una zapatilla de cada clase, y fue Adriana la que se dio cuenta.

—¿Quieres crear tendencia? —me preguntó, doblada de la risa.

—¿Qué dices de tendencia? —le respondí.

—Pues que llevas una zapatilla de cada clase, y encima, las dos del mismo pie —me dijo, y tuve que soltar una carcajada.

Ya con todo bien puesto, iba a coger las llaves del coche, pero Mateo, que se había venido a vivir junto a su chica a la casa de al lado de la mía, apareció

con el suyo.

—¿Habéis despertado a Daniel? —nos preguntó.

—¡El niño! —dijimos los dos a la vez, sin acordarnos de que esa noche lo habíamos dejado con sus abuelos, porque hoy lo iban a llevar al parque de atracciones.

Los dos soltamos una carcajada al darnos cuenta, sin que Mateo supiera de qué nos reíamos. En resumen, llegamos al hospital a lo justo, pues ya se le veía la cabeza a nuestra niña.

Miriam, ese era el nombre que elegimos para ella, en honor a su abuela, pero no queríamos un nombre que ya hubiera en la familia, por lo que optamos una de sus variantes.

Nuestra familia seguía igual de unida que siempre, salvo que ya nos había dejado Manuela. Fue una noche hacía ya dos años, una en la que se acostó a dormir y no despertó. Según nos dijeron los sanitarios que la atendieron, tuvo una muerte dulce, pues no se enteró de nada.

Mateo seguía con Lola, igual de enamorados que al principio. Él había adoptado a Pablo, el hijo de ella, y tenían otro hijo más, que era meses más pequeño que Daniel, y que llevaba el nombre de su padre.

Mi mujer y yo nos casamos un año después de que naciera Daniel, en una ceremonia íntima, a la que acudieron nuestros amigos y familiares, nada más. No éramos más de treinta personas, pero eran las que queríamos que estuvieran con nosotros.

Adriana continuó con la tienda, pero ya no la trabajaba, se convirtió en empresaria, y contrató a una chica del barrio para que la llevara ella. Eso sí, como no quería quedarse en casa, le dijimos que volviera a estudiar, que se matriculara en algo que le gustara, y lo hizo en secretariado, empezando a trabajar en el despacho con nosotros, en el puesto de Mariana.

Mariana ingresó en un centro psiquiátrico, pues se demostró que no estaba muy bien de la cabeza. No solo había hecho eso conmigo, pues después de que

presentara yo la demanda, me siguieron unos cuantos más, que se sumaron a la causa.

Mi padre llegó a un acuerdo con su padre, que, a cambio de una cantidad simbólica, le vendió a mi padre su parte de la sociedad, por lo que, ahora, en estos momentos, era una empresa familiar, en la que el patriarca se jubilaba este año, pues decía que ya había trabajado bastante, que ahora era tiempo de disfrutar de todos sus nietos, ya que, a los hijos de Mateo y Lola también los consideraba así.

Y allí estábamos todos, en el hospital con Adriana y esperando el nacimiento de Miriam, que fue igual de rápido que el de su hermano Daniel.

—Papi, papi, ¿ha nacido ya mi hermanita? —me dijo mi hijo, con los ojitos somnolientos.

—Sí, cariño. ¿Quieres verla? —le pregunté, cogiéndolo en brazos.

—¡Síii! —exclamó, dando un grito.

—Espera, que ahora mismo podremos pasar a la habitación donde estará Miriam con mamá —le dije, pues estaban terminando de asear a las dos.

Mi padre me miraba orgulloso, al igual que María, que desde ese momento no se había separado de él. Con ese error de diagnóstico, y una vez que estuvo completamente recuperada, nos metimos en un pleito. No solo sacó una suculenta indemnización, sino que, además, por las secuelas de la medicación que tuvo que tomar en su día, mi padre le consiguió una pensión de incapacidad, que le servía para pagar sus caprichos y los de su nieto, como ella misma decía.

Entramos a la habitación y ya estaban madre e hija listas. La carita de mi hijo viendo a su hermana era para grabarla, os lo prometo. Nunca había visto una mirada con tanto amor como esa, y en ese momento comprendí que sería un fiel defensor y protector de su hermana.

—Es tan pequeñita —dijo en un susurro.

—Claro, mi amor, como tú cuando naciste —le dijo su madre, que se había dado cuenta, al igual que yo.

Ese momento lo quisimos vivir los cuatro a solas, pues era algo tan íntimo que la familia lo entendió, y nos dio esos minutos para que pudiéramos vivirlo y disfrutarlo entre nosotros.

—¿Te imaginaste alguna vez algo así? —me preguntó Adriana.

—¿Así como? No te entiendo —le dije, pues no sabía a qué se estaba refiriendo.

—A qué viviríamos algo así, con dos niños, con una familia… —me dijo, con lágrimas en los ojos.

—Ni en mis mejores sueños. Si alguna vez pensé que con Daniel había traspasado el límite de mi amor, ahora he descubierto que no, que todavía faltaba Miriam para sentirme completo —le respondí, dándole un beso en los labios.

—Yo tampoco. Mi vida era un completo desastre, mi madre absorbía todo mi tiempo, iba como loca de un trabajo a otro, y pensé que mi futuro se reduciría a eso, hasta que apareció mi padre para volverlo todo del revés. Si no hubiera aparecido él, no estaríamos en este punto, y eso se lo agradeceré siempre —me contestó.

—Eso y que fueras como una loca con la moto. Recuérdame que no le compre nunca una a ninguno de nuestros dos hijos, por favor, o moriré joven de un infarto —le respondí, y soltamos una carcajada.

En ese momento entraron los demás, que nos miraban con amor y felicidad, pues nos había costado mucho llegar hasta donde estábamos en ese instante. Nos merecíamos ser felices, y todos lo sabían.

—Lo siento, Álvaro, el niño es igual que tú, pero Miriam es una fotocopia de su madre. El mismo pelo, la misma boquita… —me dijo Lola, para buscarme la lengua.

—Claro, igual que le pasa a mi amigo, que Mateo es clavadito a su padre —le contesté, pero era mentira, porque no podía ser más idéntico a su madre.

—Ya quisiera él. Es igual que yo hasta en el carácter, chaval —me dijo ella, haciendo un gesto con la mano.

—¿Ya vais a empezar con los parecidos? Si luego los niños dan muchas vueltas —nos dijo Adriana, con guasa.

—Pues a los tuyos, ya los puedes subir a la noria, si quieres, porque Daniel no puede ser más igualito que su padre, y la niña, si no cambia, va a ser como tú. Si es que la estoy mirando y parece que la he parido yo hace más de treinta años —le dijo su madre, haciendo que todos riéramos a carcajadas.

Cuando nos quisimos dar cuenta, habían pasado ya más de una hora y media, y al mirar la cunita para ver si la niña tenía hambre, vimos una escena de lo más tierna, y que no dudé en inmortalizar con mi móvil, pues la pensaba poner en grande en mi despacho.

¿Cuál era esa escena? Pues mi hijo se había sentado en una sillita junto a la cuna de su hermana, esta le tenía cogido el dedito con su mano, mientras que él se había quedado dormidito en un ladito, intentando no molestarla, y ella tenía la cabecita girada hacia su hermano mayor, como si lo estuviera mirando.

Su abuela lo cogió en brazos para llevárselo, pues estaba despierto desde demasiado temprano, y ya no podía ni con su alma. Nos dejaron allí a los tres a solas, cuando la niña empezó a protestar, pues tenía hambre. Al igual que con su hermano, decidimos darle leche de fórmula, por lo que preparé su biberón y se lo di a su madre para que le diera de comer.

—Te quiero, Adriana —le dije, pues no me lo pude callar.

—Yo también te quiero con toda mi alma, Álvaro. Cuando nació Daniel me diste las gracias por darte ese regalo, hoy las gracias te las tengo que dar yo a ti, por sacarme del bucle en el que estaba.

—Pues yo te las doy por dejarme amarte y no morir en el intento.

Nos miramos a los ojos, y soltamos una carcajada, esa que callamos con un beso, uno que nos prometía amor eterno, y que no pensábamos dejar que muriera en la rutina y los problemas, pues nos prometimos que haríamos todo lo posible porque eso no ocurriera.

Éramos felices, y eso era lo único importante, nuestra felicidad y la de nuestra familia, aunque nos hubiera costado muchas lágrimas llegar hasta aquí.

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora
